



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES  
ESCUELA DE POSTGRADO



**EL IMAGINARIO GEOGRÁFICO DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI**  
**Sin calco ni copia y con los pies en la tierra**

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Autor: Rodolfo Quiroz Rojas  
Profesor Guía: Horst Nitschack

Santiago, Enero 2014

Sobre Mariátegui seguirá cantando el mar. Lo echarán de menos  
nuestras praderas, nuestras desoladas planicies. El viento en las  
alturas superiores lo recuerda. Nuestro pequeño hombre oscuro que crece  
a tumbos lo necesita porque él nos ayudó a darle nacimiento.  
El comenzó por darnos luz y conciencia.

Pablo Neruda, 1959

## INDICE

	<b>Páginas</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>5</b>
<b>CAPÍTULO I: LAS INFLUENCIAS GEOGRAFICAS EN PERÚ Y MARIÁTEGUI</b>	
1. De la geografía colonial y militar al saber geográfico del Perú.....	11
2. El imaginario geográfico de la época.....	14
3. La transición moderna de la geografía peruana.....	18
4. Las influencias geográficas de Mariátegui.....	25
5. Las posibles influencias críticas de la geografía en Mariátegui.....	29
<b>CAPÍTULO II: GEOGRAFÍA CRÍTICA, APUNTES Y PROBLEMÁTICAS</b>	
1. Inicios de la geografía crítica.....	38
2. La geografía radical: una respuesta al positivismo.....	41
3. El núcleo teórico radical: el proceso de producción del espacio.....	44
4. Desarrollos geográficos desiguales.....	48
5. El concepto naturaleza.....	56
<b>CAPÍTULO III: UNA RE-LECTURA GEOGRÁFICA DESDE SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA</b>	
1. Las condiciones de producción.....	61
2. El uso tradicional de la geografía en Mariátegui.....	69
3. El desplazamiento crítico del espacio geográfico de Mariátegui.....	78
4. El plano subjetivo del espacio social indígena.....	79
5. El plano geográfico crítico del ensamblaje social y político en Perú.....	96
6. La producción geográfica de un nuevo orden socialista.....	121
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>135</b>
<b>EPÍLOGO.....</b>	<b>140</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>142</b>

## AGRADECIMIENTOS

No hubiese sido posible llegar a estas letras sin el apoyo de innumerables amigos/as, colegas y maestras de la vida. En ese último peldaño, quisiera agradecer a mi madre, María Isabel Rojas, quién con su amor y entrega me ha dado mucho más de lo que un hijo pudiera atesorar. Su ejemplo, su fiereza de mujer libre y su incuantificable lucha por la vida, ha sido el bastión de todas mis victorias, en este mundo tan difícil y que paradójicamente me ha traído tantas alegrías y posibilidades. Asimismo, mi agradecimiento a Loreto, mi hermana y maestra, que desde ya hace unas décadas me dio las claves para pensar más alto, entre sus preocupaciones, convicciones y cariños, como su extensión más alucinante mi sobrino Santiago. Sin ellas, mis maestras de la vida, nada de esto hubiese finalizado o comenzado.

De igual forma, quisiera agradecer a mis colegas, a Roberto Vargas, Ivo Gasic, Ángelo Narváez y Paulo Contreras, con quienes es posible disfrutar de las ideas y al mismo tiempo darles un sentido social y porfiadamente socialista. También agradecer los aportes y recomendaciones de Vicente Di Cione y la profunda amabilidad de Perla Zusman, ambos de la Universidad de Buenos Aires, quienes me dispusieron de ideas y materiales valiosísimos. Del mismo modo la plena disposición de Osvaldo Fernández, siempre fue una gran motivación e infranqueable certeza.

Párrafo aparte merece Horst Nitschack, mi profesor guía, quién esmeradamente revisó y guió cada uno de los avances y contenidos de esta tesis, siempre atento y dispuesto a complejizar las ideas y darle un correlato más allá de la obra de Mariátegui. También agradezco al Centro de Estudios Latinoamericanos (CECLA), por brindarme la oportunidad académica y permitirme llevar adelante esta tesis. Asimismo, agradezco el apoyo de la Fundación Calbuco, quienes a través de Montserrat Cádiz, becaron y coordinaron mi participación al magister y me permitieron conocer a tan valiosos almas, ya a estas alturas amigos y amigas, como Cristián Pacheco, Gustavo Ramírez, Matías Marambio, Pierina Ferrati, Alejandro Fielbaum, Marcelo Sánchez, Arone-Ru Gumas, Jorge Fernández, Camila Soto y Elena Oliva. Y posibilitaron seguir revificando la amistad junto con Emilio Urzúa, Carla Azócar, Verónica Carreño, Valentina Donietz y Juan Mariman.

Finalmente, quisiera agradecer a Francisca Márquez, Decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Alberto Hurtado, quién me abrió las puertas a un lugar, que de un momento a otro, se ha convertido en mi terruño. En especial, quisiera agradecer a Manuel Fuenzalida y María Giovanna Mesa del Departamento de Geografía, por su paciencia y apoyo en el día a día. Agradezco la grata compañía y consejos de Juan Carlos Skewes, Victoria Castro, Javiera Letelier, Ulises Sepúlveda, Camila Ríos, Marta Pardo, Walter Imilan, Antonio Rocamora, Leonardo Piña y Luis Bahamondes. Y por supuesto, agradezco encarecidamente a Miguel Villa, un verdadero maestro de la geografía chilena, que no tengo palabras para proporcionar su heterodoxa compañía y visión intelectual de la cual no me canso de aprender.

Después de estos años de pasajero en la Universidad de Chile, solo me queda decir que he aprendido significativamente más de lo que imaginé. En este tiempo también he aprendido a amar y ese amor se lo debo a María José Yaksic, mi compañera. Sin ese aprendizaje, sin su aliento en aquellos momentos difíciles y tristes, sin su inteligencia y ternura, todo sería oscuro, frío, seco. Los errores, por supuesto, son pura responsabilidad de este pasajero agradecido.

## INTRODUCCIÓN

La presente investigación es una provocación epistemológica a propósito de una pérdida tensión geográfica. Se trata de discutir y explorar el lugar de la geografía en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), la obra fundamental de José Carlos Mariátegui, escrita allá por inicios del siglo XX. Pérdida, porque fuera de algunos significativos aportes oblicuos, no existen estudios acabados o explícitamente teóricos que aborden las perspectivas geográficas *en o desde* Mariátegui. Nuestra tarea así, cercenada de anidar referencias fecundamente establecidas, no solo buscó abrir una página inexplorada de la discusión mariateguiana, sino que también emprendió la necesidad de acercar a la comunidad geográfica con los estudios mariateguistas y viceversa, sintonizando de tal forma, un reconocimiento crítico de la teoría geográfica en la producción de Mariátegui. Se trata, pues, de una pequeña contribución hacia el reencuentro o más bien el encuentro, entre Mariátegui y la geografía crítica de tradición marxista.

¿Existirá entonces, un pensamiento geográfico dentro del proyecto de Mariátegui, posible de sistematizar críticamente y, a su vez, conforme a los presupuestos epistemológicos que hoy atraviesa la geografía crítica de orientación marxista? Fue la pregunta de fondo que articuló nuestra investigación y que en Abril del pasado año manifestó un breve clímax. Ya sea por azar o convicción –a estas alturas solo densifica la metáfora espacial-, estábamos en, nótese, *Jr. Washington 1938-1946*, la propia casa donde vivió Mariátegui y que hoy funciona como museo y centro cultural limeño. Simbólicamente, era la primera vez que se organizaba el Encuentro de Geógrafos de América Latina (EGAL XIII) en Perú, y por iniciativa de los organizadores, estábamos a punto de comenzar un taller denominado *El pensamiento geográfico de José Carlos Mariátegui*, junto con César Germaná, gran sociólogo peruano y estudioso de la obra del Amauta.

Fuera de nuestras pretensiones, desde luego era un título forzado y arenoso, pero que a la larga fue dando energía y sentido a nuestra discusión. La mañana era fresca y entre las galerías y libros, casi de manera fortuita, frontalmente colisionamos con un artículo titulado, *Mariátegui y el factor geográfico* de Augusto Ruiz Zevallos (2011), un capítulo de un libro de homenaje a nuestro Amauta, a propósito de los 80 años de *Siete ensayos*. Sin duda había un insumo, un

recorrido, una percepción familiar que tocaba sensiblemente nuestro proyecto. No podía ser más fecunda la partida, todavía no comenzaba la discusión y ya había una estadística sospechosa que, geográficamente, expandía una fe mitológica al interior de nuestras venas.

Pero la emoción rápidamente se convertía en razón, una razón dominante. Porque la geografía de Ruiz, no era más que la localización de variables físicas/ambientales en función de la economía clásica (Adam Smith) y una cierta regionalización conforme a una “tradición histórica” (Ruiz, 2011). Mariátegui –según Ruiz- habría creado una “ponderación del factor geográfico al analizar algunos fenómenos como el crecimiento industrial, las regiones o el desarrollo del Perú” (Ruiz, 2011, p. 141), pero que no tenía mayor anclaje desde sus preocupaciones marxistas, su preocupación por la subjetividad o el significativo lugar del indio dentro del proceso revolucionario. Más aún, era una ponderación geográfica que –según Ruiz- escapaba del marxismo y más bien se anclaba “del conjunto teórico de la derecha militante” (Ruiz, 2011, p. 141), siendo el “factor geográfico” un aspecto desatendido dentro de la obra de Mariátegui.

Y, desde luego, Ruiz no se equivoca en tanto la escasa preocupación epistemológica del factor geográfico en las recepciones de Mariátegui, después de un año de consultas y triangulaciones, hemos podido verificar dicha situación o desatención. Sin embargo, su examen geográfico de Mariátegui, paradójicamente, también desatiende o desconoce, significativas propuestas de la geografía crítica humanista y de orientación marxista, de las cuales creemos que es posible pensar un correlato desde las propuestas de Mariátegui. Ese es el objeto de nuestra tesis.

Ahora bien, antes de entrar en aquellas proposiciones y buscar una proporción críticamente adecuada, del *lugar* de la geografía dentro de Mariátegui, es necesario advertir que, “la búsqueda del leit-motiv, del ritmo del pensamiento en desarrollo, tiene que ser más importante que las afirmaciones casuales y los aforismos sueltos” (Gramsci, citado en Sacristán, 2013, p. 6). Por ello debemos ser claros: la geografía como campo de disputa o tensión epistemológica, en efecto, no fue parte de las preocupaciones centrales de Mariátegui. Sin embargo, ello no significa que la geografía no participe teórica y praxiológicamente de las reformulaciones sociales que fundó nuestro Amauta. Nuestra hipótesis planteó así, que desde el pensamiento de Mariátegui y en especial, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, es posible

superar la visión determinista, neutral, a-histórica y estática del espacio geográfico que domina en 1920. De ahí que del proyecto de Mariátegui, el espacio geográfico *implícitamente* se vuelve un móvil activo, historizado, modificable, un momento dinámico para la iniciativa política en tanto contradicciones y, desde luego, un momento para la creación de nuevos órdenes espaciales al interior de un horizonte utópico y revolucionario.

De este modo, la tesis se organizó en tres capítulos que buscan discutir: 1) la fundamentación teórica de la geografía hegemónica de la época de Mariátegui y su expresión en el Perú de los años '20; 2) la reconstrucción del pensamiento geográfico crítico que nos permitió volver a organizar las propuestas de Mariátegui; 3) Y, finalmente, la emergencia de la geografía en *Siete ensayos*. Sin duda este último capítulo representa el esfuerzo más significativo de nuestro argumento: abordar el papel crítico de la geografía en la matriz de pensamiento de Mariátegui. Y reconocer desde allí, cómo y en qué medida es posible pensar una geografía radical actual, vale decir, a partir de qué intuiciones y categorizaciones cruzadas en lo geográfico, es posible seguir pensando la economía política del veinte, hoy, desde Mariátegui.

En el primer capítulo, dicho sea de paso, el capítulo más vinculado al quehacer disciplinar histórico, sintetizamos el debate de la geografía como ciencia moderna, considerando las primeras prácticas geográficas del Perú y la fuerte disputa entre deterministas y posibilistas en el marco más general de la tradición geográfica (principalmente vinculada a Europa). Asimismo, también identificamos una fuerte influencia de la geografía francesa en la época de Mariátegui, expresada en las propuestas de Ricardo Bustamante Cisneros que, a su vez, está preludiada por una importante obra republicana y naturalista de Mariano Felipe Paz Soldán y Antonio Raimondi. Una limitante importante de este capítulo, es que no existen obras especializadas y profundas en la historia de la geografía del Perú. Por consecuencia, nuestra reconstrucción histórica se basó en artículos y libros que parcialmente abordaban el problema, aunque, cabe destacar, que logramos consultar la tesis intitulada *El devenir de la Geografía en el Perú* (2003), escrita por los geógrafos Elmer Ccente y Fabriciano La Torre de la Universidad Mayor de San Marcos, donde se trabaja explícitamente nuestro problema. De ahí que dicha tesis se convirtió en la fuente principal del capítulo, junto con las referencias más generales de la geografía como ciencia.

En el segundo capítulo discutimos los argumentos centrales de la geografía crítica de inspiración marxista, particularmente el núcleo de la geografía radical, los desarrollos geográficos desiguales y el concepto naturaleza. Estas propuestas, ancladas principalmente en las contribuciones de David Harvey, Milton Santos y Henri Lefebvre, entre otros, proporcionaron el sustento teórico para abrir un diálogo entre Mariátegui y la discusión epistemológica de la geografía crítica y radical. La principal limitante de este capítulo fue el propio ejercicio de seleccionar el abundante material y tratar de transmitir una idea general de la corriente, pero que al mismo tiempo, pudiera contener ciertas perspectivas más finas o aplicadas en el contexto actual y latinoamericano y, sobre todo, explicitar tentativamente la relación entre la corriente radical y los problemas que revisten la obra de Mariátegui.

En el tercer capítulo –el más extenso y original-, luego de discutir las condiciones de producción de *Siete ensayos*, proponemos una re-lectura geográfica crítica de sus contenidos. Primero, advertimos un uso tradicional de la geografía expresada en propuestas descriptivas, cartográficas, naturalistas y regionalistas, donde Mariátegui entiende a la geografía como el soporte teórico y práctico de localizar cartesianamente distintos objetos y condiciones en la superficie terrestre, muy anclada en la tradición moderna. Posteriormente, identificamos un desplazamiento geográfico que gira el sentido de la mera descripción unitaria moderna, cuando emerge la tensión social de la división costa, sierra y montaña. Desde luego, para Mariátegui no se trata solo de una división natural de la geografía del Perú, más profundamente, es también una inflexión social densamente histórica; una división cultural y sociológica que participa del proceso histórico de la construcción hegemónica del Perú y, que lo por tanto, contiene importantes preguntas que organizamos a través de tres grandes momentos de enunciación geográfica: 1) el plano subjetivo del espacio social indígena; 2) el ensamblaje social y político del plano geográfico; 3) y, finalmente, la producción geográfica de un nuevo orden socialista. En estos tres momentos desarrollamos el argumento crítico de la tesis; la preocupación permanente de Mariátegui por dar un correlato político e ideológico a un conjunto de relaciones espaciales e históricas, densamente integradas.

En el plano subjetivo del espacio social indígena, por consecuencia del proceso de acumulación capitalista y la hegemonía cultural dominante, ya sea colonial o liberal, emerge una historicidad crítica del concepto naturaleza. Asimismo, también anclado en tierras sociales



e históricas, surge una activa producción subjetiva del espacio geográfico, donde la comunidad o la *vivificación de la tierra*, se vuelve un principio de territorialidad abierto al campo político y económico. A su vez, Mariátegui aborda diferenciadas prácticas del capitalismo peruano que a su inverso, manifiestan profundas desigualdades geográficas contenidas en las relaciones de opresión y dominación y explotación entre la costa y la sierra, tales como el enganche y el yanaconazgo, principalmente. Se trata, pues, de expresiones implícitas de un desarrollo geográfico desigual intuitivo y de altas ramificaciones geográficas que también tienen expresión en los principales referentes de la geografía crítica de tradición marxista: David Harvey y Milton Santos.

En relación a la producción geográfica de un nuevo orden socialista, vemos a un Mariátegui que concretiza ciertas reorganizaciones territoriales a niveles sub-nacionales. Asimismo, impugna la demarcación colonial y geográfica del país y advierte de las prácticas que inhiben al programa socialista. Desde luego, la unión entre una fuerza regional indígena y una dirección obrera industrial promisoriamente limeña, no solo es una necesidad revolucionaria, también expresa, implícitamente, el derecho a las diferencias territoriales y, por consecuencia, un programa político diferenciado en base a sus potencialidades: la comunidad indígena y las industrias y talleres socialistas. De modo que tanto el proceso de urbanización en base a regiones industriales, como el fomento a la producción agraria comunitaria son, rupturistamente, dos territorialidades/momentos conciliables y posiblemente revolucionarias dentro del proyecto de Mariátegui. Más aun, se trata de dos formaciones geográficas que no solo expresan las diferenciadas certezas del contenido del socialismo indoamericano, sino que también dan vida material y subjetiva al paisaje de la creación heroica que funda sus pies en la tierra.

En definitiva, Mariátegui no solo enuncia reiteradamente distintas categorías y sub-campos de la geografía, tales como territorio, regiones naturales, ambiente, geografía física, geografía económica, etc. También, a medida que complejiza y avanza el problema de la hegemonía, dichas categorías geográficas endosan diferentes significaciones que dan fisonomía al proceso social del Perú, al tiempo que permiten reconocer las particulares condiciones del capital. Se trata, pues, de una geografía impugnadora del capitalismo, pero que no pierde de vista el conjunto de determinaciones que reproducen la formación económica social del Perú, y sobre

todo, no escinde al sujeto social indígena conforme a una apuesta revolucionaria y de proyección obrera internamente diferenciada. Esa es, epistemológicamente, la base de su rupturista y transgresora geografía. Se trata entonces de una geografía abierta a nuevas interpretaciones y que, por la propia fuerza de su historicidad, una y otra vez, se reencuentra en las prácticas sociales. La voluntad de significar política y colectivamente el espacio geográfico es, por consecuencia, la continuidad que se expande de costa a sierra y viceversa, en las diferentes capas geográficas e históricas que nos propone Mariátegui. Esperamos graficar, al menos, parte de aquella rica rugosidad espacial e histórica aun sin correlatos actuales y consistentes. Mariátegui, ante todo, es un cartógrafo de la vida social que se funda en el trabajo colectivo, fuera de cualquier intento de explotación y coerción autoritaria. De allí la vigencia de su geografía y sus posibles nuevas aperturas en las ciencias sociales críticas.

## CAPÍTULO I

### LAS INFLUENCIAS GEOGRAFICAS EN PERÚ Y MARIÁTEGUI

Caballeros, la Providencia nos ha impuesto la obligación de conocer y conquistar la tierra. Este supremo mandato supone imperiosos deberes para nuestras inteligencias y tareas. La geografía, esa ciencia que inspira devociones tan bellas y en cuyo nombre se han sacrificado tantas víctimas, se ha convertido en la filosofía de la tierra.

Discurso Inaugural de Sociedad de Ciencias Geográficas de Francia [1875], citado en Said, 1996.

#### **1. De la geografía colonial y militar al saber geográfico del Perú**

La continuidad entre la geografía colonial y la geografía moderna está definida por la necesidad de explorar, identificar y significar la tierra. El presente discurso de la conferencia inaugural de la Sociedad de Ciencias Geográficas celebrada en Francia (1875), devela certeramente la inminente relación política en la utilización del saber geográfico (Porto-Gonçalves, 2001, p.7). Desde luego, a diferencia de la literatura, el derecho o la filosofía, la geografía moderna que hoy conocemos, nace a partir de estas grandes inflexiones históricas y societales, siendo una herramienta activa en la creación del “magma de significaciones” que gestó la pretensión moderna (Porto-Gonçalves, 2001, p.7).

Desde su nacimiento como ciencia moderna, la geografía siempre estuvo ligada a intereses políticos que nunca pudo escindir internamente (Moraes, 2005). Lejos de fijar una anécdota colonial, la instrumentalización geográfica con claros fines políticos y económicos representa una continuidad histórica que precede a su función moderna. De ahí no es curioso que entre las firmas de coroneles, capitanes o sargentos, pertenecientes a las fuerzas militares de la Independencia de América Latina, también aparezcan sucintamente las firmas de geógrafos o cartógrafos anclados en Francia, Alemania o Inglaterra (Gangas, 1981). Tal como las *Relaciones geográficas* que llegaban directamente al Rey, quién precisaba “la localización de puertos y ciudades importantes, población, actividad económica, clima, flora, fauna, recursos minerales, etc.”(Ccente y La Torre, 2003, p.72), los inicios de la geografía en América Latina

están marcados por un fuerte contenido militar y pragmático, altamente funcional a la nueva disputa moderna: la creación de los estados-nacionales.

En efecto, el saber geográfico de pretensiones científicas se definió, ante todo, como una razón práctica, derivada por las necesidades nacionales y la escasez de un pensamiento espacial estratégico –con fines efectivamente soberanos- heredado colonialmente. Desde luego, había que constituir la unidad interna de los territorios nacionales y, sobre todo, distinguir y generar las condiciones propicias para la circulación más genuinamente capitalista. Milton Santos, el gran geógrafo brasileño, añade que, lejos de pretensiones humanistas o científicamente operativas dentro de las problemáticas físicas, en estricto rigor histórico, la geografía como práctica científica emergía producto de la necesidad de:

crear las condiciones para la expansión del comercio. La necesidad de materias primas para la gran industria garantizaban la apertura de minas y la conquista de tierras allende los mares, que se utilizaban también para la producción de alimentos necesarios en los países entonces industrializados, en una fase en que la división internacional del trabajo tomaba una nueva división internacional.  
(Santos, 1990, p. 32)

En América Latina, las diferentes identidades y proyectos nacionales paulatinamente debían distinguirse de manera unitaria, al tiempo que emergían los límites y fronteras con sus respectivas pretensiones y disputas territoriales. En Chile, por ejemplo, los primeros estudios regionales con el fin de diagnosticar soberanía, fueron elaborados por el geógrafo alemán Hans Steffens (1865-1936). Steffens, además, realizó siete exploraciones entre 1892-1902 por la Patagonia, que posteriormente se usaron en la defensa diplomática del tratado fronterizo con Argentina de 1902 (Gangas, 1981). Esta situación fue recurrente en la fijación de las fronteras entre los países latinoamericanos (Zusman, 2013). Se trataba de un saber extremadamente útil e imprescindible para la implementación del proyecto nacional.

De ahí que la instalación del saber geográfico en Perú, tal como en el resto de América Latina, respondió más a una razón de Estado que un principio teórico proveedor de interpretaciones críticas del mundo. Al igual que en etapas previas, los geógrafos dibujaron y cercaron el territorio moderno, acorde a las necesidades centrales y nacionales. Argumentativamente a su vez, marcaron grandes distribuciones de flora, fauna, clima y, fecundamente, organizaron las

primeras representaciones cartográficas con el fin de unificar y densificar los límites nacionales. La significación de la tierra así, precedida más por una producción local y ruralizada, lentamente comenzó a redefinirse en función de la circulación del capital moderno y la creación de ciudades.

De modo que la geografía de Mariátegui está fecundamente marcada por dos grandes procesos globales: por un lado, la gestación de los estados nacionales en tanto la proyección orgánica de sus vínculos interregionales o sub-nacionales en un marco internacional de una nueva división del trabajo y, por otro, la intensificación de estudios sobre la localización de los recursos naturales con el fin de comercializar mercancías a gran escala (Harvey, 2007).

Ahora bien, fuera de este impulso independentista que coincide con la geografía moderna, desde las monumentales *Relaciones geográficas* de Juan López de Velasco (Ccente y La Torre, 2003), sin duda existen insoslayables perspectivas geográficas del Perú que, por supuesto, son de muchísimo valor disciplinar para la Independencia. De hecho, desde *Geografía y descripción Universal de las Indias* publicada en 1574, ya existía la división costa, sierra, y montaña del Perú (Ccente y La Torre, 2009), de la cual complejizará Mariátegui más adelante.

De modo que, si para el Imperio Español la *Casa de Contratación de Sevilla*<sup>1</sup> y el *Cosmógrafo Mayor*, fueron las instituciones privilegiadas para el análisis de la información geográfica de las colonias (Ccente y La Torre, 2003), para el naciente Estado Peruano la *Sociedad Geográfica de Lima* (1888) y el *Instituto Geográfico del Ejército* (1904), serán los nuevos agentes operativos del conocimiento geográfico del Perú. Ambas lógicas irán construyéndose y tensionándose a partir del proceso social histórico más general. Tal como en la España franquista, donde la geografía se defendió “como una herramienta para transmitir la ideología nacional-fascista, para reforzar el sentido de unidad del país y para enaltecer el espíritu

---

<sup>1</sup> Esta institución preparara a los navegantes, las rutas, los instrumentos y, por supuesto, los científicos que llevaran adelante el proyecto de exploración y reconocimiento de la totalidad de los territorios de ultramar. Se trata de un lugar sumamente estratégico, dinámico, activo y regulador de las relaciones comerciales entre las inmigraciones y los otros agentes de comunicación colonial. Desde luego, la *Casa de Contratación de Sevilla* fue el lugar de reformulación del sentido político de la información geográfica de América, al mismo tiempo que ocupó el centro operativo de las primeras imágenes occidentales de América y las rutas científicas y marítimas (Ccente y La Torre, 2003, pp.71-72).

patriota español” (Albet y Zusman, 2009, p. 296), durante el XIX y los principios del XX, la geografía del Perú se practicó como una decidida causa nacional y patriótica. Fundamental para sopesar el déficit de la unidad interna, la geografía peruana paulatinamente así, comenzó a valorar las principales formas naturales y regionales que darían particularidad y arraigamiento a la nueva comunidad de intereses nacionales.

## **2. El imaginario geográfico de la época**

Cuando nace Mariátegui, allá por las altitudinales tierras de Moquehua en 1894, la geografía tradicional todavía no tiene pilares firmes. Más contradictoriamente, está a punto de comenzar su primera gran crisis de identidad: la división entre la geografía humana y la geografía física. Ya desde el XVI, pero sobre todo a finales del XIX, tres problemas vienen circulando las propuestas geográficas. Estos problemas son: 1) la proporción de la geografía como ciencia corológica y sistémica; 2) su legitimidad como ciencia; 3) y la epistemología de la interacción naturaleza y sociedad (Unwim, 1995). Desde luego, era un debate aun marcado por *El origen de las especies* (1859) de Charles Darwin, quién habría detectado una fecunda importancia en la exploración geográfica y las leyes de la naturaleza, dialogando con un plano importante de geógrafos europeos (Unwim, 1995).

El nacimiento de Mariátegui así, está preludiado por medio siglo de la fundacional geografía de Humboldt (1779-1859) y Ritter (1769-1859), ambos, considerados los fundadores de la geografía moderna, producto que gestaron los primeros pasos de la geografía en el campo universitario y científico, especialmente marcado por la clasificación taxonómica de Lineo (1707-78) y el método comparativo de Reinhold Forster (1729-98) (Unwim, 1995; Delgado, 2003; Santos, 1990).

Sin embargo, fuera del reconocimiento de los fundadores, huelga decir que la geografía como práctica científica siguió relegada hasta mediados del siglo XX. Desde luego, en la mitad del siglo XIX, seguía siendo hegemónica la *Historia natural* de Plinio y otras obras teleológicas. Era un momento de transición, donde las nuevas ciencias empíricas se combinaban con las enseñanzas religiosas de la Iglesia. Y la literatura geográfica, seguía más anclada a los viajes

descriptivos que a las investigaciones empíricas organizadas bajo principios científicos (Unwin, 1995, p. 107). Este transitorio paso, a un quehacer científico más genuinamente moderno, según el epistemólogo Edgar Morin, concluirá en una tardía entrada de la geografía a la división científica; siendo la gran perdedora de la ciencia moderna en tanto que fue densamente fragmentada de su complejidad epistemológica (Morin, 2000).

A partir de la fragmentación interna visada, entrado el siglo XX se produce la primera gran división entre la geografía física y la geografía humana. Esta escisión, por un lado, desvanece el escaso reconocimiento institucional de la geografía que había adquirido con las fundaciones incursiones de Darwin, Humboldt, Ritter, entre otros, y por otro, permite que la geografía aparezca como una imagen difusa frente a la comunidad científica: parte de la historia pero puede desplazarse en la geología y los ambientes físicos. El efecto concreto de esta discusión, es que se rompe el principio de la unidad geográfica y se dividen los saberes metodológicos físicos y humanos. De ahí que los departamentos de geografía estarán desdibujados entre las facultades de ciencias naturales y humanidades o más bien, serán sub-campos de otros órdenes –casi siempre de la historia- de menor relevancia –campos auxiliares-. Solo ya bien entrado el siglo XX, la investigación en geografía comenzará a ser diferenciada y relativamente más legitimada y estable.

Por lo tanto, en la época de Mariátegui la posición de la geografía sigue siendo marginal dentro de la división del conocimiento académico. Pese a que los conocimientos geográficos han sido centrales para la expansión europea, se mira con recelo el “quehacer científico” de los geógrafos que básicamente, o construyen diversas monografías regionales o estudian las relaciones medio ambientales (Unwin, 1995)<sup>2</sup>.

En el plano epistemológico, si bien Emanuel Kant (1724-1804) habría elaborado importantes fundamentos teóricos para practicar la geografía durante el siglo XVIII, fue con Alexander von Humboldt y Carl Ritter que comenzó el despliegue de la geografía como práctica científica (Unwin, 1995; Holt-Jensen, 1992; Santos, 1990). En efecto, si para Humboldt los seres humanos forman parte integral del mundo natural, para Ritter Dios es el creador de la

---

<sup>2</sup> A lo largo de toda Europa y posteriormente en América Latina, se gestaran numerosas sociedades geográficas científicas durante el siglo XIX que, sin embargo, seguirán desancladas del proceso genuinamente académico.

naturaleza al servicio del ser humano. Es decir, mientras Humboldt buscaba la unidad de la naturaleza mediante conceptos ecológicos, Ritter daba plena importancia a la coherencia histórica y regional de la relación hombre-naturaleza. Ambas posturas reflejan la transición de una geografía teleológica a una estrictamente moderna que comentábamos más arriba. Es decir, el paso de una geografía que paulatinamente rompe con la metafísica y se enmarca dentro de un conjunto de leyes, métodos y principios que opere como razón científica moderna y (Santos, 1990).

Paralela a la división de la geografía física y geografía humana, surgirá otro problema ligado a la relación sociedad y naturaleza, que se reconocerá como la polémica entre el determinismo y el posibilismo. Federico Ratzel (1844-1904) será el principal inspirador del determinismo ambiental con su obra *Anthropo-Geographie* (1882). No obstante, serán sus discípulos quienes llevarán al extremo sus argumentos y activarán una profunda polémica por el lugar de la naturaleza en la sociedad. Para Ratzel “la actividad humana en la Tierra está determinada, en gran parte, por la naturaleza del entorno físico” (Unwim, 1995, p. 134). De ahí que la geografía debía 1) describir las regiones de la Tierra y la distribución de la raza humana; 2) estudiar las migraciones en tanto relación con la “dependencia de la tierra”; 3) y analizar los efectos del entorno natural en el cuerpo y el espíritu humano tanto individual como colectivamente (Unwim, 1995).

Estos argumentos serán fuertemente criticados desde Francia, develando una implícita tensión nacionalista al interior de la disputa epistemológica por la geografía. Se trata de las críticas de Lucien Febvre (1876-1956) y los aportes de Vidal de la Blache (1845-1918) y Jean Brunhes (1869-1930). Estos últimos serán los creadores de la influyente escuela posibilista y regionalista francesa que, dicho sea de paso, tendrá una gran recepción en América Latina (Moraes, 2005). Si bien la escuela francesa reconoce que las características ambientales influyen sobre la actividad humana, desde luego no la determinan. Más bien, es el hombre quien decide entre las posibilidades y adapta recreando al medio. Para Vidal de la Blache el posibilismo significa que:

el hombre entra en relación con la naturaleza por medio de una serie de técnicas mezcladas con una cultura local. El espacio como objeto de estudio sería el resultado de una interacción entre una sociedad



localizada y un medio natural dado: un argumento medio para reforzar la idea de la región como unidad del estudio geográfico.  
(Santos, 1990, p.37)

Es importante destacar este argumento regionalista, porque la geografía francesa tendrá una activa recepción en Perú y América Latina. Asimismo, también es necesario destacar la influencia implícita de Newton y Kant en toda la recepción geográfica, particularmente la distinción de un espacio fuera de la historia y las dinámicas temporales. En efecto, Newton alimentó un positivismo que separó a la ciencia con la metafísica pero, al mismo tiempo, llevó una concepción absoluta donde el espacio es un “receptáculo” pasivo de objetos sociales, un espacio inerte de dinamismo social (Santos, 1990; Delgado, 2003). Por su parte, Kant profundizó la idea del espacio absoluto y desde su *Crítica de la razón pura* (1781), concluyó que el espacio no es un concepto sino más bien, es una condición de posibilidad de los fenómenos, una “representación a priori” que permite el fundamento necesario de los fenómenos externos y empíricos (Unwim, 1995, p. 110). De esta manera, Kant defendía el dualismo histórico y geográfico, es decir la separación metodológica del estudio entre el tiempo y el espacio. En este sentido, Santos añade:

No es de extrañar que la noción de tiempo, es decir, el tiempo en las sociedades en movimiento, haya estado ausente de los fundadores de la ciencia geográfica (...) La noción de un tiempo separado del espacio era responsable del dualismo historia-geografía que provocó tantos debates dentro y fuera de las preocupaciones con interdisciplinariedad.  
(Santos, 1990, p.50)

En efecto, por lo general, aun la tradición historiográfica prescinde de una visión teórica y metodológica que pueda sintonizar críticamente el momento del espacio y, viceversa. Pues bien, es cierto que la geografía francesa incorpora la perspectiva histórica y cultural. Sin embargo, no es menos cierto que carece de una crítica de los procesos sociales y dinámicas económicas que afectan a las comunidades. La geografía posibilista francesa, ante todo, buscaba descripciones regionales circunscritas a determinadas formaciones históricas y naturales modernas. Si bien podría expresar ciertas conclusiones subjetivas en torno al uso del territorio y la coexistencia de identidades regionales, en el fondo, era una geografía finamente lazada en los objetivos nacionales, por lo cual carecía de herramientas e instrumentos capaces de adentrarse en los sesgos de clase y explotación del hombre por el hombre.

Al momento del nacimiento de Mariátegui y sus primeras décadas (1894-1915), por lo general, la geografía científica se asocia al conocimiento físico o natural del territorio, epistemológicamente anclado al determinismo ambiental. Sólo es en la época de su “madurez”, cercana a los treinta años, específicamente entre 1922 a 1928, cuando la geografía regional comienza a ser más relevante. Por lo tanto, la propia vida intelectual de Mariátegui coincide con una transición y re-estabilización del pensamiento geográfico hegemónico: la superación paulatina de la geografía regional francés por sobre la geografía determinista alemana. Ahora bien, ¿Cuáles son las respuestas a la pugna entre posibilismo y determinismo, por un lado, y la división entre geografía humana y geografía física, por el otro?

Frente a esta última tensión, aparecerá la idea de ecología humana a principios de la década del veinte (Unwim, 1995). La geografía así debía comprender la relación entre los medios naturales y las actividades sociales, por lo tanto, tanto los elementos físicos como sociales eran fundamentales. Paralelamente, en 1923, Carl Sauer<sup>3</sup> (1889-1975) propondrá un nuevo punto de integración mediante la categoría paisaje: la geografía debe encontrar la interdependencia y la asociación de los fenómenos que producen los paisajes. Allí radica su unidad epistemológica. Si para el historiador existen periodos y sus hechos son temporales, para el geógrafo existen paisajes y los hechos son espaciales. Paisajes, desde luego, que no se remiten estrechamente a lo visual o a lo ambiental, sino que interpretan la composición del escenario de su conjunto, ya sea material o inmaterial. Sauer explícitamente rescata la idea del paisaje, como unión de elementos físicos y culturales desarrollados por los *géneros de vida* de Vidal de la Blache (Santos, 1990; Unwim, 1995; Holt-Jensen, 1992).

Este es, a modo general, el imaginario social o intelectual la geografía en la época de Mariátegui. Se trata de una “ciencia encargada de estudiar las diferencias existentes en la superficie de la tierra y/o las influencias e interrelaciones entre el hombre y el medio” (Fabri, 2009, p. 3). Algunos darán más énfasis a los factores de la naturaleza, otros a las posibilidades de elección entre los hombres y sus formas históricas de articular el ambiente. Si bien está anclada a una práctica científica reconocida, la geografía todavía no tiene un siglo de gestación

---

<sup>3</sup> Este geógrafo norteamericano es considerado el padre de la geografía cultural y fue muy importante durante las distintas corrientes culturales a lo largo del siglo XX.

y más bien expresa un período pre-fundacional dentro del campo genuinamente académico o universitario.

En América Latina aún no se institucionaliza con fuerza en las universidades<sup>4</sup>, no obstante, ya existen importantes intelectuales que practican la investigación geográfica entre otros saberes asociados. Vale decir, no es un campo fuertemente definido, sin embargo, tiene representantes. La fuerza de su energía, proviene, producto de la necesidad de explorar y descubrir unas sociedades sobre otras: “la geografía –como insiste Unwim- era la disciplina de la exploración y los geógrafos servían con frecuencia al imperialismo” (Unwim, 1995, p. 118).

### **3. La transición moderna de la geografía peruana**

Ahora bien, más allá de las múltiples colecciones y categorías geográficas modernas y coloniales, lo que nos interesa explorar es, como fueron articulándose estas colecciones con la *marca geográfica* del Perú y de Mariátegui. En ese sentido, es insoslayable comentar la obra de Hipólito de Unanue (1755-1833) que representa, quizás, las primeras prácticas modernas dentro de la geografía peruana.

Arrancada la Independencia del Perú, Unanue es uno de los intelectuales más destacados del período. Sus importantes estudios físicos y jurídicos del Perú, sumados a sus redes científicas endosadas en sus viajes por Europa, lo posicionan en un lugar sumamente privilegiado. Si bien Unanue prestó servicios como *Cosmógrafo Mayor del Reino* durante el último virreinato del Perú, también fue protagonista de la nueva fuerza política de la Independencia, ocupando cargos ministeriales y ejecutivos de primer orden jerárquico. No obstante, su mayor reconocimiento estará marcado por su fuerte interés en el desarrollo científico peruano.

Fundador de visionarias iniciativas, tales como el *Colegio de Ciencias Naturales*, Unanue se destacó en múltiples áreas de conocimiento, tales como la ecología, la medicina, la historia, la

---

<sup>4</sup> La apertura de programas académicos dirigidos a la formación de geógrafos se inicia en la década del cuarenta y se proyecta variadamente hasta la década del setenta y ochenta, principalmente (Palacios, 2011). Según Palacios, Panamá y Brasil serían los primeros en la década del cuarenta. Al calor de esta investigación podemos agregar que Perú también fue uno de los primeros programas de América Latina, precisamente la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, abrió su Departamento de Geografía en 1931 (Ccente y La Torre, 2003), mientras que su primer Instituto en 1946 (Córdova, 2011; Luque, 2002).

meteorología y, desde luego, la geografía. Según los autores de la tesis *El devenir de la Geografía en el Perú* (2003), Unanue es considerado el precursor o fundador de la geografía en Perú, ya que fue uno de los primeros que buscó una organización teórica y práctica a las formas naturales específicas del Perú, fuera de las métricas coloniales (Ccente y La Torre, 2003). En el plano más epistemológico, Unanue se posiciona dentro de la geografía física alemana, pero también está al tanto de la botánica francesa. De hecho, es el primero en utilizar la clasificación taxonómica de Linneo en tierras peruanas (Ccente y La Torre, 2003)

Históricamente, cabe destacar que los inicios de la obra de Unanue se encuadran por la expulsión de los jesuitas (1776) y un profundo decaimiento del pensamiento ilustrado (Ccente y La Torre, 2003). Sin embargo, su búsqueda por fundar la ciencia natural en Perú no radica y mantiene un importante epistolario con intelectuales europeos muy relevantes dentro del campo naturalista: Tadeo Haencke, Northen Flicht, Alexander Von Humboldt, Ruiz y Pabon (Ccente y La Torre, 2003). En palabras de Ccente y La Torre, su obra es un hito que representa “una pequeña enciclopedia de geografía y patología médica” (Ccente y La Torre, 2003, p. 111). Su libro más importante, *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el Hombre* (1806), marca un antecedente para la época: la geografía se teoriza fecundamente en las ciencias naturales. Desde luego, Unanue tuvo una profunda preocupación médica y bajo esta misma dirección creó la cátedra *Geografía del Perú*, aceptada por la real cedula el 9 de mayo de 1815 (Ccente y La Torre, 2003). Su consagración y vínculo con la geografía moderna de la época, también puede leerse en sus ensayos periodísticos liberales pro independencias, marcados por fundamentos nacionalistas y la necesidad de una distribución de los recursos naturales peruanos (Ccente y La Torre, 2003).

Cabe subrayar que Humboldt junto a su amigo Bonpland, llegan a Lima el 23 de Octubre de 1802, y a medida que se desplazan al sur del país, traban intercambios científicos con Unanue (Vladimir Acosta, 2005, p. XVIII). En efecto, durante aproximadamente dos meses, el grupo de científicos va ir recopilando y consultando múltiples antecedentes sociales, minerales y recursos naturales. Este contacto con Humboldt demuestra el alto nivel de conocimientos y redes científicas que maneja Unanue para la época.

Pues bien, recordemos que Humboldt, más allá de participar de la fundación de la geografía moderna, fue un sujeto clave en la segunda modernización. De su viaje a Perú, enviará recurrentemente muestras a París que se traducirán en, ni más ni menos, el descubrimiento de la propiedad fertilizante del guano. Efectivamente, el mismo guano que entrado el siglo XIX revolucionará la industria moderna y transgredirá las fronteras nacionales por la geopolítica del Pacífico (Ccente y La Torre, 2003). Desde luego, Humboldt viajó por América durante cuatro años (1799-1804) y del material de sus relatos e informes creará sus obras, quizás, una de las enciclopedias más exhaustivas de los sistemas naturales: *El Cosmos* (Vladimir Acosta, 2005; Unwim, 1995). De modo que durante el periodo decimonónico, tal como venía reproduciéndose desde la colonia, la geografía peruana todavía era producida y promovida más por los viajes de misioneros y científicos que el trabajo académico de universidades.

El contexto histórico y geográfico de Mariátegui entonces, está signado por un siglo de instalación del republicanismo, pero que aún continúa fuertemente anclado en oligarquías terratenientes. De ahí que Ccente y La Torre destacan tres problemáticas geográficas en dicho período que, a nuestro juicio, también cruzan las preocupaciones de Mariátegui. Estas son: 1) “la delimitación del territorio nacional” tanto interna como externamente; 2) “la política poblacional”; y 3) finalmente, “la explotación de los recursos naturales no renovables como base de la economía nacional” (Ccente y La Torre, 2003, p. 122). Para estos autores, la *Recapitulación de Ayacucho* fue condescendiente con la partida española y producto de ello se desencadenó una profunda crisis financiera con Inglaterra.

Efectivamente, un problema relevante de los primeros gobiernos republicanos se expresaba en la escasa conectividad del país. La escasa infraestructura vial contrastaba con el extenso territorio peruano, manifestando dificultosos niveles de intercambio a nivel regional<sup>5</sup>. A su vez, las altas vías transversales enlazaban mayoritariamente a los valles costeros con las tierras altas y bajas de la selva, sin poder conectar de manera transversal y longitudinal al país. En efecto, solo en 1857 se comenzó a ejecutar una política de vialidad con alcance nacional, preludiada por una ley de 1849, que organizaba el levantamiento y demarcación territorial de comunas y provincias, obligando a los prefectos remitir la información al gobierno (Ccente y

---

<sup>5</sup> No había una red de caminos e infraestructuras relevantes para la época: “Por la costa una vía longitudinal recorría desde Tumbes a Maule, desde Pasto a Cuyo (Mendoza-Argentina)” (Ccente y La Torre, 2003, p.144).

La Torre, 2003, p. 149). Lo interesante de esta política es que creó, jurídicamente, la necesidad de representar cartográficamente al Perú. Así, por encargo del Presidente de la República, Mariano Luis Felipe Paz Soldán “fue el autor del primer mapa del Perú Republicano” (Ccente y La Torre, 2003, p. 149).

En 1861 Mariano Paz Soldán viaja a París para grabar y editar su Atlas del Perú y veinte años de trabajo dispersado en el territorio peruano. Póstumamente se publicará su *Geografía del Perú* (1862), abriendo la primera obra disciplinar explícitamente anclada en una pretensión nacional y moderna. Más adelante, en 1877, se publicará el *Diccionario Estadístico Geográfico del Perú*, el cual consagra la obra de Mariano Paz Soldán dentro de la geografía peruana, ensayando más de treinta mil nombres en distintas lenguas originarias y, además, construyendo una toponimia que permitirá ir resolviendo la lenta demarcación territorial del país (Ccente y La Torre, 2003). Los fundamentos en que se basa Paz Soldán, según Ccente y La Torre, son; 1) una idea de territorio integrador de zonas costeñas y serranas, estratégicamente accesible a la organización política y social; 2) una proporción del número de población y fuentes territoriales; 3) una consideración de la política interna y externa; 4) una identificación de los intercambios y vínculos de los procesos económicos de las provincias y departamentos (Ccente y La Torre, 2003).

Contemporáneo a Paz Soldán, también destacan los aportes de Antonio Raimondi (1824-1890), quien desarrolló innovadoras investigaciones sobre botánica, zoología, paleontología, mineralogía, arqueología y, desde luego, geografía física. En 1854, Raimondi publicó *Informe sobre el guano de las islas chincha*, donde visualiza un significativo conocimiento físico sobre las propiedades de los materiales minerales y su posible explotación económica. Posteriormente, Raimondi publicó tres tomos sobre la geografía del Perú (1875-1876-1880), donde a diferencia de Soldán, trabajará una línea más ligada a las condiciones físicas y los recursos naturales, aunque también coincidirá con la construcción de un mapa genuinamente peruano.

De este modo, se puede deducir que Mariano Paz Soldán y Antonio Raimondi son los fundadores de las actividades geográficas en Perú, del uso de sus técnicas a partir de las necesidades del Estado Peruano y, desde luego, continuadores de un saber geográfico

arrancado desde Unanue. Al mismo tiempo, presentan conocimientos geográficos cada vez más exactos acerca de las propiedades físicas de las materias primas. De ahí que el guano, el salitre, o posteriormente la caña y el algodón, no solo pavimentaron las primeras exportaciones del Perú, sino que también fueron objetos de una investigación geográfica altamente especializada. Una geografía tanto o más erudita, que desde 1830 analizará la explotación del cobre y el carbón y, para mediados del siglo XIX, observará las primeras penetraciones del suelo de Talara (petróleo) junto con las muestras del caucho o la siringa en la selva peruana (Ccente y La Torre, 2003).

De estas cualidades físicas de los recursos o las necesidades estratégicas de cartografiar e identificar regiones físicas y económicas internas, se conjugará la institucionalización republicana de la geografía del Perú. Dicha institucionalización impulsada por el Estado Peruano, se expresará en la *Sociedad Geográfica de Lima* (1888) y el *Instituto Geográfico del Ejército* (1904), que antecederán a la paulatina instalación universitaria o académica de la geografía.

En relación a la introducción universitaria de la geografía en Perú, un factor importante será la reforma universitaria en 1919. Su impulso rupturista se traducirá -entre otras cosas- en la creación de la cátedra *Geografía social del Perú* a cargo de Ricardo Bustamante Cisneros (Ccente y La Torre, 2003). Antes de ello, Bustamante Cisneros habría sido formado por el destacado geógrafo Jean Brunhes en Francia. De modo que en su libro, *Las Nuevas Bases de la Geografía* (1919), Bustamante Cisneros habría materializado la introducción de la geografía regional francesa en la geografía peruana (Ccente y La Torre, 2003, p. 221). Arrancaba así una segunda tradición científica del saber geográfico, después de un siglo de contribuciones que había fundado Hipólito de Unanue.

Bustamante Cisneros es, de una u otra forma, la primera apertura de la geografía desde una tradición genuinamente académica. Al mismo tiempo, refleja la hegemonía de la geografía francesa a nivel general y la paulatina regresión de los postulados enciclopedistas fundacionales de la escuela geográfica alemana, mayoritariamente determinista. De tal manera, Bustamante Cisneros posibilita una discusión teórica de la geografía, que ya por ese entonces cuenta con principios racionales y de pretensión científica: 1) extensión o

localización; 2) relación o coordinación; 3) causalidad o actividad. Se trata de una ciencia interpretativa, causal, lógica, razonada, que debía caracterizar las regiones internas del Perú (Ccente y La Torre, 2003). Para Bustamante Cisneros:

el estudio del Topo como unidad geográfica, se propone describir y explicar las múltiples relaciones entre la tierra y el hombre, entre la naturaleza y la vida.

(Bustamante Cisneros, citado en Ccente y La Torre, 2003, p. 222)

Esta cita, correspondiente del curso *Geografía Social del Perú*<sup>6</sup>, demuestra el dominio de los términos geográficos historicistas y posibilistas de la época. En 1922, el curso pasó a ser obligatorio y, en 1928, todavía dictado por Bustamante, pasó a llamarse *Geografía Humana Del Perú* (Ccente y La Torre, 2003). Es necesario destacar que si bien Cisneros, para 1928, ya tiene una cátedra prestigiosa y cercana a una década, la formalización de un programa específico de geografía y, por ende, la profesionalización de la disciplina, todavía es inexistente. Más aún, la escasa promoción de la geografía se verá profundizada por la fuerte ofensiva del gobierno de Leguía a la reforma universitaria, congelando gran parte de las iniciativas. Solo arrancada la década del treinta comenzará el proceso de apertura de los primeros programas al interior de la Universidad de San Marcos, entre ellos, el Instituto de Geografía (Ccente y La Torre, 2003, p. 232).

En suma, el imaginario geográfico de Mariátegui está marcado por la necesidad de crear una conciencia nacional. Este escenario, teóricamente influenciado por las escuelas europeas de la geografía, se manifiesta bajo dos grandes líneas o influencias. Por un lado, una geografía física altamente influenciada por la escuela alemana de Humboldt, fundada por Hipólito de Unanue y continuada por Mariano Felipe Paz Soldán y Antonio Raimondi. Esta geografía física atenta a los sistemas naturales, atraviesa todo el siglo XIX y los inicios del XX, funda la razón práctica en tanto representación y densificación de los límites territoriales, al tiempo que distingue científicamente las formas naturales y físicas del territorio peruano.

Por otro lado, cerca del ocaso de Mariátegui, emerge una segunda corriente influenciada desde Francia. Se trata de la implementación de la geografía regional fundada por Ricardo

---

<sup>6</sup> Este curso se dictaba en la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad Nacional de San Marcos.



Bustamante Cisneros. Dicha geografía francesa, hija indirecta de la reforma universitaria, también inaugura una metodología posibilista que conjuga los principios internos y externos de la conciencia nacional, tanto en los ámbitos físicos y naturales como desde fuentes históricas y sociales que, a fin de cuentas, terminan abriendo nuevas perspectivas del Perú. Desde luego, es una geografía regional enraizada en la disputa histórica y política entre geografías alemanas y francesas, que rompe paulatinamente con las formas naturalistas y deterministas del siglo decimonónico que, a su vez, escindían la relación entre el tiempo y el espacio.

#### **4. Las influencias geográficas de Mariátegui**

Pero entonces, ¿existió alguna referencia o intercambio entre Mariátegui y los fundadores de la geografía del Perú, ya sea Mariano Paz Soldán, Antonio Raimondi, Hipólito de Unanue o Ricardo Bustamante Cisneros, quién para 1928 ya daba la cátedra *Geografía Humana del Perú* y coincidía con la publicación de *Siete ensayos*? O bien ¿hay algún indicio de autores o corrientes que hayan gestado un cierto tipo de preocupación geográfica en el pensamiento de Mariátegui? ¿O algún suceso biográfico que pudiese marcar una sensibilidad alternativa a la hora de pensar la problemática geográfica dentro de su matriz crítica? En definitiva, ¿tendrá Mariátegui alguna conciencia intelectual de los geógrafos clásicos o bien una alteridad de sus perspectivas?

No cabe duda que Mariátegui fue un lector apasionado que, una y otra vez, luchó por estar fuertemente informado, al tiempo de marcar posiciones dentro de una compleja gama de problemas, muchos de ellos externos a las fronteras peruanas. Pues bien, en relación al imaginario geográfico tradicional de la época, más allá de tener un conocimiento de las formaciones geográficas peruanas –costa, sierra, montaña- es evidente que la geografía y sus referentes intelectuales más clásicos del momento –como Humboldt, Ratzel, Ritter, Vidal de la Blache, Camilo Vallaux, entre otros- no fueron parte de sus principales preocupaciones o sus nutridos epistolarios nacionales e internacionales.

Consultando las obras completas de Mariátegui<sup>7</sup> y particularmente su vasto índice onomástico, confirmamos que: si bien a lo largo de sus textos aparecen multitudinarias referencias a personajes claves de la fundación de la geografía moderna, tales como Humboldt, Reclus<sup>8</sup>, Kant, Kropotkin, Plejanov, entre otros, por lo general, dichas referencias o comentarios críticos –organizados en artículos y columnas periodistas comúnmente–, más bien responden a otros problemas teóricos, que no están en función del problema de la geografía. Es decir, o no dan cuenta del explícito conflicto entre el determinismo y el posibilismo, o no alertan la fuerte pugna entre geógrafos físicos y humanos. En otras palabras, Mariátegui no tiene dentro de sus coordenadas intelectuales los aportes clásicos de la geografía y tampoco polemiza con sus posiciones.

Por ejemplo, previamente de su viaje a Europa, Mariátegui menciona a la corriente de Humboldt<sup>9</sup> en dos ocasiones, acusando el significado irónico de su desaparición en Perú. Siendo un gran intelectual, Mariátegui no distingue que Humboldt es uno de los sujetos más importantes del proceso de modernización y las exploraciones científicas por América, ni tampoco constata el significativo lugar científico de Humboldt en el propio desarrollo geográfico del Perú y el ancho de todas las ciencias naturales occidentales. Sin embargo, tiene profundas palabras de reconocimiento a quien estuvo con Humboldt en Perú. Mariátegui es un admirador declarado de Hipólito de Unanue, a quién también compara con la heroica tarea científica de Hermilio Valdizan<sup>10</sup>.

---

<sup>7</sup> En esta edición consultamos exhaustivamente el índice onomástico de autores y obras que nos permitieron evidenciar el grado de conocimiento y antecedentes geográficos que pudo consultar Mariátegui. Es sumamente ventajosa esta edición, ya que agrupa el conjunto de sus escritos juveniles y maduros, además de una plana fundamental de sus epistolarios.

<sup>8</sup> Por ejemplo, en el sexto de los artículos que componen *Defensa del Marxismo*, Mariátegui añade: “En la época de tranquilo apogeo de la social-democracia lassaliana y jauresiana, estos juicios no eran, sin duda, muy populares. Entonces, se miraba a Bélgica como el paraíso de la reforma, más bien que del capital. Se admiraba el espíritu progresista de sus liberales, alacres y vigilantes defensores de la laicidad; de sus católicos-sociales, vanguardia del *Rerum Novarum*, de sus socialistas, sabiamente abastecidos de oportunismo lassalliano y de elocuencia jauresiana. Eliseo Reclus había definido a Bélgica como “el campo de experiencia de Europa”. La democracia occidental sentía descansar su optimismo en este pequeño Estado, en que parecían dulcificarse todos los antagonismos de clase y de partido” (Mariátegui, 1994, p.1111). Se trata de una cita que aborda el pensamiento político de Reclus.

<sup>9</sup> Dice Mariátegui en su columna intitulada *Mala corriente*: “Una buena, ilustre y amorosa compañera nuestra, ha resuelto abandonarnos. (...) Porque esta corriente de Humboldt vivía en paz, concierto y armonía con nosotros desde el principio de las edades. Desde que Dios hizo al mundo (...) Natural es, por ende, que nos asombre que esta corriente de Humboldt se retire de nuestra costa de la noche a la mañana” (Mariátegui, 1994, p. 3173, publicado en *El Tiempo*, 24 de Junio de 1918).

<sup>10</sup> “Era un hombre de ciencia, de profunda vocación, que continuaba en nuestra Universidad la tradición de Unánue y J. Casimiro Ulloa” (Mariátegui, 1994, p. 351, publicado en *Amauta*, N°28, 1930).

Bajo este mismo acento de admiración científica, alejada de cualquier intento de uso mercantil y pragmático del conocimiento<sup>11</sup>, Mariátegui también se refiere a Antonio Raimondi en dos ocasiones. De estas referencias, es interesante señalar la columna *Por los Arboles*, publicado allá por 1914<sup>12</sup>. Sin profundizar en el texto, el joven Mariátegui<sup>13</sup> ya manifiesta una interesante sensibilidad ecológica, que puede leerse en su apéndice intitulada, *un atentado arboricida en el Jardín Botánico*. En la columna queda muy claro que la alteración sobre los árboles en la ciudad<sup>14</sup> no lo deja indiferente.

Sin duda, Mariátegui es un observador minucioso de los grandes intelectuales del Perú. Cabe distinguir eso sí, que del *gran sabio* Raimondi que reseña Mariátegui, si bien presenta una clara relación ecológica, no se categoriza dentro de la geografía del Perú. Más bien responde a una cierta tradición de estudiosos de la *flora peruana*, que no necesariamente es materia exclusiva del lente geográfico. De ahí que podamos pensar que el foco de preocupación geográfica de Mariátegui, no es realmente problemático, porque, si bien reconoce el aporte científico de Raimondi y Unanue, dicha admiración no significa una circunscripción inmediata al desarrollo intelectual de la geografía en Perú.

Esta interpretación tiene más sentido aún, si consideramos el hecho que Mariátegui no posee intercambio alguno con Bustamante Cisneros, pese a vivir en la misma época de producción y compartir, al menos teóricamente, la posibilidad de anclar un pensamiento nacional y contingente. Como decíamos más arriba, Bustamante Cisneros es formado académicamente en Francia y autor de la primera cátedra *Geografía Social del Perú* en 1922. Lamentablemente no logramos consultar sus publicaciones posteriores para corroborar si hubo alguna referencia con la obra de Mariátegui. En este sentido, es posible que al no haber pasado por la Universidad, Mariátegui haya sido ignorado por el geógrafo peruano y sus continuadores. Ello

---

<sup>11</sup> En una columna intitulada *Un libro notable: El Perú del Conde Perrone*, publicada en *El Tiempo*, el 23 de Abril de 1922, Mariátegui compara a Raimondi con el conde José María Perrone producto su viaje por la América del Sur que, lejos de buscar “finalidades utilitarias y mercantiles, sino, como a muy pocos, como a Raimondi y Markham por ejemplo” fue un viaje marcado por “una curiosidad y un interés exclusivamente científico” (Mariátegui, 1994, p. 825).

<sup>12</sup> La columna se publicó en *La Prensa*, el 18 de Mayo de 1914.

<sup>13</sup> Mariátegui tenía solo veinte años.

<sup>14</sup> Dice Mariátegui: “Según nos ha dicho el señor Veter, han sido destruidos ejemplares tan valiosos como antiguos, árboles que entre otros méritos tenían el de deber su plantación y aclimatación a los esfuerzos de aquel gran sabio que tanto estudio dedicó a la flora peruana, el célebre Raimondi” (Mariátegui, [1914] 1994, p. 2282).

sin considerar las diferencias políticas e ideológicas de la época, donde Mariátegui es un asiduo polemista sin contemplaciones con aquella intelectualidad académica que sigue manteniendo ciertas prácticas y principios oligárquicos. Aun sin saber si fue el caso de Bustamante Cisneros, desde luego, Mariátegui despierta tensiones en su ambiente universitario.

Por otro lado, Augusto Ruiz Zevallos afirma que Mariátegui habría gestado sus preocupaciones geográficas “del conjunto teórico de la derecha militante” (Ruiz, 2011, p.141). De este modo, “Mariano Felipe Paz Soldán, Francisco García Calderón y Pedro Dávalos y Lisson”, habrían inspirado a Mariátegui a descubrir la profunda tensión entre la historia y la geografía, al tiempo que influenciaron sus perspectivas relacionadas a las regiones naturales (Ruiz, 2011, p.144). A nuestro juicio, si bien puede ser correcto que Mariátegui intercambia perspectivas con estos autores, sobre todo con Francisco García Calderón<sup>15</sup>, no es menos evidente que las discusiones específicamente geográficas tanto de Mariátegui y García Calderón están supeditadas a la propuesta nacional del Perú y sus variantes o distinciones políticas y económicas. Es ahí donde nace y fecunda la necesaria relación geográfica sobre el Perú. Es decir, no nace del sentido directo o explícitamente geográfico de los escritos de estos autores o su prescripción ideológica contraria a los presupuestos epistemológicos de Mariátegui<sup>16</sup>, nace de la relación geografía y Perú.

---

<sup>15</sup> Es autor de *Le Pérou Contemporain* (1907), libro que Mariátegui consultará una y otra vez para reinvertir en *Siete ensayos* (1928). En una carta desde París, fechada el 13 de julio de 1929, García Calderón agradece el envío de *Siete ensayos* a Mariátegui. Si bien estima y valora la obra, difiere sobre el marxismo: “Me separo en otros puntos, como Ud ha de suponerlo, sobre todo en lo que se refiere a la implementación del marxismo como panacea en un país como el nuestro sin capitalismo, sin industrias, de organización semifeudal” (García Calderón en Mariátegui, 1994, p. 2017). Es relevante la crítica de Calderón porque atraviesa implícitamente el problema de formación territorial del incipiente capitalismo peruano, siendo el núcleo central de la discusión planteada en *Siete ensayos*. La industrialización es, en principio, urbanización, mientras que la organización feudal o semifeudal marca el grado de ruralización.

<sup>16</sup> Recordemos que salvo Mariano Paz Soldán, ni García Calderón ni Dávalos y Lissón elaboraron una obra estrictamente geográfica o disciplinariamente asociada al estudio de la geografía del Perú. Más aún, abriendo las obras consultadas por Mariátegui, no aparece el *Diccionario Geográfico del Perú* elaborado por Mariano Paz Soldán en 1877 (Mariátegui, 1994).

## 5. Las posibles influencias críticas de la geografía en Mariátegui

A nuestro modo de ver, las influencias concretas de la formación geográfica que elaboró Mariátegui provienen de otro proceso: su incesante autoformación y experiencia como periodista. Recordemos que a los veinte años, nuestro autor ya componía regularmente columnas, editaba periódicos y era un entusiasta poeta limeño. Su paso por distintas secciones y cargos en *La Prensa* y luego *El Tiempo*, desde 1916, imprimían las bases fundacionales de su estilo polémico y creativo.

Por la prensa limeña así, Mariátegui reconocerá el lugar del “tema indígena, las luchas obreras y estudiantiles, la batalla cultural” (Melis, 1994, p. XIV), cargando las principales problemáticas del Perú, así como sus mayores aciertos e intuiciones críticas (Flores Galindo, 1980). Por ello, más allá de su profundo compromiso con el debate, lo que nos interesa destacar es que, fue el periodismo su *universalidad crítica*, la fuente inagotable que lo llevó a su primera ruptura con el orden social: penetrar aquella fuerte y concentrada cultura oligárquica, que dividía eficientemente el acceso y goce de las letras, de las grandes mayorías analfabetas y humildes. De ahí que para comprender el tránsito de la geografía de Mariátegui, más que entender las geografías académicamente dominantes, lo que necesitamos es distinguir el curso de las claves editoriales que van marcando y cartografiando sus diferenciadas apreciaciones geográficas, todas ellas dentro del proyecto epistemológico de Mariátegui.

Según Osvaldo Fernández el *Tercer Congreso de la Raza Indígena*, celebrado en Lima en 1924, marca un rumbo definitivo en Mariátegui (Fernández, 2010). Allí, por primera vez, nucleaba el problema político y cultural del indio<sup>17</sup>. Mariátegui se centraba en el indigenismo, pero al mismo tiempo recuperaba el incaismo como pieza fundamental del mito y fermento ideológico de su liberación. Cabe recordar que en aquel año, si bien su producción intelectual es altísima, su salud es dramática puesto que un virus lo ataca en una pierna, que finalmente termina amputada.

No obstante, pese a estos duros golpes físicos, sigue produciendo y no descansa en la idea de

---

<sup>17</sup> En este encuentro intercambia importantes ideas con Pedro S. Zulen, Ezequiel Urviola, y Clorina Matto de Turner, homenajeada en aquella ocasión (Fernández, 2010).

formar un centro de estudios del Perú, con secciones y tareas en torno a la cooperación e investigación crítica de la realidad peruana, buscando así una proyección latinoamericana. Tres artículos publicados en 1925 darán cuenta de este proyecto: 1) *Hacia un estudio de los problemas peruanos*; 2) *Un programa de estudios sociales y económicos*; 3) *El hecho económico en la historia peruana* (Fernández, 2010). Estos tres artículos son fundamentales porque marcan el cambio de foco anclado en la realidad peruana. A su vez, perfilan su trídica praxis teórica: 1) refundar la nación o crear la peruanidad; 2) provocar permanente a la vanguardia como hito político de una nueva historia; 3) apropiar el materialismo histórico como lugar de recreación y tensión de sus conceptos (Fernández, 2010).

Por aquel entonces, Mariátegui ya ha pasado cuatro años en Europa y mantiene un nutrido epistolario con destacados intelectuales de la época (Melis, 1984). Rupturistamente, busca recrear e invertir diferentes claves analíticas o fundamentos binarios consecuentes a una totalidad diferenciada. Así por ejemplo, criticando la escisión colonial como lugar y momento de opresión, va ir creando figuras dialécticas tales como a) lo interno/lo externo; b) lo inerte/lo dinámico; c) inertes estratos indígenas/aluviones de la civilización occidental; d) revolución/tradición; o e) heterodoxia/ortodoxia (Fernández, 2010). Se trata de un programa cultural y político que trastorna la componente tradicional oligarca y que busca desesperadamente un nuevo punto de partida: penetrar las entrañas de la realidad peruana desde otra idea de nación, desde “su propia alternativa ante la crisis de la sociedad peruana” (Fernández, 2010, p.53). Es ahí donde debemos captar al uso de sus acepciones geográficas.

No obstante, previamente, en su paso por Europa, hay un hecho clave de esta discusión. Mariátegui sigue muy atentamente el debate literario entre aquellos que celebran las virtudes del pueblo rural versus aquellos que “exaltan el mundo urbano, como centro auténtico de la cultura contemporánea” (Melis, 1994, p. XX)<sup>18</sup>. La reinversión de la tradición y la modernidad así, comienza avizorar un componente geográfico nuevo, lleno de consecuencias sociales y políticas. Precisamente, es detrás de esta discusión literaria entre Strapaese y Stracitta, cuando “se realiza uno de los cambios más profundos en el itinerario de Mariátegui” (Melis, 1994, p. XXI): el paso de una formación fecundamente urbana a otra lógica crítica, sensible a la

---

<sup>18</sup> Según Melis este debate se centra en la valorización crítica entre el mundo urbano y rural entre Strapaese y Stracitta (Melis, 1994).

disconformidad de estructuras propiamente indigenistas y provincianas.

Más allá del sesgo objetivamente literario que trabaja Mariátegui, se trata de una sensibilidad crítica que comienza, paulatinamente, a inmiscuirse en las entrañas del Perú. En efecto, “El joven que viaja a Europa es esencialmente un intelectual urbano” (Melis, 1994, p. XXI). Sin embargo, participando de un profundo y renovado debate cultural y político sobre los derechos étnicos de las comunidades orientales de Europa, según Melis, Mariátegui altera su percepción sobre las prácticas indígenas y le adhiere un nuevo significado:

percibe la existencia de una realidad más compleja, que no se identifica totalmente con el mundo urbano. Estas reflexiones, a su regreso, se aplican a la realidad peruana, con una sensibilidad profunda por su carácter contradictorio. Sobre todo en los artículos dedicados al tema de la tradición se capta todo el alcance del proceso de reformulación del marxismo en términos peruanos. Mariátegui advierte que el destino del Perú no puede ser la modernización indiscriminada, que resulta al mismo tiempo veleidosa e inadecuada. La palabra “tradición” adquiere en estos escritos un valor diferente y opuesto al que le confieren los tradicionalistas. Se transforma en la reivindicación firme y positiva de las raíces (...) en su visión, no se puede construir para el país un futuro nuevo mirando el pasado como un modelo. Pero, al mismo tiempo, no se puede edificar a un Perú auténticamente renovado prescindiendo de las raíces. En el contexto específico del mundo andino, esto significa, justamente enfrentarse con el problema indígena, en su presente y en la herencia del pasado que conlleva. En otras palabras, significa el rechazo a todo eurocentrismo, incluyendo lo que de eurocentrismo sigue existiendo dentro del mismo marxismo. (Melis, 1994, p. XXI).

Este pasaje, a nuestro juicio, representa el horizonte creador y transgresor de las múltiples geografías que abriremos y discutiremos posteriormente desde *Siete ensayos*. Porque, si la modernización no puede ser indiscriminada y homogenizadora, es necesaria entonces otra modernización capaz de discriminar de cara a la realidad del Perú. Un Perú moderno pero lo suficientemente abierto hacia las diferencias geográficas, culturales y económicas, como una prueba inmediata de su heterogeneidad interna. De ahí que Mariátegui podrá constituir una racionalidad alternativa, fundada y re-significada a partir de una relación tiempo y espacio que “adquiere una especificidad en el encuentro con la experiencia andina” como insiste Quijano (Boigel, 2003, p. 41).

La pregunta que emerge entonces, ¿desde dónde Mariátegui está pensando dichas reinversiones categoriales, espacio-temporales y que al mismo tiempo se reclaman marxistas? ¿Se trata solo del cambio de foco que percibe una disputa entre el campo y la ciudad y sus rutas internas de los procesos sociales en Perú? ¿O más bien, es el reflejo de una época de alta densidad intelectual donde convergen alternativas al contradictorio proceso peruano? A nuestro modo de ver, es desde esta doble entrada que se forma la reinterpretación crítica del marxismo en Mariátegui y sus posiciones geográficas en *Siete ensayos*. Más específicamente, pensamos que estas últimas, también, están fuertemente atravesadas por el pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre.

En efecto, más allá de las distancias ideológicas entre ambos autores, es indudable que Haya de la Torre fue un creador del proceso latinoamericano y también para Mariátegui. Desde luego, no se trata que Haya de la Torre haya definido el programa epistemológico o las intuiciones críticas del Amauta ni mucho menos. Se trata de distinguir el momento común que ambos autores realizan a la hora de reconstruir y recuperar “lo indoamericano”. Desde luego, lejos de reproducir una conclusión cerrada, tanto Haya como Mariátegui proponen un momento de distinción y diferenciación abiertamente revolucionario. Si bien hoy sabemos las radicales diferencias que van a concluir ambos intelectuales, a nuestro juicio, existe un punto focal donde convergen y dialogan. Se trata de la aguda distinción entre realidad y principios teóricos, o bien, la necesidad política de pensar principios anclados desde la realidad y no caer en su imposición desarraigada (Chang-Rodríguez, 2009; Castro, 2006).

En este sentido, quisiéramos destacar dos menciones que cruzan la tensión del marxismo en América Latina, así como las relaciones entre Haya de la Torre y Mariátegui. La primera es un pasaje de Haya de la Torre, cuando en 1927 destaca que la eficacia de la obra revolucionaria en América Latina, se funda en la necesidad de:

mirar, estudiar y conocer el mundo y sus problemas desde y para nuestra realidad. Y una de las mejores enseñanzas de la Revolución rusa nos lo da el leninismo, que es, sin duda, fundamentalmente la aplicación de las teorías internacionales de Marx a la realidad del **ambiente** ruso.

(Haya de la Torre, citado en Castro, 2006, p.52, el subrayado es



nuestro)

Por otro lado, la segunda mención es de Mariátegui y se encuentra en su mensaje al Congreso Obrero, fechado en 1927, cuando definió su método:

El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo, comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el **ambiente**, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades.

(Mariátegui, 1991, pp. 168-169, el subrayado es nuestro)

Ambos autores comparten la necesidad de articular la práctica y la teoría como un movimiento anclado en la realidad concreta. De tal forma, las formulaciones teóricas y sobre todo aquellas ligadas al terreno político, una y otra vez, nacen de las prácticas sociales y los procesos históricos que vuelven a mirar internamente a sus sociedades. A partir de lo anterior y sin que las recepciones mariateguistas lo destaquen, ambas conceptualizaciones –tanto la de Haya de la Torre como la de Mariátegui– distinguen explícitamente la necesidad de pensar desde las diferencias del *ambiente*. Intuitivamente, Mariátegui va ir más allá y fijará sus advertencias sobre la necia aplicación del marxismo en homogéneos “climas históricos” y “latitudes sociales” cuando, por el contrario, el marxismo debe operar sobre las particularidades de “cada pueblo” o “cada país” producto que “acciona y opera sobre el ambiente”. Más allá de la metáfora geográfica de “climas” y “latitudes”, no quedan dudas de las escalas y especificaciones geográficas atravesadas en estas distinciones.

La demarcación en relación al *otro externo*, desde luego, fue el punto de partida del proyecto del APRA y Haya de la Torre. Ya sea extranjero, colonizador o capitalista, esta distinción también se entroncará en el proyecto de Mariátegui, operando como un principio geográfico para entender las formas históricas y sociales antagónicas, sobre todo aquellas capaces de recuperar las raíces del Perú. De ahí que Haya de la Torre reconoce el tipo de poblamiento colonial y sus ciudades como un proceso impositivo, producto la artificialidad de sus

coordinadas y el desarraigo con sus prácticas locales económicas. Haya de la Torre seguirá desarrollando estos argumentos en su tesis de *El espacio-tiempo histórico*<sup>19</sup> en 1946. Para Haya se debe superar el marxismo mediante el uso radical de la dialéctica, es decir, recuperar un marxismo hegeliano que explique la formación económica social de Perú y permita zafar de los “marxismo criollos”, que han hecho un marxismo “congelado y estanco” en América Latina (Castro, 2006, p. 30).

En suma, tanto en Mariátegui como Haya de la Torre, “hay un reconocimiento de la diversidad social, geográfica y temporal del mundo, que implica, además, tomar nota de estas diferencias” (Castro, 2006, p. 46). Y si bien cada uno tomará distintas conclusiones políticas, el punto de partida sigue siendo el mismo: penetrar las diferencias desde Perú y abrir un horizonte crítico de la totalidad social.

Pues bien, retomando la relación entre el imaginario geográfico de la época y Mariátegui, es necesario añadir, además, que de las 32 publicaciones que dieron vida a *Amauta* entre 1926 a 1930, solo tres de ellas proveen de artículos sobre regionalismo: *Regionalismo y Centralismo* de José Carlos Mariátegui en 1926; *Economía de Sud Perú* de Emilio Romero en 1929, y, por último, *Perú en tres tiempos* de Luis Alberto Sánchez en 1929 (Ordoñez, 2009). Esta constatación nos sugiere que, si bien la preocupación regional (o la organización territorial) del Perú existe como problemática, no es sustantiva. No obstante, el regionalismo en sí mismo manifiesta una profunda tensión interna del Perú y arranca desde el propio concepto regional de Mariátegui que, a su vez, oferta las vigas para crear una peruanidad (Fernández, 2010).

Si para Emilio Romero el “sur del Perú, política, social y económicamente tiene personalidad” (Romero citado en Ordoñez, 2009, p. 443) que transluce las inflexiones con el regionalismo

---

<sup>19</sup> Según Chang-Rodríguez, el corazón de la propuesta de Haya se resume así: “Cada Espacio-Tiempo histórico forma un sistema de coordenadas culturales, un escenario geográfico y un acaecer histórico que determina la relación de pensamiento y de devenir inseparables de la concepción espacial y de la mediación cronológica. Cada Espacio-Tiempo es expresión de un grado de conciencia colectiva capaz de observar, comprender y distinguir como dimensión histórica su propio campo de desenvolvimiento social. Y si un pueblo sólo llega a la adultez cultural cuando alcanza la conciencia de su peculiar proceso de desarrollo económico y social, ella sólo es completa cuando descubre, con el acaecer de su historia, la categoría intransferible e indesligable de su propio Espacio-Tiempo” (Haya, citado en Shang-Rodríguez, 2009, s.p.)

tradicional<sup>20</sup>, para Luis Alberto Sánchez las expresiones “Norte, Sur y Centro”, condicionan un proceso de división forzosa que demuestra “el carácter de las regiones” (Sánchez, citado en Ordoñez, 2009, p. 443), disímil en relación a la regionalización de la época. Si bien este último artículo es un análisis político regional con alta ironía<sup>21</sup>, no es menos cierto que Sánchez captura con fuerza, nuevamente, la influencia de la geografía francesa: las regiones son territorios con particularidades excepcionales.

Es interesante profundizar en Emilio Romero Padilla, porque será uno de los precursores de la geografía peruana, al tiempo que es el único intercambio directo entre Mariátegui y los geógrafos peruanos. Ahora bien, cabe matizar que cuando Romero publica en *Amauta*, en 1929, todavía no tiene una formación estrictamente geográfica tal como la sostuvo Bustamente Cisneros. En efecto, Romero recién comenzaba sus planteamientos sobre el regionalismo que, lamentablemente, se desarrollaron posterior a la muerte de Mariátegui. La única referencia y contacto que presenta Mariátegui con Romero, es cuando destaca sus capacidades sobre un estudio histórico de la religión inca<sup>22</sup> que, desde luego, está bastante alejado de sus perspectivas intelectuales que lo posicionaron dentro de la geografía peruana<sup>23</sup>. A su vez, recordemos que Mariátegui publicó en 1926 su ensayo *Regionalismo y Descentralismo*, tres años antes de la publicación regional de Romero, por lo cual prácticamente no alcanzó a digerir los planteamientos regionales del geógrafo cuzqueño.

---

<sup>20</sup> Romero caracteriza el sur peruano desde una crítica histórica colonial que puntualiza el problema del aislamiento. Así, afirma la existencia unidades geográficas sumamente diversas y que distaban mucho del regionalismo campante: Puno, Arequipa y Cuzco. El programa regional de Romero es un despegue productivo que pretende encarar el proceso migratorio que, nefastamente, pierde el sur peruano. Por ello, crucial es la apertura de un ferrocarril hasta el sur. A su vez, busca dar un vuelco a las propias riquezas locales, pero sin mayor precisión de la forma y las posibilidades radicales. En efecto, frente al gamonalismo, justifica y pondera la necesidad social del país (Ordoñez, 2009).

<sup>21</sup> Para Sánchez, existe un sur beligerante radical, sumamente polémico y dispuesto a tomar las armas contra Lima; un centro escéptico, desarraigado pero industrial, poseedor del control sin pensarse como una gran idea propia; y un norte crítico pero más contemplativo, conciliador, académico, sin muchas luces de abrir un horizonte.

<sup>22</sup> “Emilio Romero, inteligente y estudioso escritor, tiene interesantes observaciones sobre este aspecto de la sustitución de los dioses incaicos por las efigies y ritos católicos” (Mariátegui, [1928]1994, p.77).

<sup>23</sup> Véase *Monografía del Departamento de Puno* (Lima, 1928); *Tres ciudades del Perú* (1929); *Geografía Económica del Perú* (1929, 1936, 1953,1961); *El Descentralismo* (1937; 1987); *Historia Económica y Financiera del Perú: antiguo Perú y Virreinato* (1937); *Nuestra Tierra. Un ensayo de Geografía para el Pueblo* (Lima, 1941); *Geografía del Pacífico Sudamericano* (1947); *Historia Económica del Perú* (1949; 2006); *Por el Norte del Ecuador* (1954); *El Perú por los Senderos de América* (1955); *El Santo de la escoba* (1959); *Biografía de los Andes* (1965); *Regionalismo y centralismo* (1969); *Perú: una nueva geografía* (1994). Consultado en la reseña *Bibliografía de Doctor Emilio Romero Padilla* (Luque, 2002).

En efecto, Romero será director del Departamento de Geografía de la Universidad Mayor de San Marcos (1944-1955) y ocupará importantes cargos académicos y políticos (Luque, 2002). Al igual que Bustamante Cisneros, tuvo una activa formación entorno al estudio del paisaje y la geografía francesa<sup>24</sup> y, desde luego, es uno de los geógrafos más destacados en la discusión regional peruana a lo largo del siglo XX. Para Romero, sin duda, Mariátegui es una figura fundamental del campo intelectual peruano,- “Brillante escritor socialista” (Romero, 1949, p. 89), producto que distinguió ciertas dimensiones relativistas del campo histórico y su relación simbólica con los modos de producción originarios (Romero, 1949). De modo que Mariátegui no está anclado directamente en la tradición geográfica de la época ni tampoco habría contribuido a ella. Más bien sus planteamientos seguirían rejuveneciendo las formas de relativizar los procesos históricos y el imaginario social de los incas en el proyecto socialista. Según Romero, Mariátegui:

no había penetrado en la entraña de nuestra historia cuando llamaba incaico al comunismo del antiguo Perú. Pero acertó cuando establecía el relativismo con que hay que apreciar la crítica actual sobre los hechos de un pasado remoto.  
(Romero, 1949, p. 89)

Solo para provocar la discusión y lejos de hacernos cargo de estos planteamientos, a nuestro juicio, de aquí se inaugura el silencio de Mariátegui en la geografía peruana. Desde luego, más allá de las intuiciones del *historiador* Zeballos (2011), no hay estudios sistemáticos y teóricos que tensionen un pensamiento geográfico desde Mariátegui y sus tesis sobre las relaciones geográficas del Perú. Es después o quizás desde Emilio Romero Padilla, que la geografía no ha leído a Mariátegui teóricamente<sup>25</sup>. Las razones de esta situación son múltiples, sin embargo, adentrándonos sumariamente destacamos solo tres elementos: 1) el fuerte colonialismo<sup>26</sup>

---

<sup>24</sup> Según Romero: “La importancia del conocimiento y la interpretación del paisaje peruano es pues básica para el conocimiento e interpretación del hombre y su proceso en el tiempo. Los más notables investigadores en la antigüedad peruana así lo comprendieron. Con sobrada razón el geógrafo francés Vallaux dice que “existe siempre una geografía que se anticipa a la historia. Los hombres han comido y han bebido, han labrado la tierra y construido casas, han buscado y fundido metales, han cazado y pescado, antes que ningún documento histórico nos dé la prueba de ello” (Romero, 1949, p. 13).

<sup>25</sup> Solo la discusión regional en claves históricas retoma ciertos aportes de Mariátegui (Contreras, 2002).

<sup>26</sup> En *El desarrollo de la geografía cultural en Perú* (1991), Hidelgado Córdova, si bien reconoce a los Andes como el laboratorio fecundo de la geografía cultural peruana, acepta sin problemas y distinciones críticas, que los geógrafos peruanos “fueron fuertemente influenciados por las corrientes geográficas y temas de interés de los visitantes ya sea europeos o norteamericanos. Uno de ellos fue el Dr. Javier Pulgar Vidal, quien con justicia es llamado el maestro de los geógrafos peruanos” (Córdova, 1991, p.63).

fundacional y permanente del saber geográfico del Perú y en América Latina; 2) el hegemónico positivismo de la geografía peruana<sup>27</sup>; y por consecuencia, 3) la aun perdida geografía crítica que no ha tenido una expresión sistemática en las prácticas geográficas peruanas<sup>28</sup> (Hurtado, 2002). En efecto, si la geografía del Perú no se ha centrado decididamente en esta discusión, era muy probable que se prescindiera de los aportes del Amauta, tal como viene ocurriendo desde mediados del siglo XX con el resto de la geografía latinoamericana.

---

<sup>27</sup> Para Pulgar, no hubo desarrollo científico de la geografía hasta 1939, dicho sea de paso, año de divulgación de su tesis de *Las ocho regiones naturales del Perú*: “Hasta el año 1939, todos los textos de geografía, historia, literatura y economía; las novelas, los libros de los viajeros, las leyes y reglamentos, los artículos periodísticos y todo género de publicaciones repiten, hasta la saciedad, aquella división en Costa, Sierra y Montaña” (Pulgar, 1987, p.14). En este lugar estaría, por consecuencia, Mariátegui.

<sup>28</sup> Dice el geógrafo peruano: “En el Perú, no se estudió ni investigó los problemas que afectan la vida de la población; solamente se estudió a la población desde el punto de vista demográfico, con apoyo de instituciones extranjeras. No se estudió los problemas sociales para solucionarlos” (Hurtado, 2002, p. 65).

## CAPÍTULO II

### GEOGRAFÍA CRÍTICA, APUNTES Y PROBLEMÁTICAS

[...] si el espacio es un producto, nuestro conocimiento de él debe reproducir y exponer el proceso de producción.

Henri Lefebvre, 1974.

#### 1. Inicios de la geografía crítica

En el presente capítulo proponemos una reconstrucción del pensamiento geográfico crítico con el fin de aproximarnos a las lecturas de Mariátegui. Si bien la geografía crítica concentra múltiples corrientes e interpretaciones, tales como las tradiciones humanistas anglosajonas y francfortianas del norte, pasando por los estudios poscoloniales, identitarios y ambientalistas del sur, hasta aquellas vinculadas a la crítica de la acumulación del capital en el horizonte de una nueva modernidad (Ramírez, Montañez y Zusman, en prensa), por las pretensiones de nuestra tesis, nos centraremos dentro de la geografía radical que arranca a finales del sesenta.

Desde luego, los inicios de la geografía radical estuvieron marcados por una profunda deslegitimación del capitalismo a nivel mundial que transgredía las fronteras nacionales y se localizaba en distintos lugares del orbe: las agresiones contra Vietnam y los movimientos sociales de la paz, la Revolución Cubana y la emergencia de las izquierdas latinoamericanas, los movimientos urbanos y por derechos civiles en Estados Unidos, las movilizaciones estudiantiles del mayo francés del '68 (Unwim, 1995), etc. Eran tiempos de una inexorable desigualdad social que fundamentaba una politización generalizada en diferentes estadios de la sociedad. Las comunidades académicas se tensionaban, tomando posiciones políticas más explícitas o militantes que también comprometían a los fundamentos metodológicos.

Este fue el contexto de la nueva discusión geográfica o la nueva generación radical que cuestionaba las nuevas y viejas preguntas disciplinares. La geografía no se puede entender –decían los radicales– “de manera independiente de la base social para la producción y el uso de ese conocimiento” (Harvey, 2007a, p.124), y tampoco tenía sentido sin una teoría social crítica en general (Santos, 1990). De ahí que la irrupción de la geografía radical representa un

profundo cuestionamiento del ejercicio disciplinario, cruzado por la escisión entre la metodología dominante y su silencio ante las profundas discriminaciones barriales (o urbanas) y ambientales. Los geógrafos radicales así, cuestionaban las prácticas positivistas que sistemáticamente omitían o bien neutralizaban los problemas sociales, argumentando que sus principios y procedimientos eran científicos y no políticos<sup>29</sup>. Una buena parte de la tensión, desde luego, se venía acumulando desde la Segunda Guerra Mundial, cuando la lógica académica de la geografía:

dependía cada vez más del cultivo de técnicas muy especializadas (tales como la captación remota) o la producción de conocimientos especializados para intereses especiales poderosos.  
(Harvey, 2007a, p.128)

En efecto, aunque suele ser soslayado, entre 1939 y 1945, la geografía ocupó un papel relevante del arsenal de guerra, siendo material e instrumento de consulta recurrente. A mayor inserción universitaria de la geografía -Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos-, mayor fue la especialización de geógrafos/as en el conflicto militar. Ya sea pronosticando el tiempo, extendiendo mapas específicos de los campos de batalla o clasificando los recursos naturales y sus potenciales estratégicos, los geógrafos/as fueron parte útil y sofisticada del conflicto bélico. De modo que considerables estudios armamentísticos, posteriormente fueron estudios académicos que ayudaron a levantar la perdida legitimación científica del siglo XIX y la consagración de los geógrafos dentro del accionar del Estado. Lentamente así –como dice Harvey- la disciplina geográfica se fue profesionalizando “con técnicas y habilidades específicas”<sup>30</sup> (Harvey, 2007a, p. 48).

Esta situación no sólo redefinió las fronteras epistemológicas de la geografía, sino que también consolidó una lógica de imperialismo académico anclado en el espíritu de la supervivencia científica (Harvey, 2007a). En efecto, se fragmentó a tal punto la geografía que mientras más

---

<sup>29</sup> Véase las exploraciones geográficas de Fitzgerald (1969 y 1970) de Williams Bunge en Estados Unidos (Zusman, 2011). Bunge representaría el ejemplo más emblemático de la tensión radical: investigar desde las comunidades locales versus las posiciones conservadoras académicas. Tras interrumpidas censuras y sanciones a su trabajo de campo, entre otras filosas destituciones en su distinguida carrera académica, finalmente se retiró y dedicó a ser taxista.

<sup>30</sup> Ives Lacoste posteriormente, en 1976, publicará un importante libro que impactará profundamente en la geografía radical, *La geografía: un arma para la guerra*. Para otros geógrafos más positivos y positivistas, por el contrario, está influencia de la guerra mundial sirvió para profundizar los estudios ligados al ámbito físico como institucional de la geografía.

especializada fue, más se subsumió al interior de otras disciplinas –física, matemáticas, estadísticas, economía-, perdiendo su relación objetual central (Harvey, 2007a). Así nació la geografía cuantitativa o el neopositivismo geográfico<sup>31</sup> del sesenta, defendiendo la existencia de leyes espaciales y la pretensión de una organización espacial de la sociedad, interpretable en la superficie de la tierra. De lo que se trataba entonces era descubrir, describir y explicar dichas leyes del espacio, con el propósito de predecir la realidad espacial (Delgado, 2003; Holt-Jensen, 1992).

De modo que mientras seguía profundizándose la división entre la geografía física y la geografía humana arrancada a principios de siglo XX, el movimiento cuantitativo permitía y lograba una preciada unidad de la geografía, que a su vez, rompía con la visión de la geografía regional francesa. Así, desde EEUU e Inglaterra principalmente, entre la década del cincuenta al setenta, se conformará una generación de geógrafas y geógrafos<sup>32</sup> que paulatinamente, van ir encontrando legitimidad científica en los resultados cuantitativos de la geografía. Era una “ciencia exitosa” en el sentido que contribuía a la predicción de fenómenos sociales (salud, vivienda, calidad de vida urbana, entre otros) mediante localizaciones que, desde diversas finalidades, sintetizaban las necesidades institucionales privadas o del Estado. Pero, al mismo tiempo, silenciaban las fuertes demandas sociales y políticas por la ciudad y los derechos civiles.

Es ante estos silencios y postulados positivistas que emerge la geografía radical en Estados Unidos, paralela a otras voces geográficas humanistas, existencialistas y comportamentales. Al igual que la generación de Mariátegui, la geografía radical expresó una ruptura con el pensamiento positivista precedente y una crítica al orden establecido, desde luego, sin abandonar el conjunto metodológico acumulado hasta ese entonces (Harvey, 2007a). La geografía así debía aportar a la transformación, develando las máscaras sociales contenidas en la relación geografía y clases sociales y, por sobre todo, debía criticar el empirismo

---

<sup>31</sup> El punto de partida de la tradición cuantitativa la impondrá el geógrafo alemán Schaefer (1953) sobre la posición “excepcionalista” de Harstshorne y Hettner. Para Schaefer: “la geografía debía concebirse como la ciencia que se ocupa de la formación de las leyes que rigen la distribución espacial de determinadas características por la superficie de la Tierra” (Unwim, 1995, p.159).

<sup>32</sup> Algunos de ellos: Garrison, Ullman, Dacey, Berry, Morrill, Hagerstrand, Chorley, Hagget, Berry, Park, Bunge, Harvey. Estos dos últimos geógrafos, William Bunge y David Harvey, después de publicar importantes obras cuantitativas de la geografía, pasarán a ser emblemáticos geógrafos radicales.



exacerbado que recreaba el mundo de las apariencias, más cuando lo que se trataba era dar *sentido* al mundo de las apariencias (Moraes, 2005).

## **2. La geografía radical: una respuesta al positivismo**

Los geógrafos radicales construyeron una actitud alternativa frente a la geografía tradicional y cuantitativa dominante. Su fuerza aflorará con más destello durante la década del setenta y el ochenta, a través de importantes organizaciones académicas y encuentros de alcance intercontinental, como la Asociación de Geógrafos Socialistas (Mattson, 1978). Desde luego, se distinguía el carácter clasista e ideológico de las geografías funcionalmente capitalistas, colonialistas y racistas, explicitando las relaciones internas entre las teorías geográficas, el imperialismo, el progreso moderno y la expansión del capital. Asimismo, se desmitificaba la “objetividad” del saber científico, y en especial las contradicciones teóricas y éticas al interior de la geografía histórica (Moraes, 2005).

El punto de partida de la geografía radical fue entender el espacio geográfico como un producto social e histórico, recuperando la subjetividad en tanto principio político para la creación de una nueva sociedad (Racine, 1976). Los geógrafos radicales así, rompieron con aquella visión del espacio geográfico entendido como contenedor pasivo y descriptor de las dinámicas sociales y naturales (Capel, 1989). De esta forma, hubo importantes desplazamientos teóricos y metodológicos: del espacio abstracto se pasó al lugar concreto de los antagonismos sociales; de las técnicas cuantitativas y analíticas se abrió paso a los métodos cualitativos anexados a los datos cuantitativos de la realidad social; de una explicación de una *realidad estática* se transitó a la comprensión de *procesos sociales en movimiento*; de la objetividad y neutralidad científica a la investigación participante y posicionada (Capel, 1989).

Los núcleos más importantes se redistribuirán entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia. La geografía, ante todo, era una práctica social donde académicos y estudiantes, en conjunto con la comunidad –ya sea local o regional-, debían incidir perspectivas acordes a las necesidades sociales entre los grupos oprimidos y explotados de la ciudad (Zusman, 2011). El adjetivo radical provenía de la búsqueda o pretensión de encarar una raíz a los problemas de la

sociedad y su relación con la geografía (Capel, 1989). A través de la difusión *Herodote*<sup>33</sup> en Francia (1971) y *Antipode*<sup>34</sup> en Estados Unidos (1969), se iniciará el debate editorial. Ya en la primera editorial de *Antipode* se interpelaba internamente a la disciplina, pero dialógicamente se buscaba abrir alternativas desde nuevas matrices éticas y directamente intersubjetivas<sup>35</sup>. Similar ejercicio puede recogerse desde el primer *Cuaderno Crítico de Geografía Humana*<sup>36</sup>, publicado en la Universidad de Barcelona, allá por 1976:

La situación actual de la Geografía española hace necesario iniciar una crítica sistemática de las concepciones dominantes y de los estudios concretos que se efectúan (...) Crítica de la Geografía, es decir de las concepciones teóricas dominantes y de las ideologías subyacentes. Crítica desde la Geografía, en cuanto intento consciente de utilizar la ciencia geográfica como arma crítica frente a la realidad social que nos rodea.  
(Editorial Geo-crítica, 1976)

En 1973, tres obras significativas expresaron la superación histórica del aislamiento disciplinar de la geografía tradicional y su vinculación con la teoría crítica, al tiempo que abrirán importantes rutas metodológicas desde la sociología urbana y la epistemología: 1) *La cuestión urbana* de Manuel Castells; 2) *Espacio y Política* de Henri Lefebvre; y 3) *Urbanismo y Desigualdad social* de David Harvey, quien introdujo las primeras teorizaciones del espacio en tanto procesos y formas espaciales, ancladas en *El Capital* de Marx. Se comenzaba así a definir el núcleo de enunciación o la posibilidad epistemológica de la geografía radical (Unwim, 1995).

Respecto a la recepción latinoamericana, si bien la geografía radical fue una corriente geográfica que abrió un número relevante de contenidos, problemas y líneas de investigación en directo contacto con especialistas latinoamericanos en México, Argentina y Brasil, principalmente (Ramirez et al, en prensa). Es cierto que la geografía radical, al mismo tiempo, no respondió a todas las realidades y especificidades latinoamericanas. Y tal como sincera el uruguayo Germán Wittstein, “los geógrafos de esta macro región, hemos dado abundantes

---

<sup>33</sup> Dirigida por Yves Lacoste.

<sup>34</sup> Dirigida por Richard Peet.

<sup>35</sup> La primera editorial de *Antipode*, fechada en 1968, busca “interrogantes relativos a los valores dentro de la geografía, interrogar a las instituciones existentes con relación al ritmo y calidad del cambio, y consultar a los individuos sobre sus propios compromisos” (Unwim, 1995, p. 22).

<sup>36</sup> Dirigido por Horacio Capel.

muestras de pensamiento colonizado en lo que va de siglo” (Wittstein, 1990, p. 60). Esta situación, desde luego, no se debe al hecho que no haya existido un aparato crítico extrapolable o re-interpretativo desde el pensamiento geográfico en América Latina, sino más bien al problema moderno de la disciplina: el hecho de que la instalación del saber geográfico en América Latina, ha sido más una razón instrumental cartográfica y militar de Estado, que una disciplina consolidada y argumentativa, con pensamiento propio y categorías dispuestas a contrastar e interpretar críticamente la realidad. He aquí el punto de inflexión que se expresa en múltiples tonalidades y pretensiones de las actuales añoranzas críticas. Esta contradicción al mismo tiempo, manifiesta la profunda diversidad o desigualdad de las realidades académicas geográficas, que pueden ir desde una densa crítica epistemológica propia -como el caso brasileño-, o agrupar pequeñas y significativas incursiones - Argentina o México-, o bien, concluir que no existen tradiciones efectivamente epistemológicas críticas desde sus cimientos teóricos y prácticos (Chile, Perú y Ecuador).

Parte del problema, sin duda, responde al ineludible proceso histórico de dependencia y dominación de las prácticas geográficas latinoamericanas con las del norte. Ahora bien, más allá de esta contradicción universal y particular, colonizadora y euro-céntrica, lo que nos interesa reconocer aquí, es discutir las alternativas y proposiciones de la geografía radical sensibles a los aportes de José Carlos Mariátegui. Durante las últimas décadas y sobre todo con la expansión de los Encuentros de Geógrafos de América Latina (EGAL) desde 1987, importantes investigadores y geógrafos de diferentes contextos han defendido la posibilidad de crear una geografía crítica de raíz latinoamericana (Santos, 1988; Di Cione, 2011; Rincón y Rodríguez, 2013; Fabri, 2012), o más bien, develar la existencia de unas “geografías críticas latinoamericanas” (Ramírez, Montañez y Zusman, en prensa). Sin embargo, una y otra vez, han prescindido de los presupuestos críticos de Mariátegui y la distinción de tierras/territorialidades diferenciadas en lo supuestamente latinoamericano. A nuestro juicio, más allá de atesorar una raíz o esencia propiamente “latinoamericana”, lo sustancial es el contenido del argumento que, contrastado con la realidad objetual, sea capaz de movilizar las contradicciones del hoy. De ahí que creemos posible y necesario volver al núcleo radical y aventurar desde ahí las posiciones geográficas que atraviesan los *Siete ensayos*.

### 3. El núcleo teórico radical: el proceso de producción del espacio

Si bien ya hemos categorizado muy sumariamente las fuentes y propósitos de la geografía radical, es necesario retomar a Lefebvre (1976 y 1974) para acercarnos al núcleo problematizador del pensamiento radical. Este núcleo arranca denunciando que el espacio ha sido entendido sistemáticamente de forma fragmentada y deshistorizada, por tanto, de lo que se trata es, de re-componer críticamente aquella negación. Filósofos, urbanistas, economistas, ambientalistas y epistemólogos, entre otros saberes, -denuncia Lefebvre- han creado un espacio mental de diferentes casillas de entendimiento, estancas generalmente, sin relaciones acordes a una unidad teórica e histórica (Lefebvre, 1976).

Así, el espacio ha sido entendido como espacio literario o ideológico, o bien como el espacio físico y natural de la reproducción de la vida social. De tal manera –siguiendo a Lefebvre- es necesario pensar el espacio como *espacio social*, es decir, una negatividad creativa entre el espacio mental y el espacio físico, alejándonos de la clásica visión coleccionadora, positivista o determinista. En efecto, lejos de ser un marco o recipiente donde se colocan actividades y acciones humanas, para Lefebvre el espacio “es un conjunto completo de errores, un complejo de ilusiones, que nunca puede lograr que olvidemos completamente que existe un sujeto total que actúa continuamente para mantener y reproducir sus propias condiciones de existencia” (Lefebvre, citado en Unwim, 1995, p. 272). Por lo tanto, una teoría del espacio debe contribuir a reconocer como se produce la espacialidad dominante y las relaciones sociales, una espacialidad que al mismo tiempo “incluye las cosas producidas y engloba sus interrelaciones dentro de la coexistencia y la simultaneidad” (Lefebvre citado por Unwim, 1995, p. 283)<sup>37</sup>.

Estas propuestas de Lefebvre son el resultado de varias décadas de investigaciones en comunidades rurales y urbanas de Francia, profundizadas por su crítica de la vida cotidiana (Sevilla, 2011). Para Lefebvre el valor emancipador o “la riqueza de la vida cotidiana” radica en la posibilidad de construir la vida social de maneras no alienadas, no sometidas, el cambio social en última instancia. En contraposición, la “miseria de la vida cotidiana” se expresa en

---

<sup>37</sup> Esta idea también puede complementarse cuando Doreen Massey afirma que, “El espacio es, entonces, un producto en proceso; nunca es algo terminado, ni es una totalidad cerrada” (Román y García, 2008, p. 331).

los mecanismos que llevan al sujeto a profundizar su alienación, a creer en la promesa de felicidad del consumo (Lindón, 2006).

En *Revolución Urbana* (1970), *Espacio y Política* (1973) y *La production de l' espace* (1974), Lefebvre incorporará una innovadora crítica sobre el papel del capital y el Estado en la creación del espacio. Posteriormente ampliará la discusión en cuatro tomos dedicados, exclusivamente, a la producción territorial del Estado (1976, 1977, 1978). Es, precisamente, desde estos trabajos que el espacio será entendido como un producto social y la sociedad será constituida desde una matriz crítica del espacio. Es en *La production de l' espace* (1974), donde Lefebvre concluirá su sistema categorial. Allí Lefebvre constatará tres momentos fundamentales y relacionales para su teoría: 1) las prácticas espaciales; 2) las representaciones del espacio; 3) y los espacios de representación<sup>38</sup>. Las prácticas espaciales –el espacio percibido- son las producciones concretas de las formaciones sociales, la ocupación física del territorio, el lugar o región donde se crean y recrean las relaciones sociales. Por su parte, las representaciones del espacio –el espacio concebido- son las interpretaciones abstractas que elaboran los científicos, planificadores o políticos que generalmente median y dirigen la producción del espacio, es decir, expresan la condición o representación hegemónica del espacio mediante mapas, imágenes, planos o sistemas verbales que contienen el poder y la ideología dominante o del capitalismo. Mientras, en un tercer momento, surgen los espacios de representación –espacio vivido-, aquellos espacios fundados en las experiencias de las clases sociales, son los espacios de resistencia o contra hegemónicos y simbólicos -contracultura dirá Lefebvre- donde se elaboran posiciones del encuentro social. Cada una de estas categorías conlleva y participa de una totalidad social diferenciada y de relaciones que tensionan y provocan vínculos incluyentes/excluyentes que expresan el proceso histórico-social en movimiento.

El capitalismo no sólo gestó la urbanización como una necesidad y una espacialidad hegemónica sino que la construcción social de la ciudad introdujo, según Lefebvre, “un movimiento dialéctico nuevo: el espacio dominante y el espacio dominado” (Lefebvre, s./r., p.

---

<sup>38</sup> Si bien muchos son los geógrafos y geógrafas que han profundizado y criticado esta composición triádica (Santos 1996, Harvey 1996, Hiernaux 2004, Lindón 2004) desde entradas diferentes, la mayor parte concuerda que el esfuerzo más sistemático fue la lectura de Edward Soja en su libro *Geografías Posmodernas* (1993).

221). Esta tesis polémica planteaba que la urbanización habría sustituido a la industrialización como fuerza impulsora del capitalismo tardío, al punto que lo urbano no solo incidía sino que producía y constituía la circulación de capital (Goonewardena, 2011). Con todo, es un hecho que Lefebvre abrió la puerta política del espacio en un tiempo que fue obnubilado teóricamente, sin que por ello haya desconocido la importancia de la historicidad y la lucha de clases.

Continuando los presupuestos lefebvreanos, Milton Santos añade que la geografía debe buscar y discutir la dinámica de la producción del espacio social (Santos, 1990). El espacio entonces es fruto de una *acumulación desigual del tiempo* que produce lugares diferenciados (Moraes, 2005). La geografía, por lo tanto, debe comprender el proceso de producción humana e histórica del espacio, al mismo tiempo que debe internalizar este proceso como obra del trabajo humano. Así, el espacio geográfico es un campo de fuerza cuya energía es dinámica y está estrechamente relacionado por las relaciones tecnológicas, culturales y sociales que permanente cambian y se recrean en el tiempo (Santos, 2000). En el proyecto de Santos, al igual que la mayor parte de los geógrafos radicales, “la organización espacial está impuesta por el ritmo de la acumulación del capital”<sup>39</sup> (Moraes, 2005, p. 129), lo cual produce una desigualdad política y una diferenciación en la dotación de instrumentos de trabajo que se operacionalizan de manera *desigual y combinada* en la superficie del planeta (Santos, 2000; Harvey, 2007b; Smith; 1988). Para Santos existe:

un continuo proceso de dominación de modernización en curso, que no atiende a todos los lugares al mismo tiempo, que es estimulado por el Estado, y que obedece a la lógica del capital y no a los intereses del hombre.  
(Moraes, 2003, p.130)

De ahí que contradictoriamente el espacio geográfico es el hogar del hombre, aunque muchas veces es, también, su propia celda (Santos, 2000). Lo que se traduce en una desigualdad selectiva y estructural que impone una jerarquización de los lugares (Moraes, 2003). La geografía debe entender que, las sociedades producen espacios y al producir espacio se representa *la acumulación de trabajo humano*, un lugar de rupturas y continuidades espaciales a las cuales denomina rugosidades (Moraes, 2003, p. 128). La metáfora de rugosidades

---

<sup>39</sup> Todas las citas textuales de Antonio Robert Moraes, son resultado de nuestra traducción del portugués.

permite entender la importancia del tiempo en la geografía, según Santos. Es decir, cada sistema temporal arranca nuevas propiedades del espacio pero, a su vez, otras lógicas espaciales prevalecen como rugosidades (Santos, 1996; Zusman, 2002)<sup>40</sup>. Una rugosidad desde luego muy atinente al problema de la coexistencia que plantea Mariátegui.

Harvey, por su parte, plantea la necesidad de entender las dinámicas de reproducción y producción del capitalismo, incorporando las formas espaciales como estructuras de carácter combinado, contradictorio y complejo, definidas por un desarrollo geográfico desigual a escala planetaria que establece diferenciadas condiciones ecológicas, culturales, económicas, políticas y sociales (Delgado, 2003; Di Cione, 2007; Harvey, 2007b). Por ello, es necesario pensar un *materialismo dialéctico histórico-geográfico*, articulando un diálogo crítico entre la historia y la geografía que considere el espacio como “elemento constitutivo de la totalidad social y no sea entendida como algo secundario, tal como lo hizo el historicismo” (Delgado, 2003, p. 186; Harvey, 2007b). Este materialismo histórico geográfico privilegia la noción de procesos, flujos, cambios permanentes, estructuras y sistemas organizados. Si la geografía positivista se preocupó de medir flujos, la geografía de inspiración marxista de Harvey debe preguntarse por las razones del como ocurren estos flujos.

La producción del espacio-tiempo no es fija ni absoluta sino contingente (situacional) a los procesos (Delgado, 2003). De ahí que la categoría central para la geografía –según Harvey–, es el espacio-tiempo, es decir, toda la geografía es histórica, ya que sin la historia los conocimientos geográficos tienden a convertirse en estructuras de pensamiento débil, pierden su manifestación más significativa que surge invariablemente del movimiento (Harvey, 2007a).

---

<sup>40</sup> Para Santos, “las formas espaciales son resultados de procesos pasados, pero también son condiciones para procesos futuros, las viejas formas son constantemente revivificadas por la producción presente, que se articula en sus lógicas” (Moraes, 2003, p. 128).

#### 4. Desarrollos geográficos desiguales

La discusión propiciada por los radicales abrió múltiples interpretaciones que, paulatinamente, consolidaron un activo corpus que transgredió los campos de la disciplina. Dentro de este agitado grupo de problemas, sin duda, uno de los mayores aciertos, fue la teoría del *desarrollo geográfico desigual*. Dicha conceptualización abrió la discusión del carácter diferenciado del capitalismo y su manifestación geográfica. De allí que la tradición radical adquiere una estrecha relación con nuestro objetivo de tesis: pensar una posible geografía radical *implícita* en el pensamiento de Mariátegui.

En efecto, la geografía del desarrollo desigual problematiza un camino metodológico detallado y específico, del como la fuerza destructora y creadora del capital, contiene complejas expresiones territoriales en escalas geográficas y diferencias. Se trata de una geografía desde Marx, pero más allá de Marx, en el sentido que pretende reflexionar a partir de las prácticas geográficas y movimientos históricos del capital. La pregunta por la hegemonía así, es atravesada por las heterogéneas territorialidades del capital con el fin de abrir constataciones más finas y determinantes de las formas de acumulación y circulación del capital a nivel mundial, producto que Marx “proveyó pocos indicadores para lidiar con las diferencias sociales, políticas y económicas a través del espacio” (Smith, s/r, p. 4).

Desde luego, se trata de un conjunto sumamente amplio de proposiciones y alternativas<sup>41</sup>, no obstante, por nuestras pretensiones y demarcaciones, nos centraremos en las propuestas de David Harvey y Neil Smith. La pregunta metodológica de estos autores, es discutir como el capitalismo fue atravesado por dinámicas geográficas y políticas, desde el colonialismo europeo o la profunda reestructuración del trabajo que se impuso para fines del siglo XIX, hasta los actuales procesos ultraliberales de la mundialización del capital (Smith, 1988; Harvey, 2007b).

---

<sup>41</sup> Véase 1) La geografía histórica que estudia los procesos de transformación productiva del feudalismo al capitalismo, así como los procesos colonialistas o imperialistas en claves de relaciones de producción (Dunford y Perrons, 1983; Blaut, 1975; Gregory, 1982b, 1984); 2) la geografía urbana que comienza a entender y criticar las dinámicas de reproducción del capital y las formas políticas y sociales de la desigualdad (Harvey y Castells; 1973); 3) la geografía anclada en el estructuralismo marxista que busca comprender desigualdad regional asociada a la reestructuración industrial en los estados territoriales nacionales (Massey y Meegan, 1986); 4) la geografía crítica del Tercer Mundo y la reproducción general de los países más pobres (Slater, 1973; Santos, 1974; Buchanan, 1972).



De modo que el proceso global de la colonización fue absolutamente definitorio para la creación del mercado mundial. Precisamente, fue el punto de partida del sistema de acumulación en claves planetarias, donde se incubó y fue posible la acumulación originaria<sup>42</sup> (Harvey, 2007b). Esta conclusión del primer tomo de *El Capital*, develó que las articulaciones territoriales coloniales permitieran una acumulación sostenida producto una abundante población de colonizados, esclavizados y explotados, negados por siglos a cualquier sistema salarial equivalente a su fuerza de trabajo, al mismo tiempo separados de sus medios de producción. De allí el excedente fundacional del plusvalor, acumulado tras la apropiación del colonialismo que al mismo tiempo traería el secreto de la acumulación originaria (Harvey, 2007b).

Si bien la expansión de la burguesía parece un proceso continuo y estable entre los continentes y territorios, buscando eludir y suprimir “los poderes feudales ligados al lugar”, creando “un mundo a su imagen”, tal como advierte el *Manifiesto Comunista* de 1848. Sin embargo, por momentos y lugares específicos, el modelo de acumulación del capital desplegado a gran escala se manifestó profundamente desigual: pudo convivir con modos de producción económica y cultural antecesores, mientras que en otros lugares pudo extinguirlos rápidamente. De allí emerge una profunda y no comprendida tensión geográfica, cuando Harvey reflexiona a propósito de los 140 años del *Manifiesto*:

Hay una subestimación potencialmente peligrosa dentro del *Manifiesto Comunista* de la capacidad que tiene el capital para fragmentar, dividir y diferenciar, para absorber, transformar e incluso exacerbar antiguas divisiones culturales, para producir diferencias espaciales, para movilizar geopolíticamente dentro de la homogeneización general alcanzada mediante el trabajo asalariado y el intercambio de mercado. Y subestima, de manera similar, el hecho de que el trabajo se movilice mediante formas de organización territoriales, estableciendo lealtades locales en *route*. La dialéctica de comunidad y diferencia no ha funcionado (si es que alguna vez pudo hacerlo) de la manera supuesta

---

<sup>42</sup> Este desarrollo desigual también se expresa en claves culturales, cuando Porto-Gonçalves, añade: “no fue el colonialismo simplemente el que destruyó los diferentes pueblos y culturas en todo el mundo. En realidad la anulación de las diferencias estaba inscrita dentro del propio proceso de formación de los Estados territoriales modernos y el colonialismo fue simplemente el desdoblamiento de esa forma en los espacios no europeos. De este modo, es necesario revisar la generalización que se hace al designarse como etnocentrismo europeo lo que se impuso a todo el mundo. A final cuentas, incluso en Europa, diversos pueblos y sus culturas también fueron suprimidos/suprimidas antes que otros pueblos/culturas fuera de Europa también lo fueran. Es necesario analizar con más atención la propia constitución de los estados y, más aún, de las matrices culturales de las clases sociales que dirigieron las diferentes formaciones estatales que, sabemos, son distintas” (Porto-Gonçalves, 2001, p.19).

en el esquema proporcionado en el Manifiesto comunista, aun cuando su lógica subyacente y su llamamiento a la unión sean correctos. (Harvey, 2007b, p. 56)

El desarrollo desigual así funda una interpretación histórica y geográfica que, por un lado, complejiza el pensamiento de Marx hacia una crítica del concepto de globalización y todas sus apariencias categoriales reproductoras y, por otro, expande el debate marxista a propósito de las condiciones, repercusiones políticas y territorialidades económicas que subyacen en el problema de la dependencia y el subdesarrollo, tratadas previamente en los albores del setenta<sup>43</sup>. El punto de partida, desde luego, se cuestiona:

por qué la producción del espacio era parte integrante y fundamental de la dinámica de acumulación de capital y la geopolítica de la lucha de clases.  
(Harvey, 2007b, p. 73)

Recomponiendo aquel desestimado poder explicativo y crítico de una geografía histórica del capitalismo, Harvey propone una crítica interna y matizada del capitalismo a nivel mundial atravesada en dos momentos. Por un lado, por la desapercibida relación espacial y política entre la producción de diferencias geográficas y sus modalidades capitalistas. Y por el otro, por la producción de múltiples y coexistentes escalas geográficas. Ambas claves –escalas y diferencias geográficas- son formas articuladoras del proceso histórico del capitalismo y los nudos centrales del desarrollo desigual (Harvey, 2007 b).

---

<sup>43</sup> Entre el setenta y ochenta se reabrió un profundo debate sobre el desarrollo desigual, con nuevas aristas al problema. Es el momento de una cuantiosa producción de aportes latinoamericanos, principalmente articulados en la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL). La teoría de la dependencia de Enzo Faletto, Fernando Enrique Cardoso, Ruy Mauro Marini, Theotonio do Santos, dialógicamente inmersa al interior de la teoría del desarrollo y sub-desarrollo de André Gunter Frank y Raúl Prebisch entre otros, marcaron un nuevo rumbo a la discusión. También apareció la teoría de sistema-mundo de Immanuel Wallerstein (1974) y la teoría del desarrollo desigual de África y Europa de Samir Amin (1976). De esta forma, se abrió una crítica histórica y económica desde América Latina, que interpelaba la concepción del Estado y las asimétricas racionalizaciones tecnológicas y productivas que la subsumían entre las economías y políticas del norte europeo y de Estados Unidos. Sin embargo, no se constataban las diferencias internas de los territorios latinoamericanos, dado que generalmente solo se trabajaba desde escalas nacionales que omitían la diversidad productiva y geográfica interna de las cambiantes realidades regionales. Fue en ese contexto que también surgió un pensamiento crítico del desarrollo desigual encabezado por David Harvey y Neil Smith.

En efecto, la división social del trabajo es también un problema espacial dado que el capital se moviliza a través de lugares específicos que pueden solventar mayores niveles de acumulación que, bajo distintas temporalidades, van generando una concentración y centralización que facilita la dependencia y subalternidad entre unos y otros lugares (Harvey. 2007b). Precisamente, es la expansión del capital la que va definiendo la necesidad diferenciadora de los lugares en tanto que, paralelamente, aparece la dirección general y universal del capitalismo, es decir, su tendencia a la explotación absoluta y relativa de los lugares (Smith, 1988).

Todos estos movimientos homogeneizadores y diferenciadores de la localización geográfica del capital, revelan el hecho que, una vez consolidada la escala global de naciones, el sistema capitalista necesitó de otros procesos paralelos para su reordenamiento. Desde luego, operaciones más finas y especializadas en otras escalas geográficas que superaran interna y externamente los diferentes límites nacionales modernos; escalas combinadas y diferenciadas que pudieran ser capaces de implementar los fundamentos prácticos de los procesos de acumulación. De ahí la importancia de entender la relación entre las escalas geográficas y el proceso histórico de acumulación del capital. Harvey sostiene que existe “una jerarquía articulada de escalas espaciales” (Harvey, 2007b:95) que organizan las actividades y relaciones sociales en el mundo, al tiempo que recrea simultáneamente el escenario de la lucha de clases.

Las escalas son “productos sistémicos de tecnologías, modos humanos de organización y luchas políticas cambiantes” (Harvey, 2007b, p. 95), tal como fue la lucha por el control de la escala del Estado-nación durante los siglos XVIII y XIX. Tan cambiantes son las escalas que muchas veces perdemos de vista su interacción, silenciando los efectos políticos y económicos del cómo se reproducen en los órdenes institucionales y no institucionales que participan de una determinada hegemonía del capital. De modo que “las posiciones relativas del poder social variarán considerablemente dependiendo quién controle qué y en qué escala” (Harvey, 2007b, p.97)<sup>44</sup>.

---

<sup>44</sup> Una aplicación del problema político de las diferentes escalas puede constarse mediante los diferentes objetivos políticos y económicos que desarrollan distintas institucionalidades, como señala Smith: “Hoy vivimos en un mundo de gobierno incipientemente global (FMI, BM, ONU, OMC, etc.), organizado en bloques internacionales (UE, MERCOSUR, Asean, NAFTA) y, por el contrario, la creciente devolución a la escala urbana de funciones sociales reproductivas, entre otras. Todos estos desarrollos se han transformado en objetivos de la lucha política,

En efecto, las actuales conceptualizaciones sobre la globalización se concentran en una escala global, prescindiendo de las diferentes escalas geográficas locales, regionales y urbanas que van cambiando y recreando las condiciones tecnológicas, culturales y económicas que, a su vez, negativamente condicionan y reproducen la territorialidad/des-territorialidad del capital (Harvey, 2007b). Esta visión global inexorable del proceso económico, que implícitamente plantea que las diferencias locales son pasivas y receptoras del “flujo global”, se ha naturalizado dentro de las ciencias sociales. Para Harvey, esta situación también responde al hecho que el marxismo, a modo general, no ha podido proporcionar un significado político y explicativo en torno las diferencias de los modos de vida, las relaciones ecológicas y culturales del sistema de acumulación (Harvey, 2007b). De ahí que propone la metáfora del palimpsesto<sup>45</sup> entendiendo que la geografía del capitalismo puede ser pensada como:

un extraordinario mosaico de entornos socioecológicos y formas de vida. Y este mosaico es en sí un “palimpsesto”, compuesto por adiciones históricas de legados parciales superpuestos unos sobre otros en múltiples capas, como las distintas contribuciones arquitectónicas de diferentes periodos que van constituyendo, por capas, los entornos de las ciudades contemporáneas de origen antiguo. (Harvey, 2007b, p. 98)

En términos políticos, el desarrollo geográfico desigual propone una red de movimientos regionales a partir de diferentes escalas geográficas de oposición al capitalismo. Este punto de vista es relevante porque dentro de la tradición marxista, ya sea trotskista internacionalista, comunista pro-soviética (estatista) o comunista libertaria, ninguna ha podido “conectar las actividades políticas a través de diversas escalas geográficas” (Harvey, 2007b, p. 104). Para superar la discusión, según Harvey, debemos repensar el núcleo de elaboración política e intelectual del socialismo mediante una profundización de la tensión “comunidad/diferencia” (ibid. p. 104). Harvey sostiene que las lógicas particulares y universales para una nueva sociedad pueden contenerse en la producción de una esfera comunitaria y diferenciadora, al

---

de Porto Alegre, a Timor del Este, de Chiapas al movimiento no-global. Una teoría contemporánea del desarrollo desigual debe tener la teoría de la economía política adecuada para poder tener en cuenta estas y otras luchas” (Smith, s/r, p.6).

<sup>45</sup> Esta idea de palimpsesto es una clave de lectura importante para pensar el imaginario geográfico de Mariátegui, en el sentido de su reapropiación histórica del pasado colonial histórico y la coexistencia de economías diferentes en Perú.

mismo tiempo, anclada en un principio universal de los derechos humanos. De allí la necesidad de abrir una “producción de escalas y diferencias” (ibid. p. 104) con el fin de articular prácticas sociales y económicas arraigadas en las comunidades y sus propias capacidades diferenciadoras.

Es un hecho que el problema de la comunidad y la diferencia no ha tenido una recepción en los marxismos clásicos o, incluso, los más contemporáneos. Una y otra vez, las diversas tradiciones no caracterizaron y comprendieron la capacidad del capital para sumergirse al interior de las diversidades sociales y culturales, muchas veces opuestas a sus cimientos (Harvey, 2007 a). Y de ahí que subestimaron el potencial revolucionario de las comunidades y el carácter rupturista de sus diferencias.

Cabe destacar que durante gran parte del último siglo XVIII, simultáneamente en diversas partes del mundo, el capital fue capaz de instalarse y/o asimilarse dentro de otros modos de producción económica y cultural antecesores. Y, lejos de parecer un proceso global de homogenización y dominio totalizante, como decíamos, el capitalismo expresó una paulatina y contradictoria conquista altamente diferenciadora de lugares de producción y comercialización, donde, si en algunos casos dominó rápidamente la producción mercantil y monopólica, en otros, sutilmente tuvo que asimilar o adaptarse generando una serie de contradictorias internas.

De tal manera el marxismo clásico no criticó “la organización territorial del mundo en general y la del capitalismo en particular” (Harvey, 2007b, p. 49). No hubo a lo largo del siglo XX una tradición política del marxismo dispuesta a pensar territorialmente, tanto el Estado socialista como sus diferenciadas posibilidades económicas de transformarlo. Más bien, lo que se impuso teórica y políticamente fue una porfiada homogenización<sup>46</sup> de la estrategia revolucionaria, que permanentemente desterritorializó las condiciones específicas de las problemáticas locales de los socialistas, cerrando la puerta a las diferentes realidades geográficas y sociales que debía enfrentar el socialismo (Harvey, 2007a, p. 398). Situación que entronca directa y críticamente el clásico problema del sujeto revolucionario,

---

<sup>46</sup> Véase las 21 condiciones de III Internacional Comunista que, entre 1919-1930, se aplicaban de manera homogénea para todos los posibles partidos comunistas que quisieran integrarse al campo socialista. De aquí nace la tensión entre el Partido Socialista de Mariátegui y la Internacional Comunista Latinoamericana de Buenos Aires (1929).

caracterizado ortodoxamente como “el hombre trabajador y de las fuerzas del trabajo” (Harvey, 2007b, p. 54). Un problema fundamental del cual Mariátegui no estuvo ajeno.

Esta preocupación histórica atravesó las pretensiones y trayectorias de la revolución socialista de principios del siglo XX, siendo expresada muy genuinamente por la teoría del *desarrollo desigual y combinado*<sup>47</sup> de Trotsky, base de sus planteamientos en torno a la teoría de la revolución permanente (Smith, 1988). Desde luego, el *desarrollo desigual y combinado* abrió una profunda disputa al interior de la Unión Soviética que marcaría las estrategias del campo socialista internacional de las décadas sucesivas. Para Trotsky no existían etapas históricas sucesivas para abrir un camino revolucionario hacia el socialismo y los revolucionarios debían ser internacionalistas y promover una alianza estratégica entre obreros y campesinos. Si bien los campesinos tendrían un lugar relevante para Trotsky, la vanguardia revolucionaria debía ser construida a través de un partido conducido genuinamente por los obreros (Deutscher, 2007). Lo combinado así dice relación con la composición heterodoxa de los países envueltos en los procesos revolucionarios, es decir, el carácter heterodoxo de sus economías (feudalistas, semicomunitarias, clanes, capitalistas, etc.) que permeaba las distintas realidades, posibilidades, limitantes o contradicciones del capitalismo, en los distintos países del Oriente y continente americano, según Trotsky (Mandel, 2009; Deutscher, 2007; Smith, 1988)<sup>48</sup>.

En efecto, si la Revolución Rusa ya había golpeado “el eslabón más débil” -como planteó Lenin-, era tanto más estratégico comprender que la conquista hegemónica implicaba una construcción desigual, en el sentido que debía enfrentar y unificar las diferentes condiciones locales y nacionales de la formación económica social. De tal modo, la formación revolucionaria de los países desarrollados de industriales y obreros, avanzaba en concordancia con aquellos países subdesarrollados de ruralidades y campesinos. Unos y otros debían superar las diatribas del capital y crear las condiciones diferenciadas para la unidad del campo

---

<sup>47</sup> Según Smith, curiosamente, dentro de los continuadores de la obra de Trotsky, por lo general, se omiten los planteamientos del desarrollo desigual, quedando la teoría de la revolución permanente expuesta superficialmente, sin su fundamento central. Cuestión rebatible al menos, si consideramos la obra del reconocido trotskista Luis Vitale y sus planteamientos en “Historia social y comparada de los pueblos de América Latina” (Instituto de Investigación Movimientos Sociales “Pedro Vuskovic”, 1997).

<sup>48</sup> En relación a los apuntes del desarrollo desigual y combinado de Trotsky, Ernest Mandel sostiene que: “Hay que subrayar el hecho de que en la misma época, y sin duda independiente de Trotski[sic], el comunista peruano Mariátegui había llegado a conclusiones análogas a las de la teoría de la revolución permanente” (Mandel, 2009, p. 23). En el pie de página añade la consulta al texto *Punto de vista anti-imperialista* (1929).

socialista. Esta era muy sucintamente la propuesta de Trotsky (Smith, 1988; Mandel, 2009; Deutscher, 2007).

El desarrollo desigual de las primeras décadas del XX, pues, era un instrumento crítico que buscó dar contenido y coherencia a una efectiva alternativa al capitalismo conforme a un planeamiento estratégico mundial y revolucionario de aquellos presuntos socialistas. Una teoría política y económica capaz de abrir lecturas tácticas y estratégicas sobre el proceso y estado revolucionario considerando, relacionadamente, las diferenciadas pretensiones mundiales, pero sobre todo, de cara a la dinámica interna de los movimientos nacionales que disputaban el socialismo. De ahí su fecunda relación con los planteamientos de Mariátegui que, como reconoce Mandel, “había llegado a conclusiones análogas a las de la teoría de la revolución permanente” (Mandel, 2009, p. 23) independiente de las proposiciones de Trotsky.

A lo largo del siglo XX latinoamericano, distintas movilizaciones campesinas y agrarias, tales como en México, Bolivia y Cuba, gestaron procesos revolucionarios dando muestras contradictorias en cuanto la *fisionomía* “correcta” del sujeto revolucionario. No obstante, para la época de Mariátegui existe un fuerte determinismo: los marxistas ortodoxos piensan que mediante una urbanización e industrialización acelerada habría de generarse, automáticamente, “el sustrato para una política más unida de la clase obrera” (Harvey, 2007b, p.52), tal como pensó Marx, considerando la profunda miseria urbana que florecía de sindicatos a la Europa de mediados del XIX y que Engels posteriormente haría fecunda crítica en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845).

Desde luego, estas ideas marxistas chocaron frontalmente con las realidades locales latinoamericanas. Y si bien la urbanización se desarrolló de una manera acelerada, no hubo tal “sustrato” para una política obrera realmente unificada. Hasta la década del sesenta, por el contrario, la mayoría de los movimientos políticos fueron agrarios y campesinos, al mismo tiempo que impactaron con más fuerza en sus regiones y provincias que en el ancho de los límites urbano-nacionales. De cualquier forma, la mayor parte de movimientos de trabajadores o políticos de pretensiones socialistas, no han podido politizar una organización contra-hegemónica desde una posible regionalización y las limitantes contradictorias de la urbanización capitalista. Históricamente así, no ha existido una estrategia política que haya combinado estrechamente el habitar de los productores (o el derecho a la ciudad como diría

Lefebvre) con la socialización de los medios de producción de cara a una nueva organización del trabajo. Y el capital sigue manifestándose desigualmente por diferentes lugares del mundo.

Es así como emerge la discusión de los desarrollos geográficos desiguales, buscando articular las escalas y diferencias geográficas de la espacialidad capitalista actual, aquella que produce paisajes activos, restringidos y escindidos unos de otros. Es ahí donde descansan las premisas más abstractas y radicales de las categorías geográficas y marxianas que articulan y fundamentan las nuevas y viejas luchas populares.

## **5. El concepto naturaleza**

Si bien Raymond Williams llegó a decir que la naturaleza es, “quizá la palabra más compleja del lenguaje” (Williams, citado en Johnston et al., 2001, p. 408) a lo largo del siglo XX, por lo general, la naturaleza fue desatendida en los referentes clásicos, pese que activó importantes tradiciones del marxismo occidental, tales como la escuela de Fráncfort (Anderson, 1986). En *Dialéctica de la Ilustración* (1944), Horkheimer y Adorno criticaron la racionalidad de la ilustración como una ambición por dominar y controlar la naturaleza y, alternativamente, propusieron la rebelión de la naturaleza como una posibilidad emancipadora dispuesta a romper con el poder instrumental sobre la cultura y la subjetividad (Harvey, 1998).

En efecto, ya desde el siglo XVIII y sobre todo a principios del XX, la naturaleza ocupó un lugar central al interior de las definiciones del pensamiento geográfico. Marcada por profundas inflexiones históricas –la ciencia como principio de verdad irrefutable y la delimitación de los Estados nacionales–, la naturaleza fue un terreno de disputa dentro del accionar metodológico de la geografía<sup>49</sup>. Si a principio del siglo XX todavía la naturaleza se entendía como aquellas áreas no afectadas o inalteradas, prístinas de cualquier penetración social. Ya entrando las primeras décadas del 30` la naturaleza comienza a ser la integración de la teoría de las ciencias naturales y la posibilidad de caracterizar ciertas realidades sociales y

---

<sup>49</sup> Véanse las siguientes posiciones: 1) La naturaleza como esencia de algo (Harstshorne) exterior a la subjetividad humana y conforme a la objetividad de las especies vivas y eco-sistémicas; 2) La naturaleza como aquellas áreas no afectadas o inalteradas, prístinas de cualquier penetración social; 3) Y por último, la naturaleza como expresión del mundo físico en general, pero que al mismo tiempo moviliza la totalidad de los procesos de entendimiento.



ambientales (Johnston et al., 2001, pp. 408-409), abriendo así, tres posiciones acerca del lugar exterior o interior de la naturaleza en la historia y la subjetividad humana: 1) la posible conciliación y armonía entre la naturaleza y la clase humana; 2) la humanidad dominando la naturaleza; 3) y la naturaleza dominando la humanidad (determinismo) (Johnston et al., 2001, pp. 408-409).

Ahora bien, más allá de esta explícita subjetivización de la naturaleza, es necesario señalar que ya desde Marx, existe una crítica que integra la naturaleza en la historicidad y que no está escindida de los procesos sociales. Por el contrario, la naturaleza expresa la conciencia social, el punto de partida de los sucesivos movimientos contradictorios y recíprocos del proceso de producción de la vida material social (Löwy, 2011; Luna, 1999; Vitale, 1994; Smith, 1988). En *El Capital* [1867], Marx establece importantes y matizadas entradas sobre la naturaleza y sus implicancias en el valor y el carácter bifacético de las mercancías. Véase, por ejemplo, este pasaje de Marx perteneciente al primer capítulo de la Mercancía.

En su producción, el hombre sólo puede proceder como la naturaleza misma, vale decir, cambiando, simplemente, la forma de los materiales. Y es más: incluso en ese trabajo de transformación se ve constantemente apoyado por fuerzas naturales. El trabajo, por tanto, no es la fuente única de los valores de uso que produce, de la riqueza material. El trabajo es el padre de ésta, como dice William Petty, y la tierra, su madre.  
(Marx, 2002, p. 6)

Si bien la cita se entronca más al problema específico de la producción de las mercancías, posteriormente Marx también reconstruirá el papel histórico de la naturaleza en el capitalismo donde, “Por primera vez, la naturaleza se convierte en un puro objeto para la humanidad, puramente una cuestión de utilidad” (Marx citado en Harvey, 2007a, pp. 283-284), haciendo una acida crítica a la cosificación de la relación histórica de los procesos ambientales. De ahí que la principal ventaja de la burguesía en tanto un modelo de ruptura con los antiguos modos de producción, fue romper con las perspectivas metafísicas de la naturaleza, sus tradiciones locales y las distintas formas de vida que practicaban formas económicas no mercantilizadas. Asimismo, ya antes en *Ideología Alemana* [1932], Marx explícitamente señalaba la necesidad de tensionar la historia y la naturaleza:

No hay que dividir la historia en historia de la naturaleza e historia de la humanidad, mientras existan hombres, la historia de la naturaleza y la historia de la humanidad se condicionan recíprocamente, casi toda la ideología se reduce a una concepción tergiversada de esta historia o a una abstracción total de ella... Mi relación con mi ambiente es mi conciencia.

(Marx, citado en Vitale, 1994)

De este modo la geografía radical continua esta tradición subjetiva del ambiente y la sociedad, donde la naturaleza es una construcción social cruzada por las relaciones históricas y económicas concretas y que por lo tanto, expresa una mediación activa con el trabajo humano y subjetivada por el valor de las mercancías (Johnston et al., 2001). Richard Peet, director de *Antipode*, lo planteaba bajo estos términos:

la actividad humana cambia la forma de la naturaleza pero, al mismo tiempo, esta actividad necesaria moldea el carácter humano y las relaciones sociales entre las personas; en el proceso histórico hay una interacción constante del sujeto humano con el objeto natural.

(Unwim, 1998, p. 266)

La perspectiva radical de la naturaleza así, por un lado, respondía al dualismo de las propuestas positivistas que defendían una geografía física escindida de la humana y, por otro, reiniciaba los fundamentos de la tradición anarquista de finales del siglo XIX, anclados en Piotr Kropotkin y Eliseo Reclus. Este último fue un activo militante anarquista que llegó a participar en la Comuna de París (1871), además de haber sido un destacado alumno de Ritter (Unwim, 1995). Desde luego, Reclus colaboró en múltiples *Sociedades Geográficas* elaborando una extensa producción política y geográfica (Unwim, 1995). En su monumental obra intitulada *El hombre y la tierra*, publicada póstumamente [1908], afirmó que “la humanidad es la naturaleza que adquiere conciencia y se responsabiliza de sí mismo” (Harvey, 2007a, p. 130).

No alerta a estas distinciones, tanto el pensamiento marxista como la discusión epistemológica en general, no profundizó el lugar crítico de la naturaleza en las sociedades modernas (Löwy, 2011). Ya sea el ambiente o la región natural, generalmente se

comprendieron desde componentes estancos, deshistorizados, inertes de realidad social e intersubjetiva. La geografía radical, en cambio, propuso que las relaciones entre la naturaleza y la sociedad están mediatizadas por el trabajo, al tiempo que dichas relaciones se recrean social e históricamente. Así, la naturaleza no solo se transforma sino que en su paso transforma a la humanidad (Unwim, 1995).

Posteriormente, a lo largo de las décadas del ochenta y noventa, se extendió un fuerte debate desde la ecología política que amplió el campo tradicionalmente anarquista y socialista. Actuales miradas, como las de Enrique Leff y Carlos Porto-Gonçalves, han abierto nuevas rutas entre las tensiones culturales y territoriales de la naturaleza en América Latina. Se trata de recuperar el sentido histórico de los procesos naturales en claves no instrumentales, su relación con los pueblos y territorialidades, “donde se ponen en juego formas de ser, de habitar, de apropiarse el mundo y la naturaleza” (Leff, 2001, p. XII). O dicho de otro modo, es la búsqueda por recuperar aquellas subjetividades culturales que históricamente han defendido y practicado un uso colectivo y no contradictorio con la naturaleza. Al tiempo que vehiculizan otras fronteras territoriales ancladas en las necesidades sociales y el derecho a las diferencias (Porto-Gonçalves, 2001). De ahí la radical importante de volver a definir críticamente el problema territorial y su vinculación orgánica desde las comunidades políticas, sobre todo, en lo referente a la construcción de los espacios indígenas y comunidades locales tradicionales.

Desde luego, la mayoría de estas perspectivas están preludiadas por una geografía cultural de larga data y de distintas tonalidades, entre ellas, materialistas. En este último grupo, aparecen propuestas como la del geógrafo Denis Cosgrove [1983], quién planteó asumir una geografía cultural anclada en el marxismo, donde “la relación entre el medio y el hombre es histórica” (Luna, 1999, p. 76). Se trata de una naturaleza móvil y dialogante de los procesos políticos y económicos, pero que no tiene mayores distinciones en torno al problema de la intersubjetividad. De allí una de las rupturas entre las contemporáneas ecologías políticas.

Finalmente, por una serie de factores, ya desde el ochenta comienza el decaimiento de los planteamientos radicales. Unwim lo grafica de la siguiente forma: “Si en la década de 1970 los estudiantes habían considerado a Marx fascinante e incluso un poco peligroso, en los 80

muchos le consideraban irrelevante” (Unwim, 1995, p. 225). Agrega, además, que la incapacidad principal de la mayor parte de la geografía de orientación marxista “ha sido centrarse en la crítica teórica y filosófica en lugar de hacerlo en la acción práctica” (Unwim, 1995, p. 233).

Si bien el movimiento logró denunciar el ocultamiento de las relaciones de dominación, los sesgos de clase, la condición manipuladora de la planificación urbana que facilita la acumulación capitalista. Por otra parte, el proyecto radical no pudo construir un lenguaje común, vale decir un conjunto armónico de voces y lentes geográficos anclados en orientaciones prácticas concretas. Más bien ocurrió todo lo contrario, se caracterizó por una gran “cacofonía” y dispersión de sus voces (Harvey, 2007a). Milton Santos confirma este diagnóstico y añade que la geografía ha sido difusa teóricamente desde sus orígenes modernos de finales del siglo XIX, porque “jamás hemos podido construir un conjunto de proposiciones basadas en un sistema común, que estuviera entramado por una lógica interna” (Santos, 1990, p. 20).

Más allá de estos pesimismo, la geografía radical hoy se expresa en distintas corrientes críticas, mucho más allá del marxismo (Moura et al, 2008). Frente a la necesidad de construir una corriente crítica, Moraes plantea que la geografía debe convivir dialécticamente desde una función ética que integre ampliamente a la diferencia epistemológica (Moraes, 2005). Para Moraes la unidad del pensamiento geográfico crítico se fundamenta a través de “una postura de oposición a una realidad social y espacial contradictoria e injusta (...) Es una unidad de propósitos dada por el posicionamiento social, por la concepción de ciencia como momento de praxis (...). En fin, es una unidad ética” (Moraes, 2005, p. 31), más en ella conviven diferenciadas perspectivas ancladas en un objetivo común.

## CAPÍTULO III

### UNA RE-LECTURA GEOGRÁFICA DESDE *SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA*

La formación de toda gran capital moderna ha tenido un proceso complejo y natural con hondas raíces en la tradición. La génesis de Lima, en cambio, ha sido un poco arbitraria. Fundada por un conquistador, por un extranjero, Lima aparece en su origen como la tienda de un capitán venido de lejanas tierras. Lima no gana su título de capital, en lucha y en concurrencia con otras ciudades. Criatura de un siglo aristocrático, Lima nace con un título de nobleza. Se llama, desde su bautismo, Ciudad de los Reyes. Es la hija de la Conquista. No la crea el aborígen, el regnícola; la crea el colonizador, o mejor el conquistador.

José Carlos Mariátegui, 1928.

#### 1. Las condiciones de producción

Para entender el Perú de *Siete ensayos* (1928) y la destacada generación del veinte, es necesario volver una década atrás. Para ese entonces, Mariátegui ya es un destacado periodista y junto con Cesar Falcón, compañero infatigable, funda la revista *Nuestra Época*. Este proyecto editorial, si bien tendría una temprana censura por parte del gobierno de Leguía (Garrels, 2007), ya comienza avizorar el espacio de disputa que crea Mariátegui. En efecto, lejos de descansar en el intento, un año más tarde, nuevamente junto a Falcón fundará *La Razón*, declarándose por primera vez explícitamente socialista. Es un socialismo marcado por la reforma universitaria gritada desde Córdoba y las activas luchas de la clase obrera peruana que comenzaba a organizarse. Justamente, a raíz de este denso clima político y evidentes censuras en su tarea periodista, en Octubre de 1919, Mariátegui partía rumbo a Europa en representación del gobierno de Leguía<sup>50</sup>. Nuevamente con Falcón, recorrerá diversos países aunque se arraigará culturalmente en Italia y Francia.

Si desde 1918 se alumbran ciertas ideas socialistas y otras advertencias sobre la escindida sociedad peruana, el contacto con importantes intelectuales en el concierto europeo –Sorel, Barbusse, Gobetti, Croce, Gramsci, entre otros- sumado a una participación activa en los congresos socialistas más relevantes de la época –Livorno/1921, Cannes y Genova/1922-, lo

---

<sup>50</sup> Este viaje fue un tipo de exilio mixto, entre la censura política y su lugar prominente en la intelectualidad peruana. Leguía, al estar muy presionado socialmente, comenzó una activa represión sobre el campo intelectual.

arraigará como un decidido marxista y revolucionario (Garrels, 2007). Es interesante esta trayectoria intelectual de Mariátegui, porque justo cuando adopta más decididamente su pensamiento marxista, allá por Europa, se genera un cambio superlativo en la correlación de las fuerzas políticas. En efecto, los revolucionarios adherentes al socialismo soviético e internacional pierden una batalla fundamental frente a una fuerte investida del imperialismo norteamericano y las burguesías centrales. Ni más ni menos, se trata de la derrota de la revolución más estratégica que pensó Marx: Alemania. Massardo destaca este período como un momento radicalmente adverso del proyecto comunista internacional y una de las derrotas más significativas de la ofensiva socialista. Se trata del ocaso alemán o:

la llamada “acción de marzo” que, cuatro meses antes, había mostrado los límites de la acción de la concepción de la teoría de la ofensiva del Partido Comunista alemán, fracaso que es necesario colocar, a su turno, en una relación de continuidad con el asesinato de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht por los socialdemócratas alemanes, con la liquidación de los Consejos de Baviera y de Hungría, con la derrota del Ejército Rojo en las puertas de Varsovia y con la ausencia de perspectiva de las huelgas obreras en Francia e Italia, fracaso que representaba, en consecuencia, el claro signo de un cambio en la correlación de fuerzas políticas en el plano mundial y de que la revolución en Europa no tendría lugar, por el momento.

(Massardo, 2001, pp. 60-61)

Pese a tales condiciones, pareciera ser que Mariátegui observó una realidad totalmente distinta y llena de posibilidades. La revolución socialista era posible y más concretamente, podría gestarse en Perú. Para entonces, si bien el marxismo en América Latina ya es capturado por una segunda generación de intelectuales y manifiesta un cierto diálogo con el bloque socialista europeo oriental, sigue siendo un marxismo inaugural y de escasa expresión política. El problema fundamental está centrado en la cuestión del método y el carácter de la revolución, es decir, el diagnóstico del sujeto revolucionario y su relación política frente a los modos de producción (Löwy, 2007).

Al regreso a Lima, en 1923, Mariátegui ya tiene 28 años y es, probablemente, el periodista más inagotable e internacionalista del Perú. Sin duda llegaba a un país distinto del que había dejado. En mayo, a dos meses de su regreso europeo, Perú amanecía convulsionado por una manifestación obrera-estudiantil que terminaba con enfrentamientos y dos personas fallecidas:

un estudiante y un obrero (Fernández, 2010). Por razones políticas, en octubre de ese mismo año, Víctor Raúl Haya de la Torre, es deportado y se refugia en México junto a una importante plana de profesores de las Universidades Populares Manuel González Prada: Esteban Pavletich, Enrique Cornejo Koster, Luis Haysen y Eudocio Ravines (Fernández, 2010). Frente a este complejo escenario político y efervescencia social, Mariátegui quedará a cargo del principal órgano de difusión de las universidades populares -la revista *Claridad*-, y participará activamente en el reimpulso de estas, mediante una serie de ponencias sobre el problema europeo. Si bien estas ponencias, publicadas posteriormente como *La escena contemporánea* (1925), ya nos advierten algunas claves para pensar una salida alternativa al proceso social y cultural del Perú, todavía no dan cuenta de sus principales rutas críticas.

En efecto, Mariátegui había captado un fuerte proceso de movilizaciones sociales antes de partir a Europa. Pero las movilizaciones de 1919, sin duda, no se comparaban con las multitudinarias jornadas de 1923: la fuerza social y cada vez más política de estudiantes, trabajadores, indígenas y regionalistas, lo impactaron profundamente (Fernández, 2010). El movimiento social respondía activamente a la fuerte represión del gobierno de Augusto B. Leguía<sup>51</sup> que, en el plano de las relaciones exteriores, profundizaba una significativa apertura liberal pro-norteamericana en la exportación y explotación de recursos primarios, aumentando de forma inédita la deuda externa con Estados Unidos<sup>52</sup>.

En el ámbito interno, la administración pública agilizaba el ascenso de los sectores medios a través del Estado. Similar al proceso de Alessandri en Chile, Leguía debía contener la emergencia obrera y las contradicciones sociales emergidas por el fuerte proceso de politización social (Fernández, 2010). Si bien al inicio del gobierno, Leguía comenzó una serie de medidas de corte progresistas, rápidamente se reinvirtieron en una lógica represiva, conservadora, frente al despertar social y político de las clases populares y subalternas. Lejos de expresar un cuerpo homogéneo, la cultura oligárquica arrancaba importantes tensiones internas que confluían, por un lado, en un sector oligárquico tradicional captado por capital

---

<sup>51</sup> Leguía logró mantener el ejecutivo desde 1919 hasta 1930, conquistando el periodo que se recordará como el “Oncenio” (Fernández, 2010).

<sup>52</sup> Esta política pro norteamericana también se manifestaba explícitamente en 1926, cuando Perú, se convertía en el único país de la región que apoyaba la invasión de Estados Unidos a Nicaragua, corroborando el arraigado imperialismo de Washington en América Latina (Fernández, 2010). En efecto, según Fernández el préstamo norteamericano llegó a multiplicar cuatro veces la suma contraída inicialmente. Eran, pues, los costos para hacer funcionar la máquina del Estado (Fernández, 2010).

inglés y norteamericano y, por otro, una oligarquía provinciana fuertemente anclada en un centralismo y caudillismo local (Fernández, 2010, p. 18).

Cabe destacar esta última oligarquía, ya que será fuertemente criticada por Mariátegui en *Siete ensayos*. Junto con la inserción del capital monopólico, el poder terrateniente dividía la estructura interna de la economía política peruana, al tiempo que impedía el desarrollo de las comunidades indígenas. No obstante, los terratenientes que eventualmente perdían o vendían sus propiedades latifundistas, eran integrados al proceso de urbanización de la ciudad de Lima, creando nuevos capitales que seguían centralizando al país (Fernández, 2010, p. 18). Producto de este proceso de re-localización y desplazamiento del asentamiento político y económico, va a nacer, posteriormente, la *Alianza Popular Revolucionaria Americana* (APRA), que tendrá importantes impactos en la elaboración temporal del instrumento político pensado por Mariátegui. Leguía, atacaba el poder regional conservador a través del Estado, pero al mismo tiempo, favorecía a una nueva capa empresarial que apoyaba el asentamiento del capital norteamericano.

Asimismo, cuando Mariátegui se encontraba en Europa, Lima ya acaparaba los principales sindicatos, la mayoría de ellos anarquistas (Fernández, 2010)<sup>53</sup>. Si bien la alianza entre obreros, intelectuales y estudiantes todavía no era una apuesta muy arraigada, sí expresaba un camino avanzado. Un problema político transversal de estos, radicaba en la ausencia de un movimiento nacional de los trabajadores, capaz de integrar a las espontáneas organizaciones de los trabajadores azucareros, mineros y de los otros enclaves de la costa. Esta confluencia territorial incompleta, a su vez, era la expresión de la fuerte centralización de Lima y la escasa conectividad del país.

Pese al carácter fundacional del movimiento obrero peruano, en 1923, ya se organizaba un segundo encuentro de organizaciones obreras, donde se discutía la idea de trabajar por un sindicato revolucionario que defendiera un programa marxista (Fernández, 2010). Para

---

<sup>53</sup> Desde 1919 funcionaba la Federación Obrera Regional Peruana de la mano de Carlos Barba, Nicolás Gutarra y Adalberto Fonkén. Y ya en 1921 se organizaba el “Primer Congreso Obrero Local” (Fernández, 2010, p. 22) en Lima. Dentro de los grupos que respondieron al llamado, destacaban: “obreros gráficos, panaderos, la Federación de Albañiles, la Federación de Sastres, los zapateros, los choferes, la Federación de Hoteles, y organizaciones para-proletarias como la Federación de Estudiantes, la Biblioteca Popular, la Evolución femenina, y las ocho Universidades Populares Manuel González Prada” (Fernández, 2010, pp. 22-23).



entonces la pugna entre socialistas y anarquistas se expresaba abierta y, por lo tanto, el marxismo ya estaba presente dentro los trabajadores peruanos más organizados antes del arribo de Mariátegui.

Era, pues, un marxismo marcado por la revolución rusa y el imaginario de Lenin, pero sobre todo, era un marxismo que se imponía por las funciones prácticas y su fuerza social articuladora (Fernández, 2010). En este mismo impulso, Mariátegui si bien adhiere a la revolución rusa y Lenin, al igual que Gramsci, también conjuga una revolución “en contra de El Capital”, en contra del dogma (Melis, 1994). Pero al mismo tiempo, asume la posibilidad de abrir un marxismo heterodoxo, es decir, un marxismo que recupere la subjetividad como momento político. De ahí su directa adhesión al pensamiento de George Sorel, los vitalistas y anti positivistas (Melis, 1994).

En 1926, Mariátegui crea la revista *Amauta* constituyendo un momento radicalmente significativo de su proyecto político y epistemológico. *Amauta* expresa la necesidad de abrir un instrumento político que conduzca al socialismo peruano, pero aun sin dejar de abrir reseñas, poemas y materiales genuinamente artísticos y culturales del ámbito intelectual. *Amauta* es un campo de batallas y de ideas, un gran programa político. Pero se trata de un programa profundamente abierto, es decir, dispuesto a recibir e incidir diversas críticas acordes a un movimiento intelectual de nuevo tipo (Melis, 1990; Fernández, 2010). En *Amauta* pasaran múltiples polémicas, parte de *Siete Ensayos* y su inconfundible “ni calco ni copia” como balance de las tareas socialistas en Perú. Es un momento cultural inédito de confluencias y colectivos que lentamente disputaran la arena política del país, aunque más allá del Perú, también fundaran una intelectualidad desde América Latina y sus procesos de transformación (Melis, 1994).

Paralelamente, en 1926, cabe destacar que el Comintern Latinoamericano realizaba una categorización heterogénea del problema económico para los países latinoamericanos, concluyendo en la necesidad de organizar partidos políticos en contra del imperialismo y desde un decidido carácter internacionalista. Sin embargo, esta estrategia o diagnóstico heterogéneo, cambiará diametralmente en 1928, por un giro de la URSS y la III Internacional Comunista. De modo que desde aquel entonces, los países latinoamericanos se reducirán a la

categoría de semicoloniales, sin distinguir las diferencias internas, sus formaciones económicas y sociales nacionales, en definitiva, sin considerar sus procesos históricos. Desde luego, tampoco se reconocerán las diferencias externas del imperialismo en tanto las distintas lógicas de su operación de la región (como si lo hará Mariátegui, posteriormente, en *Punto de vista anti-imperialista* (1929)). Por otra parte, la estrategia revolucionaria de aquel periodo, según el Comintern, debe desarrollarse mediante una alianza “democrática burguesa”, lo que se traduce a una sucesión lineal de ciertas etapas para hacer palpable la revolución socialista (Massardo, 2001).

Estas claves históricas no solo conjugan el imaginario político de la época de Mariátegui, sino que teóricamente determinan gran parte de las preocupaciones y los “límites” del marxismo que debe reformular en *Siete ensayos* (1928), vale decir, es una voz implícita de su argumentación que también fecunda su crítica. El proyecto de Mariátegui así, no se trataba de romper obtusamente con todo el pasado y tensionar cada una de las capas de dominación vertidas en la estructura social y cultural, sino más bien, se trataba de encontrar un nuevo punto de partida, una nueva lógica de pensar y socializar un pueblo efectivamente libre y soberano, para desde ahí avanzar en una tradición alternativa.

Por ello, parte fundamental de este proyecto recaía en los hombres de las ideas, en la vanguardia, en “la nueva generación” de intelectuales que vendría a dibujar el proceso social y cultural en disputa (Beigel, 2003). Una praxis intelectual de contenidos sociales que, por primera vez, no iba a ser escindida de los indios, de los negros, de los trabajadores, es decir, una praxis colectiva de pretensión ontológica, desde y para las grandes mayorías sociales del Perú. Mariátegui fue obra y parte de esta ruptura fundacional y, defendió, como ninguno otro quizás, la necesidad de crear un proyecto de sociedad arraigado en las raíces históricas y las nuevas formas económicas no exentas de particularidades.

De allí el anclaje tan radicalmente innovador y propositivo en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), libro crucial donde podemos pulsar, íntimamente, gran parte de su complejidad y el sentido de su proyecto. En efecto, ya el título “interpretación de la realidad” traía una serie de tensiones en el campo ortodoxamente marxista y algunas visiones antiimperialistas indigenistas (Galindo, 1990). ¿Por qué habría que interpretar la realidad si la

lucha de clases era una verdad científica y universal que afecta a toda la civilización capitalista?

Mariátegui aplicaba y defendía un instrumento crítico de la lucha de clases, pero abierto en las condiciones del Perú y a toda su tradición intelectual previa. Los siete ensayos, así, dedicados a develar, disolver y cambiar a toda la realidad peruana: desde la economía a la historia de las estructuras del poder; desde el régimen de la tierra a la producción colectiva de las comunidades; desde el centralismo a una nueva capital y organización territorial del Perú; desde la educación occidental a otra forma de pensar la cultura desde las raíces; desde la conquista eclesiástica a la religión como un mito revolucionario; desde la literatura erudita a otra prosa de raíz social y peruana; desde las instituciones sociales a la socialización de la producción, etc. Todas estas recuperaciones e inversiones críticas son, en el fondo, el intento más acabado de romper con los dogmas y abrir condiciones para la revolución indoamericana. Más aún, se trata de abrir, por sobre todo, un camino distinto que integre las diferencias históricas y económicas, pero no perdiendo de vista toda la arquitectura de la dominación cultural y social del Perú.

Se trata de un cambio en la tonalidad del marxismo dice Fernández (2011). Una búsqueda desesperada y no menos dramática de interpretar profundamente la especificidad del capitalismo en la región del Perú. *Siete ensayos* así, es el resultado integro de este proceso de pensamiento y la acumulación de la formación intelectual de Mariátegui. Por supuesto, no es el marxismo de Europa en Perú, sino más bien, es un marxismo desde Perú y para el Perú, al mismo tiempo anclado en las más diversas tradiciones críticas europeas y latinoamericanas que, repensadas a partir de su choque en América Latina, específicamente el Perú, se expanden en otros horizontes y expresan nuevas fisonomías. Como dice Fernández:

El cambio del esquema interpretativo, expresa también un cambio en el énfasis del discurso. Un desplazamiento del lugar de la intervención.  
(Fernández, 1990, p. 42)

¿No será que el “desplazamiento del lugar de la intervención” también responde a una significativa ruptura geográfica que, desde luego, incide en la operación del pensamiento crítico? O por otro lado ¿No será que este “desplazamiento” u “oposición espacial” como

señala Fernández, también llenó buena parte del marxismo de Mariátegui, siendo un motor de búsqueda para construir esta empresa prosaica y sin precedentes? Quijano destaca que la vida de Mariátegui coincide con un momento altamente significativo del proceso histórico del Perú:

un período excepcionalmente significativo en la historia peruana, y que puede ser considerado como un auténtico puente histórico entre la sociedad colonial y la actual, porque durante él tiene lugar una compleja combinación entre los principales elementos de la herencia colonial, apenas modificados superficialmente desde mediados del siglo XIX, y los nuevos elementos que con la implantación dominante del capital monopolista, de control imperialista, van produciendo una reconfiguración de las bases económicas, sociales y políticas, de la estructura de la sociedad peruana.  
(Quijano, 2007, p. XI)

Mariátegui fue un lector entre siglos privilegiado, un crítico de la realidad que testimonió directamente los cambios y permanencias entre el colonialismo y el republicanism, tanto en la esfera interna de su propio Perú como en América Latina. Y producto de estos sísmicos cambios y transformaciones, como ningún otro, captó el movimiento de estas diferencias adosándoles un sentido político y radical capaz de superar las homogenizaciones, privilegios y abusos sobre el pueblo peruano. Ahí radica su fuerza y la vigencia de su pluma. En efecto, “Si Marx es el primero que propone la idea de prácticas sociales como constitutivas del conocimiento, al mismo tiempo que ellas son constitutivas de la realidad social, lo que permite superar además la noción tradicional de que las ideas son un mero reflejo del mundo exterior” (Larraín, 2012, p. 185), Mariátegui, consecuente del marxismo crítico, es el primer examinador *en terreno* latinoamericano que, desde el seno de las prácticas sociales del Perú, develará la naturaleza de las contradicciones sociales, al tiempo que indagará sus históricas y combinadas estructuras de poder. ¿En qué consiste esta empresa conceptual y práctica inédita? ¿Y cuáles fueron las problemáticas que la fundamentaron? Es lo que trataremos de exponer a partir de una relectura crítica de su imaginario geográfico.

## 2. El uso tradicional de la geografía en Mariátegui

Desde luego, a lo largo de *Siete ensayos* el uso de las categorías clásicas del pensamiento geográfico, tales como territorio, región o geografía, es sorprendentemente frecuente. Solo en *Esquema de la evolución económica y Regionalismo y Centralismo*, por ejemplo, aparecen cruzadamente en cada una de sus secciones. Ahora bien, más allá de la alta frecuencia geográfica –por decirlo de un modo gráfico–, lo que nos interesa demostrar, es que parte del imaginario geográfico de Mariátegui no escapa de la geografía de la época, fuertemente dominada por la escuela regional francesa y ciertas ideas kantianas de la geografía alemana.

Sin embargo, cruzando este significado clásico o tradicional, Mariátegui también nos demostrará que no se trata de categorías que describen un saber estable y fijo, sino que operan como categorías dinámicas, que van reconfigurándose a partir de los distintos planos de la realidad peruana. Es decir, si a primera vista las categorías se circunscriben en el marco categorial de la época, producto que sus funciones epistemológicas se conjugan en una estrecha relación cartesiana y descriptiva conforme a los principios tradicionales de la geografía moderna. Una segunda lectura más atenta, nos demuestra que las categorías geográficas también se conjugan de una manera móvil y social. Este dinamismo proviene de la naturaleza del instrumento crítico de Mariátegui. Y es allí donde renace y emerge el desplazamiento del marco geográfico, es decir, la recreación y activación de una geografía fundida en prácticas sociales e históricas del Perú. Este punto es fundamental porque es la base sino la brújula para entender la fuerza geográfica crítica dentro de *Siete ensayos* que observaremos más adelante.

Pues bien, las aplicaciones geográficas tradicionales de Mariátegui básicamente pueden distinguirse en tres sub-ámbitos: a) un territorio de límites estatales y políticos; b) una geografía física de las condiciones ambientales y naturales; c) una geografía regional conforme a una distribución económica y cultural. El principio geográfico común que atraviesa estos tres ámbitos analíticos, puede caracterizarse por la función de localizar y objetivar cartesianamente una condición material o histórica, al interior de un cuadro radio espacial reconocido, cuantificable y concreto. Se trata de la objetivación de dinámicas de

orden espacial, que de alguna u otra forma unitaria, se observan y manifiestan en la realidad peruana.

Mariátegui va ir desplazándose cartesiana y conceptualmente de acuerdo al contenido de los objetos observados en la superficie terrestre, identificando a su vez las distintas relaciones que la comprometen. De este marco categorial, clásicamente definido por la geografía de Kant, en Mariátegui se manifiesta en distintos sub-campos, tales como la *geografía física* o la *geografía económica*, más siempre aparece sumergido y conjugado en una lógica que busca enfrentar, explicar o denunciar, los distintos escenarios de la realidad social peruana.

Dicho esto, observemos cuando Mariátegui caracteriza la imposición colonial recreando la forma de organización indígena incaica. En este pasaje, Mariátegui menciona explícitamente la categoría territorio y la define como la apropiación y pertenencia del Imperio Inca. La cita es relevante, porque nos ayuda a comprender el sentido clásico y tradicional de territorio, al tiempo que expresa el sentido comunitario y “comunista” del sujeto indígena que defenderá Mariátegui, eclipsando la discusión entre los círculos marxistas ortodoxos. Como se sabe, Mariátegui se repropiará de las prácticas indígenas, inscribiéndolas en un posible proyecto socialista de nuevo tipo. Dice Mariátegui en torno a los incas:

La organización colectivista, regida por los Inkas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. Los Inkas sacaban toda la utilidad social posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del Imperio construyendo caminos, canales, etc., lo extendían sometiendo a su autoridad tribus vecinas. El trabajo colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente en fines sociales.  
(Mariátegui, 2007, p. 6)

El territorio así, representa la expresión concreta del límite espacial de la circulación interna de “los Inkas”. Su conformación extiende, el control donde se realizan sus prácticas económicas. Más allá de su anclaje, posiblemente correspondiente a una posible geografía política alemana (Ratzel), también se trata de un territorio “valorizado” por un régimen inca, donde el esfuerzo común y la certeza del fin social del trabajo, definen una huella socialista. Mariátegui defiende el carácter socialista del proyecto Inca conjugado en un “vasto territorio”, a su vez, valorizado

productivamente para un fin social. Es sumamente importante esta subjetivación del territorio, ya que nos plantea, implícitamente, que el territorio se produce desde las prácticas sociales que lo conforman. Y por lo tanto, es un producto humano y posiblemente modificable.

De ahí que Mariátegui insistirá, una y otra vez, por la lógica histórica del poblamiento colonial y la negación de las formas indígenas, distinguiendo la contradicción entre las pretensiones mercantiles de la conquista colonial, y, las capacidades sociales realmente efectivas de la posesión territorial colonial. Un elemento característico de esta impugnación colonial, será volver a reconocer las *potencialidades naturales* del extenso territorio, integradas en las capacidades indígenas en tanto sujeto material y demográfico para su desarrollo. La cuestión de fondo es:

La organización colonial fallaba por la base. Le faltaba cimiento demográfico. Los españoles y los mestizos eran demasiado pocos para explotar, en vasta escala, las riquezas del territorio.  
(Mariátegui, 2007, p. 9)

Como se puede desprender aquí, nuevamente, el territorio es la posesión del espacio físico contenedor de una determinada práctica social, en este caso, fundada por la explotación de las riquezas materiales. De modo que tanto el oro, la plata, las rocas o las piedras preciosas, determinan formas territoriales que no son neutrales en tanto relaciones sociales. En efecto, “las riquezas del territorio” guían la empresa colonial y su respectiva explotación de los recursos naturales, determinando así una específica forma de poblamiento que, desde luego, no era correspondiente con el poblamiento original de los incas. Asimismo, es interesante la mención “vasta escala”, ya que demuestra el déficit de ocupación territorial colonial. Se trata de una fina descripción territorial inserta en la historia política del Perú que condice, además, una rica geografía moderna atenta a los procesos políticos.

En definitiva, más allá de estas distinciones históricas, se trata de un territorio como soporte material de la existencia social que, de una u otra forma, aparece como un territorio escindido de la subjetividad social y fuertemente anclado en la naturaleza como composición física o ambiental. Un pasaje donde se aprecia esta conceptualización, puede leerse en *El factor religioso*, cuando Mariátegui enfatiza las diferencias del proceso de colonización entre el norte y el sur de América:

La América del Norte fue colonizada con gran economía de fuerzas y de hombres. El colonizador no empleó misioneros, predicadores, teólogos ni conventos. Para la posesión simple y ruda de la tierra, no le hacían falta. No tenía que conquistar una cultura y un pueblo sino un territorio.

(Mariátegui, 2007, p. 52)

La distinción es geográficamente moderna, en el sentido que el territorio es una abstracción inerte y escindida de la subjetividad, más allá de su materialidad y corporeidad exterior cartesiana y expresión de poder político. Ahora bien, pese a tratarse de un territorio deshumanizado, lo interesante es que su presencia o ausencia en el texto, está en directa función de un proceso subjetivo que distingue la dominación colonial del norte en relación con el sur<sup>54</sup>: los matices religiosos de la conquista y la disputa por la cultura dominante.

Siguiendo con este uso tradicional, en múltiples ocasiones Mariátegui ocupará la categoría *geografía* y la significará como el lugar de ubicación de un país o un determinado marco regional de múltiples países. Se trata de una función “cartográfica” en el sentido que la geografía es la ubicación absoluta y cartesiana de las formaciones nacionales o, en otros casos, es la ubicación de las condiciones naturales o económicas. Ubicación, por lo demás, inserta en el concierto de los intercambios económicos y políticos con el norte, principalmente con el continente europeo y norteamericano. A su vez, será una ubicación geográfica favorable o desfavorable en tanto implique mayores o menores condiciones para el intercambio nacional. Las posibilidades de una peruanidad productivamente capitalista, precisamente, se fundan en esta ubicación geográfica:

Por su geografía, unos estaban destinados a marchar más de prisa que otros. La independencia los había mancomunado en una empresa común para separarlos más tarde en empresas individuales. El Perú se encontraba a una enorme distancia de Europa. Los barcos europeos, para arribar a sus puertos, debían aventurarse en un viaje larguísimo. Por su posición geográfica, el Perú resultaba más vecino y más cercano al Oriente. Y el comercio entre el Perú y Asia comenzó como era lógico a tornarse considerable.

(Mariátegui, 2007, 12-13)

---

<sup>54</sup> Estos presupuestos teóricos, desde luego, se reinvertirán a lo largo de la exposición, sobre todo cuando Mariátegui realiza el análisis de las relaciones de dependencia y explotación entre la costa y la sierra peruana.



Aquí, la geografía adopta un significado doble: cartográfico y económico. Implícitamente, se trata de múltiples escalas o relaciones internas y externas que, al mismo tiempo, se condicionan en torno al flujo de las naciones y sus formaciones económicas históricas. Puede vislumbrarse así, tentativamente, la voz de una geografía económica en tanto estudio de las relaciones comerciales y las ventajas comparativas de la localización, o bien la composición económica interna del nivel de intercambio del capitalismo a escala inter-continental. Esta perspectiva geoeconómica, al parecer altamente determinista del desarrollo económico -“unos estaban destinados a marchar más de prisa que otros”-, también expresada como Mariátegui, va alternando distintas escalas geográficas, con el fin de entender los matices de la peruanización del capital.

Ahora bien, más allá de la función descriptiva de esta geografía económica, lo que nos interesa destacar, es el fuerte sentido económico que prevalece en la enunciación geográfica. Vale decir, no es el espacio geográfico en sí mismo un objeto de crítica en tanto contenido en movimiento, sino más bien es la relación económica la que produce el hecho geográfico, aunque este último también entra en tensión, ya que participa de la localización de las condiciones y posibilidades del capital a nivel regional y latinoamericano.

Por otro lado, esta argumentación nos permite afirmar una relativa influencia geográfica vidaliana y posibilista en Mariátegui, producto que las determinaciones económicas o sociales prevalecen por sobre las condiciones físicas y naturales. Es decir, son las capacidades técnicas y económicas de la circulación y producción social, las que finalmente determinan el mayor o menor desarrollo (ya sea social, económico o cultural) del Perú y no las condiciones naturales y ambientales, como solían argumentar las escuelas deterministas de la época.

En efecto, más adelante Mariátegui va ir distinguiendo como debiesen ir ordenándose los diferentes paisajes económicos de acuerdo a las condiciones físicas del Perú. Pero no solo eso, distinguirá una profunda contradicción territorial: la dualidad de sus formaciones geográficas internas que limitan la extensión de la economía capitalista. Para entender esta contradicción, Mariátegui describirá una realidad urbana ideal pero contrastada a la realidad peruana, al tiempo que criticará las prevalecientes lógicas económicas en Perú, carentes y débiles para contener las formas urbanas o capitalistas modernas:

Las ciudades, conforme a una ley de geografía económica, se forman regularmente en los valles, en el punto donde se entrecruzan sus caminos. En la costa peruana, valles ricos y extensos, que ocupan un lugar conspicuo en la estadística de la producción nacional, no han dado vida hasta ahora a una ciudad. Apenas si en sus cruceros o sus estaciones, medra a veces un burgo, un pueblo estagnado, palúdico, macilento, sin salud rural y sin traje urbano. (Mariátegui, 2007, p. 22)

La geografía económica aquí puede entenderse como la distribución y localización espacial estratégica de las formaciones económicas, concatenada a la producción de ciudades que se materializan dentro del espacio geográfico físico y natural de los límites territoriales nacionales del Perú; “la costa peruana”. Es interesante destacar, de manera aislada, la afirmación “ley de geografía económica” de las ciudades, porque si efectivamente existe una ley de carácter geográfico, por desagregación analítica de la época, podemos pensar tentativamente, que para Mariátegui la geografía económica puede representar una ciencia que instituye un carácter de verdad, una ley asociada al conocimiento del asentamiento urbano y sus formas industriales. Una ciencia, desde luego, inseparable del análisis económico y sus respectivos órdenes productivos y regionales.

De ahí que la geografía circunda lo económico desde la localización estratégica de las ciudades –“el punto donde se entrecruzan sus caminos”- hasta las condiciones naturales para su robustecimiento –“valles ricos y extensos”-. El carácter geográfico económico así –junto con otros aspectos por supuesto- contempla tanto elementos naturales como humanos y se torna central en las lógicas de socialización del proyecto capitalista en Perú.

Y, en efecto, desde la profunda necesidad de potenciar una estructura económica nacional, desde luego más competitiva y capitalista, Mariátegui desarrollará un concepto de región. El siguiente pasaje que corresponde a *Regionalismo y Centralismo*, es sumamente significativo porque expresa la influencia francesa a la hora de defender una propuesta regional. Contiene asimismo, una cita del libro *Créer* [1919] de Edoard Herriot, que lo lleva al problema histórico de las regiones. Si bien puede parecer una discusión un tanto crítica y vanguardista para la época, no lo es en tanto que las perspectivas regionales ya tenían una buena salud, tal como observamos en el capítulo I. Mariátegui destacará la importancia del regionalismo fuera de las estructuras meramente administrativas y, la entroncará histórica e implícitamente, a la

definición de regiones culturalmente cohesionadas en las formas andinas y herederas del territorio inca:

Un regionalismo que se contente con la autonomía municipal no es un regionalismo propiamente dicho. Como escribe Herriot, en el capítulo que en su libro *Créer* dedica a la reforma administrativa, “el regionalismo superpone al departamento y a la comuna un órgano nuevo: la región”. Pero este órgano no es nuevo sino como órgano político y administrativo. Una región no nace del estatuto político de un Estado. Su biología es más complicada. La región tiene generalmente raíces más antiguas que la nación misma. Para reivindicar un poco de autonomía de ésta, necesita precisamente existir como región.

(Mariátegui [1928] 2007, p. 169)

Este regionalismo, que si bien expresa un desplazamiento crítico de los regionalistas de su época, ratifica la visión vidaliana y francesa de la geografía en torno al carácter excepcionalista y diferenciador del concepto de región. Recordemos que para Vidal de la Blache, la región era un constructo histórico altamente cultural donde prevalecían las posibilidades de recreación y adaptación de los sujetos frente al medio natural. Posibilidades que diferenciaban y particularizaban el “carácter” entre unas y otras regiones. Ahí radicaba la necesidad de fundamentar lo regional. Se trataba de la búsqueda de una especificidad, una personalidad de sus características territoriales.

Desde finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, la geografía académica mayoritariamente occidental, se entendió como el estudio de las regiones. Esta epistemología regional produjo una fuerte caracterización y defensa por lo específico, que a la larga, implicó una significación esencial de lo regional y fuera de las posibilidades de teorización general. La región debía fundarse en una relación armónica entre el medio físico y la originalidad identitaria que galopaba su construcción socio-histórica (Aliste, 2010). No cabe duda que Mariátegui tiene ciertas ideas vidalistas y regionalistas cuando señala que:

En España y en Italia las regiones se diferencian netamente por la tradición, el carácter, la gente y hasta la lengua.  
(Mariátegui, 2007, 169 p.)

Si bien el uso de la categoría de región es efectivamente crítico, dado que busca distanciarse de las posiciones regionalistas partidistas y federativas, nuevamente su contenido no se aleja

de los marcos teóricos de la geografía regional francesa de la época. Cuestión que también tiene mucho sentido si consideramos que Mariátegui tuvo una gran admiración por los autores de esa lengua y pudo acceder al francés. Precisamente, uno de los economistas citados en *Siete ensayos* y que utiliza Mariátegui para apoyar sus ideas regionalistas, Lucien Romier, “expresaba el avance de la escuela francesa (...) -según Ruiz- en respuesta a la escuela alemana de Frederic Ratzel” (Ruiz, 2011, p.146).

Más allá de esta interpretación de Ruiz, lo que nos interesa enfatizar es el núcleo epistemológico desde donde Mariátegui entabla sus referencias regionales. Se trata de la escuela geográfica francesa que a diferencia de la geografía alemana de la época, casi como por conveniencia para Mariátegui, presenta una mayor disposición teórica frente al problema cultural (aunque su máximo exponente sea un asiduo y entusiasta promotor de la colonización<sup>55</sup>).

Ahora bien, fuera de este posibilismo, es casi un hecho que gran parte de la enunciación geográfica en *Siete ensayos* significa una comprensión del carácter físico y natural de la superficie terrestre. Dicho de otro modo, la mayoría de las menciones a la geografía en *Siete ensayos* tienen que ver con la formación y distribución natural y física del espacio geográfico interno del Perú. Véase por ejemplo este pasaje donde contrasta la conformación de las ciudades en general en relación a Lima. A su juicio, ni su geografía ni su economía coinciden con la lógica de una capital moderna. Esta cita también es relevante, ya que nos invita a desarrollar una reflexión crítica del carácter político necesario para la conformación de las capitales:

Examinemos rápidamente las leyes de la biología de las urbes y veamos hasta qué punto se presentan favorables a Lima. Los factores esenciales de la urbe son tres: el factor natural o geográfico, el factor económico y el factor político. De estos tres factores, el único que en el caso de Lima conserva íntegra su potencia es el tercero. (Mariátegui, 2007, p. 182)

---

<sup>55</sup> En esta cita de Santos podemos captar el fuerte colonialismo del padre del posibilismo francés y la geografía regional. Dice Vidal de la Blache: “Debemos congratularnos porque la tarea de la colonización que constituye la gloria de nuestra época, sería algo vergonzoso si la naturaleza hubiese dejado un margen para el trabajo conservador o de reconstrucción cuya realización está en manos de los hombres” (Vidal de Blache, citado en Santos, 1990, p.33).

Para Mariátegui solo el factor político coincidía con la función capital de Lima. La geografía así es el componente físico o natural del territorio. Dicha categorización, queda más clara cuando, refiriéndose a las formaciones geográficas físicas del Perú, distingue que:

El Perú según la geografía física, se divide en tres regiones: la costa, la sierra y la montaña. (En el Perú lo único que se halla bien definido es la naturaleza). Y esta división no es sólo física. Trasciende a toda nuestra realidad social y económica. La montaña, sociológica y económicamente, carece aún de significación.  
(Mariátegui, 2007, pp. 168-169)

La cita no puede ser más elocuente, Mariátegui distingue claramente tres formaciones geográficas de contenido explícitamente natural –la sierra, la costa y la montaña- y recalca, irónicamente, que “la naturaleza” es “lo único que se halla bien definido”. Hasta ahí, no hay dudas de la explícita forma de distinguir y operativizar categorialmente a la geografía moderna, en este caso marcada por una geografía física o natural correspondiente a las tres grandes estructuras geomorfológicas peruanas. No obstante, inmediatamente, luego de constituir esta lógica cartesiana en términos de contenidos físicos, agrega que la división “no es sólo física” sino que subjetivamente “Trasciende a toda nuestra realidad social y económica”, al tiempo que la montaña “carece aún de significación”. He aquí el desplazamiento crítico que entabla Mariátegui, que no necesariamente impacta sobre su categorización geográfica en sí misma, sino más bien compromete a los contenidos y desarrollos internos de dicha diferenciación geográfica.

En efecto, costa, sierra y montaña, no solo expresan profundas diferencias del punto de vista de las condiciones ambientales y físicas, sino que también significan divisiones sociológica y económicamente dispares. En su particularidad interna, en relación al continuo geográfico de Perú, el análisis geográfico sub-nacional, ya sea serrano, costero o montaña (o regional o local), también contiene significativas diferencias sociales que hacen del problema geográfico general, un momento fundamental para el reconocimiento crítico de la realidad peruana. La categoría costa, sierra o montaña así, son formaciones dinámicas para entender los procesos de transformación, adaptación y reproducción del capital, son escalas y diferencias geográficas internas del proceso nacional peruano que re-significan el análisis epistemológico de los niveles escalares o sub-nacionales. Con estas tesis preliminares, veamos así el desplazamiento crítico de la geografía de Mariátegui.

### 3. El desplazamiento crítico del espacio geográfico de Mariátegui

Ya habiendo identificado el uso tradicional de las categorías geográficas y su momento de ruptura, a continuación exploraremos el desplazamiento crítico de la geografía de Mariátegui, buscando un programa de exposición atento al sentido político y radical de *Siete ensayos*. Metodológicamente así hemos agrupado tres grandes momentos de su enunciación geográfica crítica: 1) el plano subjetivo del espacio social indígena; 2) el plano geográfico crítico del ensamblaje social y político en Perú; 3) La producción geográfica de un nuevo orden socialista.

Esta división, desde luego, no considera que unos y otros momentos difieren del significado total de la relectura geográfica que hemos establecido, sino que más bien, buscan ordenar y proporcionar los énfasis y sentidos lógicos del cómo va atravesando la marca geográfica a lo largo de la obra. De modo que, lejos de pensar tres aisladas y desagregadas operaciones, todas ellas se contienen y remueven dialécticamente, en distintos momentos de la realidad peruana.

Asimismo, pensamos que este orden corresponde al núcleo del pensamiento mariateguiano y, por lo tanto, no des-dibuja el sentido político y radical que se conjuga en *Siete ensayos*. Esta re-lectura geográfica crítica puede distinguirse con mayor énfasis en *Esquema de la evolución económica*, *El problema del indio*, *El problema de la tierra* y muy elocuentemente, en *Regionalismo y Centralismo*. Es decir, en cuatro de sus siete ensayos. Sin embargo, tanto en *El proceso de la literatura*, *El proceso de la instrucción pública* y, sobre todo, en *El factor religioso*, también se visualizan ciertas relaciones geográficas y desplazamientos sociales, ya sean materiales o inmateriales que, en el fondo, van articulando todo un programa categorial donde deambula el problema geográfico como fuente de análisis.

Se trata de un espacio social que no se somete pasivamente a la realidad, sino que por el contrario, nace y se expande del conjunto activo y contradictorio de las nuevas y vigentes posibilidades que inaugura Mariátegui.

#### 4. El plano subjetivo del espacio social indígena

Desde nuestra relectura geográfica, planteamos que existen dos categorías centrales que marcan el punto de partida y llegada en Mariátegui. Estas categorizaciones se expresan en el concepto *comunidad* y el concepto de *coexistencia de economías diferentes* (o coexistencia de distintos modos de producción). A nuestro juicio estas categorías atraviesan el conjunto del armazón de *Siete ensayos* y constituyen el soporte crítico que irá develando las distintas contradicciones geográficas y sociales, fundamentadas y expresadas en diferentes categorías, tales como los gamonales, el derecho a la tierra, la tierra vivificada, el enganche, el yanaconazgo, el regionalismo, entre otras.

Si la *coexistencia* de los modos de producción contextualiza el uso de las transgresiones y sucesiones del proceso social peruano como territorialidades en movimiento, la *comunidad* fija el lugar de recreación y resistencia de un Perú mayoritariamente indígena y rupturistamente socialista. En efecto, la comunidad es el punto de partida que históricamente va ir visibilizando las nuevas posibilidades o el núcleo emancipador: las prácticas cooperativas y solidarias de la producción social indígena. El asunto metodológico, es que la comunidad será el ente geográfico que confrontará históricamente las distintas formaciones políticas y económicas del Perú, al tiempo que marcará las nuevas condiciones y coordenadas de la fórmula socialista indo-americana.

¿Qué decimos entonces? Que de una u otra forma, la comunidad expresa el sello y las necesidades concretas del proceso socialista peruano, que no son *calco ni copia sino creación heroica*. Por ello, una discusión geográfica crítica debe arrancar desde estas categorías y no de las clásicas enunciaciones costa, sierra o montaña que, por lo general, omiten la dramática significación social que inaugura Mariátegui, al decir que dichas formaciones geográficas también dividen sociológica y económicamente al Perú.

De esta forma, nos desmarcamos de la clásica función descriptiva de la geografía, que se ha caracterizado por pensar y asumir un espacio absoluto e inerte que no se entronca en las prácticas sociales, cuestión nada más lejos del pensamiento de Mariátegui. Una geografía implícitamente crítica en Mariátegui, pues, nace desde el sujeto social y, por la tanto, se

extiende desde el espacio geográfico interno de las relaciones sociales que lo confrontan y distinguen históricamente. Allí nace y allí se escinde la *conciencia* geográfica de Mariátegui y su permanente alerta ante sus condiciones y posibilidades, en los diferentes ambientes y realidades naturales como sociales.

La comunidad para Mariátegui, desde luego, está en permanente disputa y tensión histórica entre las costumbres y economías incaicas, y, las prácticas capitalistas modernas y coloniales. A su vez, la comunidad expresa en sí misma los usos de suelos económicos transhistóricos, que definen sus condiciones adversas o estratégicas, sus rupturas o continuidades. Para Mariátegui la comunidad es una institución que defiende los contenidos de la tradición indígena y campesina, pero que todavía no se enmarca en un proceso eminentemente revolucionario, dado la fuerte imposición económica y cultural sobre su proyecto. Un asunto central que obstaculiza el sentido y desarrollo social de la comunidad, equivalente al problema del indio, es la negación del derecho a la tierra. Por ello, Mariátegui dirá:

No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar, categóricamente, su derecho a la tierra.  
(Mariátegui, 2007, p. 39)

Pero no se trata de más o menos hectáreas u otras componendas tradicionales y folclóricas de las costumbres indígenas moralistas. Se trata más bien del derecho a su autonomía productiva y el reconocimiento a sus diferencias en tanto producción social del trabajo. De ahí la radical importancia de politizar y conquistar la demanda agraria indígena. La cuestión de fondo y que muy pocos estudios de Mariátegui han observado, es que la existencia misma del régimen de la tierra, según Mariátegui, “determina el régimen político y administrativo de toda nación” (Mariátegui, 2007, p. 42). Es decir, las propiedades jurídicas de uso del suelo, sus formas territoriales económicas, las lógicas de ordenamiento espacial en última instancia, condicen también, entre otros factores por supuesto, las reglas de la política en general. Desde el derecho a la tierra entonces, contradictoriamente, está contenido el propio fundamento indigenista portador de ciertas posibilidades socialistas y, al mismo tiempo, una clave radical para cambiar el proceso político del sujeto revolucionario.



En las formas de producción agraria terrateniente, según Mariátegui, está la clave continuadora de la hegemonía política en Perú. En efecto, la permanencia de los derechos terratenientes en la independencia, fue posible producto que se “conservó intacto sus derechos feudales sobre la tierra y, por consiguiente, sobre el indio” (Mariátegui, 2007, p. 35). En base a esta continuidad política y económica, la Independencia no logró desprenderse de la colonia y por el contrario, “aparece determinada y dominada por ese proceso” (Mariátegui, 2007, p. 10).

Así se construyó el orden oligárquico en Perú. Se trata de un orden caracterizado por un proceso económico incompleto, producto la incapacidad de la burguesía peruana para implementar una economía capitalista y un sólido Estado liberal. La formación de la Independencia peruana entonces, se caracterizó por fomentar a gran escala, una significativa concentración de tierras y una escasa propiedad productiva competitiva y asalariada. De esta cartografía social, achurada por la ineficacia política y económica de los criollos y la prevalencia de una experiencia social indígena matizada, Mariátegui propone una rupturista alternativa.

Desde luego, romper con la tradición “ortodoxa, constitucional, democrática, capitalista y burguesa” (Mariátegui, 2007, p. 40), que básicamente se resumía en limitar la extensión de la propiedad agrícola en 500 hectáreas, completando el ideario liberal. Por el contrario, la alternativa debía defender “la supervivencia de la comunidad y de elementos de socialismo práctico en la agricultura y la vida indígenas” (Mariátegui, 2007, p. 41), en tanto que la comunidad vehiculizaba un nuevo orden *espacial* y sociológico, capaz de configurar nuevas formas de apropiación de la tierra fecundas hacia un nuevo socialismo indoamericano.

En efecto, de estas categorizaciones ya se hablado bastante. Sin embargo, frecuentemente se desatiende el propio fundamento indígena que da sentido y operatividad al concepto de comunidad instalado por Mariátegui. Dentro de la recepción mariáteguiana es común la insistencia sobre las relaciones entre clase trabajadora y clase indígena que marcarían la genialidad de Mariátegui (Massardo, 2001; Fernández, 2010). Sin embargo, al final de estas propuestas, por lo general, no matizan la importancia categorial del punto de partida indígena, o el fundamento epistemológico que permite restablecer las posibilidades emancipadoras de la categoría comunidad. Este fundamento indígena está atravesado, por una diferencia geográfica

que Mariátegui plantea constantemente a lo largo del texto y con distintos matices. Quizás la alusión más representativa de dicha diferencia geográfica, sea cuando denuncia la negación del derecho a la tierra colectiva, agregando:

En una raza de costumbre y de alma agrarias, como la raza indígena, este despojo ha constituido una causa de disolución material y moral. La tierra ha sido siempre toda la alegría del indio. El indio ha desposado la tierra. Siente que “la vida viene de la tierra” y vuelve a la tierra. Por ende, el indio puede ser indiferente a todo, menos a la posesión de la tierra que sus manos y su aliento labran y fecundan religiosamente.

(Mariátegui, 2007, p. 36)

La cita es extraordinariamente significativa y autobiográfica, porque alude directamente a su vida afectiva. Es sabido que Mariátegui acostumbraba decir que había desposado una mujer en su paso por Europa. Esa mujer se llamaba Anna Chiappe y fue la madre de cuatro de sus hijos. Desde luego, la metáfora es eficiente porque se trata de entender el carácter fuertemente emocional que incide en la relación del indio con la tierra o en la relación entre la comunidad con su territorio. Mariátegui posiciona lado a lado, metafóricamente, el amor más intenso que puede concebir una pareja correspondida con la espacialidad social indígena. En consecuencia, el amor de la comunidad es al mismo tiempo el amor a la tierra, mostrando que el hecho de producir la tierra va más allá del acto económico y se ancla en una posibilidad emocional, social y subjetivamente indígena.

La espacialidad o el territorio del espacio social indígena se circunscribe en “el amor a la tierra”, vale decir, una práctica social que emana tanto de la economía social como la forma espiritual de los indígenas, conformando una totalidad de mundo. Por lo tanto, “la alegría del indio”, la condición básica para sustentar un proyecto político y social representativo de sus intereses, es defender el derecho económico y cultural de las comunidades y sus territorios, de sus tierras y sus formas de concebir el mundo. Esta defensa ontológica a la diferencia indígena en Mariátegui es, al mismo tiempo, una conceptualización crítica y humanizada de la naturaleza (Porto-Gonçalves, 2013). En efecto, Mariátegui no escinde la idea de la naturaleza en su proyecto económico y social desde la comunidad, tal como suele ocurrir en la razón moderna, donde la naturaleza es asimilada instrumentalmente por fines externos y disociados de su condición social e histórica (volveremos a este argumento más adelante).

Esta fuerte carga subjetiva del espacio geográfico implícita tanto en la categoría del *derecho a la tierra* como en la categoría *comunidad*, también expresa un vínculo con dos tradiciones geográficas críticas. Por un lado, con las geografías radicales ancladas en las ecologías políticas tanto anarquistas como marxistas y, por otro lado, con las geografías humanistas existencialistas que criticaron fuertemente la ausencia del sujeto en la caracterización de las relaciones espaciales-geográficas académicas, sobre todo aquellas geografías cuantitativas que, asumidas desde la tecnificación de los sistemas estadísticos y matemáticos, escindieron la conflictualidad social del campo metodológico con la pretensión de validar un tipo de conocimiento “científico” geográfico.

Siguiendo con esta última corriente, cabe destacar la cercanía del concepto *topofilia* [1974] del geógrafo chino-norteamericano Yi-Fu Tuan y el concepto de comunidad mariateguiano. Desde luego, Tuan fijó la importancia de la experiencia del lugar como momento constitutivo del pensamiento social-geográfico, reconociendo la idea de *topofilia* como el amor a los lugares y la capacidad para entender y recrear la experiencia *espacial* desde los sujetos, desde sus arraigos y pertenencias, como promotores de la significación constitutiva del espacio social y núcleo epistemológico de los análisis geográficos (Delgado, 2003). Así, las emociones, las percepciones y la experiencia subjetiva de los lugares, que antes no habían expresado una atención significativa al interior de la geografía académica, desde la geografía humanista de Tuan, expresó un nuevo canon donde la intersubjetividad se posicionó en el centro de la discusión metodológica de la geografía.

Desde luego, si bien hay un abismo de distinciones entre estas categorías geográficas humanistas y las propias intenciones y contenidos que afirma Mariátegui, planteamos que el proyecto de comunidad expresa, implícitamente, el derecho a diferencias geográficas y, precisamente, el fundamento de estas diferencias está contenido en la posible intersubjetividad alternativa de las comunidades, en cuanto sus formas de producir y valorar sus espacialidades, sus formas de producir y valorar la tierra, sus formas de “desposarla”. Una espacialidad social también anclada en la emocionalidad de las posibilidades de construir su territorio. De ahí que la relación del sujeto social indígena, desde su espacio geográfico y sus particularidades,

comprende el fundamento indígena por excelencia que, a su vez, atraviesa el núcleo de las pretensiones humanistas de la geografía y la *topofilia* de Yi-Fu Tuan.

Por supuesto que se trata de matices. Mariátegui llegó a estas formulaciones pensando en una revolución socialista. Yi-Fu Tuan, en cambio, llega a ellas considerando el vacío epistemológico del sujeto en la producción de conocimiento académico y su profundo existencialismo, seguramente, escindido de las esferas tradicionales de la política. No obstante, ambos autores coinciden en la subjetividad como principio de organización social y reconocimiento en la esfera de la producción de conocimientos. Si bien Mariátegui puede ser considerado un político y un agitador, antes que todo, fue un intelectual que peleó enérgicamente por sus argumentos. Por ello tiene sentido llevarlo al plano de las ideas geográficas históricas. Para el destacado geógrafo peruano Ciro Hurtado, a propósito de la relación indígena de la tierra, añade:

El profundo cariño a la tierra, a la mamapacha, (topofilia), que en el siglo XVI y XVII hizo decir a Toledo: “lo que los indios aman por encima de todo es la Tierra. Esa ligación sentimental del hombre a la tierra, de la cultura del tahuantinsuyana, se mantiene pese a la aculturación occidental y a la educación geográfica alienante y alienadora.

(Hurtado, 2002, p. 13)

Por otro lado, decíamos más arriba que hay una sintonía de Mariátegui con la discusión radical de la naturaleza. A fin de cuentas es una larga tradición crítica la que afecta a la naturaleza – como sumariamente expresamos en el capítulo II- desde las iniciales afirmaciones de Ritter y Ratzel, pasando por Marx y Engels, y por supuesto, llegando a la escuela de Fröncfort y las geografías radicales angloparlantes. En efecto, si “la humanidad es la naturaleza que adquiere conciencia y se responsabiliza de sí mismo” (Reclus, citado en Harvey, 2007 a, p. 130), para Mariátegui la posesión de la tierra es la condición ontológica libre del sujeto social indígena, que busca desesperadamente un reconocimiento entre las fuertes disputas por el uso y la organización territorial y su hegemonía cultural.

Pero no solo eso contiene el fundamento indígena de Mariátegui. El espacio social indígena constituye una vigorosa y pujante economía, pero frontalmente interrumpida por el espíritu mercantilista de la colonia. Desde luego, la economía colonial era desprovista de una

apropiación de la tierra significativa y una lógica geográfica propia de la subjetividad social indígena. De modo que Mariátegui constatará la contradicción entre el despojo de la tierra y las divisiones culturales del indio, como núcleo del problema social en Perú. En efecto, la discusión radica en la subestimación de la concepción económica y social indígena en tanto experiencia con la naturaleza:

El colonizador español carecía radicalmente de esta aptitud. Tenía una idea, un poco fantástica, del valor económico de los tesoros de la naturaleza, pero no tenía casi idea alguna del valor económico del hombre.

(Mariátegui, [1928] 2007, p. 44)

Esta expresión de Mariátegui que interpela la subjetividad misma de la relación hombre, técnica y naturaleza, es la constatación del concepto de naturaleza objetivado por la economía social indígena. Lo radical del argumento mariateguiano es comprender que “del valor económico del hombre”, es posible pensar que la naturaleza no sea un objeto meramente mercantil –como funcionó en la lógica económica colonial-, sino que es una naturaleza vehiculizada por la subjetividad indígena, orgánicamente organizada en la comunidad y la producción recíproca entre todos y para todos, en una red de centros productivos que organizaban el trabajo y comparten sus necesidades.

La prueba para fundamentar este argumento es la histórica salud económica de los incas. Si el imperio inca daba suficiente abrigo, al menos, para diez millones de indígenas al momento de la llegada colonial, en tres siglos de dominio español, su masa demográfica se redujo a un millón de habitantes. Con esta constatación empírica, Mariátegui desnuda el golpe traumático de las condiciones materiales de reproducción y experiencia indígena, precisamente, a partir de la instalación de un modo de producción colonial y el cercenamiento de la producción agraria comunal o comunitaria. De ahí, nuevamente, la importancia social del concepto de naturaleza que fundamenta al sujeto indígena y permite la ruptura eminentemente mercantil de la naturaleza colonial. Véase los siguientes planteamientos económicos indigenistas de Mariátegui y sus distinciones respecto la producción e intercambio colonial. Para el Amauta:

Una economía, una sociedad, son la obra de los que colonizan y vivifican la tierra; no de los que precariamente extraen los tesoros de su subsuelo. La historia del florecimiento y decadencia de no pocas poblaciones coloniales de la sierra, determinados por el descubrimiento y el abandono de minas prontamente agotadas o

relegadas, demuestra ampliamente entre nosotros esta ley histórica.  
(Mariátegui, 2007, p. 49)

Estas ideas, que si bien oblicuamente pueden fundamentarse en la *Tempestad de los Andes* [1927] de Valcárcel<sup>56</sup>, Mariátegui también las apoya en Charles Guide cuando concluye su ensayo sobre la cuestión agraria, destacando que “la tierra pertenece al que la fecunda y vivifica” (Mariátegui, 2007, p. 82). Dicho argumento, que al parecer corresponde a un principio oriental mahometano, Mariátegui lo utilizará constantemente a lo largo de la exposición para defender la categoría de comunidad, en los distintos procesos históricos y las condiciones y posibilidades diferenciadamente indígenas.

Esta valorización que compromete no solo el proceso de producción indígena, sino que también las formas de interiorizar a la naturaleza más allá de su provisión material o de usufructo humano de necesidades -“el abandono de las minas agotadas”-, da cuenta de la sensibilidad crítica de Mariátegui para reconocer la lógica represiva que inunda el proyecto moderno sobre la naturaleza. Las minas coloniales fueron “agotadas” o “relegadas” dice, expresando así una posibilidad ecológica crítica. Se trata de una crítica ontológica, vale decir, no solo se debe al conjunto de prácticas coloniales mercantiles, sino que también hay una subjetividad que participa plenamente del problema. Se trata de la subjetividad indígena, su relación con la tierra como un punto de partida para reconstruir una nueva economía socialista<sup>57</sup>.

Pues bien, una tercera influencia que refleja el concepto de naturaleza puede captarse de una cita del libro, *Nuestra Comunidad Indígena* [1924], de Hidelbrando Castro Pozo. Aquí, matizando el sentido no contradictorio entre una producción económica competitiva y las relaciones intersubjetivas al interior del proceso de producción comunitario indígenas, Mariátegui destaca la transformación y el desarrollo económico indígena desde condiciones ambientales sociales confortables, con menos “desgaste” sobre la naturaleza. A su inverso,

---

<sup>56</sup> Dice Mariátegui citando a Valcárcel, “La tierra en la tradición regnicola, es la madre común: de sus entrañas no sólo salen los frutos alimenticios, sino el hombre mismo. La tierra depara todos los bienes. El culto de la Mama Pacha es par de la heliolatría, y como el sol no es de nadie en particular, tampoco el planeta lo es. Hermanados los dos conceptos en la ideología aborigen, nació el agrarismo, que es propiedad comunitaria de los campos y religión universal del astro del día” (Mariátegui [1928] 2007, pp. 41-42).

<sup>57</sup> Algunas de estas intuiciones y lecturas ecológicas de Mariátegui han sido desarrolladas por Alimonda (2009).

denuncia cuantitativamente el hecho que las tierras organizadas por el régimen terrateniente serrano, no expresan mejoras en la relación productiva. Y agrega:

La “comunidad”, en cambio, de una parte acusa capacidad efectiva de desarrollo y transformación y de otra parte se presenta como un sistema de producción que mantiene vivos en el indio los estímulos morales necesarios para su máximo rendimiento como trabajador. Castro Pozo hace una observación muy justa cuando escribe que *“la comunidad indígena conserva dos grandes principios económicos sociales que hasta el presente ni la ciencia sociológica ni el empirismo de los grandes industrialistas han podido resolver satisfactoriamente: el contrato múltiple del trabajo y la realización de éste con menor desgaste fisiológico y en un ambiente de agradabilidad, emulación y compañerismo.* (Mariátegui, 2007, pp. 70-71)

Si asumimos que todavía el desgaste fisiológico de la producción capitalista no ocupa una amenaza dentro de la agenda política del periodo, sin duda, se trata de una preocupación ecológica adelantada. En ese sentido, es necesario considerar que el uso del concepto *ambiente* para la época, tiene una carga fuertemente naturalista y sistémica ligada a las condiciones físicas del suelo y aire, defendidos por la geografía física de Mariátegui. No obstante, en esta cita en particular, la categoría ambiente es atravesada por una subjetividad social –en este caso indígena- que también es sinónimo de vida cotidiana o espacio geográfico de las relaciones sociales. Desde luego, es más bien la categoría “desgaste fisiológico” la que marca el grado de instrumentalización con la naturaleza, en este caso mediada por una producción indígena menos invasiva y “desgastante” del ecosistema natural que las prácticas coloniales terratenientes.

Lo sustantivo de este pasaje es que, teóricamente, nadie en aquella época y contexto peruano podría estar al tanto de la contradicción capital-naturaleza, que medio siglo después comenzaría a marcar la agenda política y social de los Estados-nacionales, tanto en América Latina como en el mundo. Sin duda es difícil que Mariátegui pudiera haber inscrito estas distinciones dentro del conjunto de movimientos sociales y la teoría crítica que revertirá la discusión ambiental y ecológica actual. Sin embargo, es un hecho que sus planteamientos dan sentido y circulación a diversos movimientos sociales actuales en América Latina, cuando la territorialidad indígena muchas veces es el punto de partida de la discusión sobre la naturaleza.

Desde luego, dichas distinciones operan como parte de las múltiples intuiciones críticas en su propósito de reconocer las entrañas de la realidad peruana. En este sentido, siguiendo el esquema de sensibilidad ecológica, cabe destacar que tanto la socialización del trabajo comunitario-indígena como la relación subjetiva (“emulación”) e intersubjetiva (“compañerismo”) de su producción, en Mariátegui expresan una naturaleza socialmente integrada, donde la contradicción o explotación mercantil instrumentalizada prácticamente es negada, producto de la recuperación del tejido social de la naturaleza que impone la posibilidad indígena.

Como sabemos, para Mariátegui la comunidad está escindida sociológica y geográficamente, en una expresión dual e histórica, que se expresa en la contradicción geográfica costa y sierra. Las lógicas comunitarias y solidarias se sustentan mayoritariamente en la sierra por varias razones históricas. Y es ahí, en aquel rugoso territorio histórico y de raíces, donde la naturaleza se integra plenamente en la pretensión del proyecto socialista, porque:

La dualidad de la historia y del alma peruanas, en nuestra época, se precisa como un conflicto entre la forma histórica que se elabora en la costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la naturaleza. El Perú actual es una formación costeña. La actual peruanidad se ha sedimentado en la tierra baja. Ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes.  
(Mariátegui, 2007, pp. 170-71)

La dualidad entonces conlleva una serie de distinciones geográficas atravesadas por profundos conflictos ideológicos, como por ejemplo, el sentimiento andino portador de la naturaleza social indígena. Se trata de una subjetividad indígena que concilia e integra la relación naturaleza y el trabajo socialmente necesario. Por otro lado, la frustrada conquista colonial y criolla de los Andes, también expresa implícitamente el dramático conflicto territorial que atraviesa a la subjetividad indígena que, lejos de ser totalmente subsumida por las prácticas mercantiles y modernamente industriales, mantiene su transgresión rebelde en tanto forma de producir y vivir la tierra, una producción económica serrana abrigada en la naturaleza no instrumentalizada.



Sin embargo, estos argumentos vivificadores de la naturaleza, por cierto abiertos a una ecología política latinoamericana como defiende Alimonda (2009), serán relativizados y puestos en proporción por otro Mariátegui, fuertemente explorador de los límites naturales y portavoz de una economía nacional moderna.

En efecto, Mariátegui defenderá un impulso productivista contenido en las potenciales conexiones económicas del Perú que, para esa época, se alejaban de una formación vigorosamente capitalista. Es necesario matizar el proyecto urbano y regional de Mariátegui, porque si bien expresa el fuerte deseo de potenciar la creación de ciudades que fortifiquen las regiones económicas, también va ir idealizando y contrastando las peculiaridades del Perú, como decíamos, en una lógica del derecho a las diferencias territoriales. Más allá de estos matices, en un momento, Mariátegui apuntará una fina crítica al problema del centralismo, exigiendo abiertamente más intervención urbana e infraestructura sobre el territorio y la naturaleza:

Aunque el centralismo subsista por mucho tiempo, no se podrá hacer de Lima el centro de la red de caminos y ferrocarriles. El territorio, la naturaleza, oponen su veto. La explotación de los recursos de la sierra y la montaña reclama vías de penetración, o sea vías que darán a lo largo de la costa, diversas desembocaduras a nuestros productos. (Mariátegui, 2007, pp. 185-186)

Desde luego, no se trata de una naturaleza romántica o negada para una producción moderna, sino más bien, se trata de una naturaleza diferenciada que se inserta en la producción social del trabajo en general, reconociendo las lógicas internas y diferenciadas de producción indígena y moderna, como dos momentos de un mismo proyecto socialista. La producción indígena, pues, eminentemente más agrícola e imbricada por una naturaleza histórica y humanizada del trabajo (el indio “vivifica la tierra”), no significa en ningún sentido que la naturaleza no pueda ser intervenida con las posibilidades modernas y la construcción de ciudades. En efecto, la naturaleza debe ser puesta en el centro de la producción nacional y producida socialmente para y desde el Perú, es decir, la economía no debe perder de vista las especificidades de las relaciones sociales, culturales libres y socializadas.

Si bien esto pudiese ser entendido como una contradicción fundamental, dado que un espíritu estrictamente industrial y urbano, difícilmente puede convivir con ciertas posiciones indigenistas que manifiestan, a priori, una crítica anti-modernidad (por ejemplo en la idealización del sujeto indoamericano de Haya de la Torre), nuestra percepción es que Mariátegui supera esta falsa dualidad con un radical pero fino análisis crítico de las formaciones geográficas y económicas del Perú; donde desarrolla un explícito reconocimiento geográfico de sus múltiples escalas, manifestando un derecho a las diferencias geográficas vehiculizado concretamente por la coexistencia de diferentes territorialidades que teóricamente pueden fundamentar el proyecto socialista: la producción colectiva del orden económico y la erradicación de la propiedad privada del trabajo.

Mariátegui, pues, no solo reivindica las formas de vida indígena sino que plantea que son necesarias y posiblemente socialistas: *las mitas* solidarias y colectivas son solo una huella del cómo se expresa la posibilidad nueva en el terreno de lo real. Las posibilidades indígenas genuinamente socialistas, así, van acompañadas de una serie de distinciones geográficas e históricas que van complejizando el argumento de comunidad y ligando el carácter político y social que debiese sostener un programa revolucionario. Un lugar teórico y práctico donde, precisamente, se expresa esa voluntad nueva que se reencuentra con las distintas categorías practicadas.

El punto de inflexión radica en que, si el indio tiene el derecho a la tierra, también tiene el derecho a vivificar la tierra y por lo tanto, tiene derecho a construir una organización territorial desde su comunidad, acorde a sus principios, sus ritmos y temporalidades. Es decir, existe una territorialidad indígena implícita que también es, rupturistamente, portadora del proyecto de Mariátegui y que nos obliga a recordar el carácter heterodoxo del proceso que inaugura el creador de *Amauta*.

De otra manera no tiene sentido que Mariátegui haya dedicado tantas páginas y estudios a las formas productivas agrarias y sus potenciales lógicas de producción socialistas. Y que haya expuesto una y otra vez, una larga significación crítica de los procesos indígenas, así como las claves de la realidad peruana para defender dicha producción social y cultural. Esa defensa acérrima sobre el derecho a la diferencia, el derecho a la tierra comunitaria, es también una

relación geográfica fundamental. Se trata de una diferencia geográfica que encarna tanto económica como socialmente la defensa del socialismo. Al mismo tiempo, es una clave para pensar una nueva territorialidad peruana. Una territorialidad nacional que creativa y dialécticamente, no cesa de buscar, tensionar y recrear distintas fórmulas para consolidar un espacio de producción política del territorio socialista, como veremos, más distinguible en *Centralismo y Regionalismo*. De ahí que el rescate a las posibilidades incaicas no pretende una fórmula esencialista y conductista respecto a las cualidades meramente culturales de la comunidad. Se trata de defender el sustento ontológico que mapea concretamente todas las posibilidades que adhieren a la coyuntura peruana y conforman el proyecto de “otra peruanidad”, como diría el gran Osvaldo Fernández (2010).

Es relevante matizar el sentido concreto que contiene la propuesta indígena de Mariátegui. Por ejemplo, véase cuando Mariátegui advierte que la unidad productiva y territorial de los incas debe ser federal. Más allá de persuadir de un supuesto sólido edificio económico inca y comunitario, Mariátegui juega estrechamente con la realidad histórica y las pretensiones socialistas, abriendo un imaginario que expresa múltiples posibilidades territoriales abiertas a la producción socialista del espacio. No se trata de volver a ser incas, se trata de reconocer que sus diferencias productivas, a su vez, sus lógicas internas de organización espacial, son portadoras del proyecto político. De tal manera, apoyándose en Cesar Ugarte, Mariátegui plantea que es necesario considerar que las comunidades viven en:

los *ayllus* o conjunto de familias emparentadas, aunque dividida en lotes individuales intransferibles; propiedad colectiva de las aguas, tierras de pasto y bosques por la *marca* o tribu, o sea la federación de *ayllus* establecidos alrededor de una misma aldea; cooperación común en el trabajo; apropiación individual de las cosechas y frutos.  
(Mariátegui, 2007, 41 p.)

Si bien aquí la expresión indígena se destaca en torno a lo productivo y lo colectivo, es relevante destacar la mención federal como forma territorial política del sistema indígena y las nuevas posibilidades socialistas. A su vez, nuestro autor abre una cotidianidad territorial estrecha *con* y *desde* la naturaleza. Proyecta abiertamente el manejo y coordinación colectiva de los recursos naturales, ejemplificando el uso y distribución de aguas y bosques. Esta producción expresa, al mismo tiempo, una lógica eficiente del trabajo que asume que la

humanización de la naturaleza expresada bajo las posibilidades comunitarias. Asimismo, aparece una división del territorio (“federación de *ayllus*”) estrechamente abierta y conciliada desde la naturaleza, potenciadora además de lógicas cooperativas indígenas que, a fin de cuentas, justifican una organización territorial federal que protege y reconoce la producción y organización local, en principio. Estas proyecciones ratifican que Mariátegui, lejos de abrir una visión abstracta y principista de la economía inca, también implícitamente vigila una territorialidad económica indígena, aunque paralelamente es un promotor de ciudades industriales económicamente modernas. Su inflexión radical matiza ambas formas territoriales diferenciadas, conformes a distintas unidades y posiciones de un mismo proyecto socialista.

La comunidad, pues, no solo expresa una serie de constataciones generales del proceso social peruano y los modos de vida posiblemente socialistas, es también un sujeto político concreto que encarna buena parte de las energías que esgrimen y facultan una estrategia socialista. De ahí que la defensa política de Mariátegui sobre la comunidad, ocupa un lugar central en el problema social peruano. Y justamente, al estar en el centro de la discusión agraria que a su vez, rige y condiciona los procesos de la hegemonía política y cultural, Mariátegui abrirá un programa comunitario. En efecto, apoyándose en las perspectivas de Haya de la Torre<sup>58</sup>, Mariátegui reivindicará las prácticas concretas del sujeto social indígena y planteará que la propiedad comunal indígena, ha sido históricamente cancelada por la procreación de latifundios de distinto tipo que niegan la mayor parte de la potencialidad productiva indígena:

La defensa de la “comunidad” indígena no reposa en principios abstractos de justicia ni en sentimentales consideraciones tradicionalistas, sino en razones concretas y prácticas de orden económico y social. La propiedad comunal no representa en el Perú una economía primitiva a la que haya reemplazado gradualmente una economía progresiva fundada de la propiedad individual. No; las “comunidades” han sido despojadas de sus tierras en provecho del latifundio feudal o semifeudal, constitucionalmente incapaz de progreso técnico.

(Mariátegui, 2007, p.68)

La crítica es explícita al régimen republicano y sus continuidades coloniales. La comunidad así surge como oposición a la preponderancia de un proyecto oligárquico, basado en las

---

<sup>58</sup> De hecho, a lo largo de la argumentación, Mariátegui cita el libro *Por la emancipación de la América Latina* [1927] de Haya de la Torre.

prácticas mercantiles de la economía y la preservación de derechos feudales. Ahora bien, la pregunta que surge entonces es: ¿cómo fue posible defender categorialmente, una y otra vez, esta argumentación de comunidad? ¿Cuáles fueron las claves epistemológicas y críticas de la realidad peruana para que Mariátegui identificara comunitariamente, la fuerza de la particularidad, en sus distintos momentos históricos de la esfera societaria peruana, ya sea como el lugar de la recreación, resistencia, atomización o marco praxiológico para otro Perú?

A nuestro modo de ver, Mariátegui no hubiese podido defender esta posición, sin una categoría anterior que silenciosa pero rupturistamente, atraviesa todo el aparato conceptual de *Siete ensayos* y da el soporte crítico que permite adentrarse en su argumento social indígena socialista. Como lo adelantamos al principio, se trata de la *coexistencia* de los modos de producción, la coexistencia de economías diferentes que conllevan distintos momentos de la política, la propiedad social y privada, y la valorización intersubjetiva de la cultura. Asimismo, es la expresión de economías diferenciadas que desnudan el estado de desarrollo del capitalismo peruano. En su primer ensayo *Esquema de la evolución económica*, Mariátegui concluye lo siguiente:

en el Perú actual coexisten elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada.  
(Mariátegui, 2007, p. 20)

Esta “subversión epistémica” como acuñó Quijano en su famoso prólogo a la edición Ayacucho (Quijano, 2007), significa entre otras cosas, romper con el diagnóstico de los marxismos soviéticos que definían a los países de América del Sur, como estructuras nacionales semicoloniales o semif feudales, homogéneamente. Más aun, esta coexistencia conlleva, además, distintos caminos para pensar la estrategia política y económica desde las regiones peruanas, por lo tanto, incita una reformulación del espectro político y social en tanto sujeto revolucionario. De modo que la coexistencia también anulaba los distintos procesos de homogenización revolucionaria y creaba nuevas condiciones para abrir alianzas y estrategias políticas socialistas.

Ahora bien, más allá de la proporción abierta e internalizada de la coexistencia de los modos de producción que abre Mariátegui, vale decir, qué modo de producción domina más sobre el otro y cómo dicha coexistencia se expresa en términos sociales y políticos, lo provocador de esta diferencia de la economía, es que nuestro autor también inauguraba una tesis económica sustentada en una formación geográfica diferenciada del Perú. Se trata de distinguir que al interior de la economía del Perú, también operaba una división geografía física y sociológica producida históricamente que es portadora de la coexistencia.

Es una tesis que conjuga las diferencias de las economías en disputa que paulatinamente se transforman según el control y la dominación histórica de las grandes formaciones geográficas. La sierra y la costa así encarnan distintos momentos del sujeto social, ya sea indígena u obrero, lo que constituye que las relaciones sociales también están atravesadas por una serie de diferencias geográficas que, rupturistamente, Mariátegui no cesará de analizar, criticar y reinvertir.

De ahí que insistirá constantemente en la idea de una urbanización como lógica territorial del proyecto capitalista, pero al mismo tiempo denunciará que los enclaves semif feudales y terratenientes reproducen la vida colonial oprimiendo a las comunidades. Una tesis que si bien está anclada en el modelo europeo de modernización capitalista, Mariátegui la descompone críticamente desde la realidad peruana, aplicándola al *territorio* colonial, republicano e indígena del Perú, es decir, llevándola a una historicidad crítica de manifiesta diferenciación geográfica. En efecto, la consecuencia de la coexistencia de economías diferentes es, justamente, la existencia de una profunda contradicción geográfica entre la producción espacial de la liberalización de la propiedad privada, abierta a ciudades industriales y enclaves pro-imperiales y, por otro lado, la producción espacial de los gamonales y sus privilegios terratenientes, que cierran cualquier intento de modernidad alternativa. Mariátegui la distingue en esta fórmula:

La concentración capitalista ha estado precedida por una etapa de libre competencia. La gran propiedad moderna no surge, por consiguiente, de la gran propiedad feudal, como los terratenientes criollos se imaginan probablemente. Todo lo contrario, para que la gran propiedad moderna surgiese, fue necesario el fraccionamiento, la disolución de la gran propiedad feudal. El capitalismo es un fenómeno

urbano: tiene el espíritu de burgo industrial, manufacturero, mercantil. Por esto, uno de sus primeros actos fue la liberación de la tierra, la destrucción del feudo. El desarrollo de la ciudad necesitaba nutrirse de la actividad libre del campesino. En el Perú, contra el sentido de la emancipación republicana, se ha encargado al espíritu del feudo – antítesis y negación del espíritu del burgo– la creación de una economía capitalista.  
(Mariátegui, 2007, p.25)

Tras la inflexión de estos impulsos territoriales diferenciados –gamonales y urbanizaciones-, se subsumen las dinámicas socialistas y los derechos territoriales comunitarios. El proceso de articulación política en Perú, según Mariátegui, ha establecido una pugna fundacional entre el derecho a la tierra, la libre circulación del capital y la autonomía territorial de los gamonales. Esta misma tríada económica que, a su vez, es también geográficamente social, se verifica en la incapacidad de la burguesía peruana para consolidarse como clase hegemónica, producto del fuerte “espíritu del feudo” que comanda la creación del capitalismo peruano. Develando la correlación de fuerzas políticas de estos poderes territoriales, Mariátegui defenderá el proyecto comunitario y la socialización del trabajo, matizando eso sí, la necesidad de abrir una economía nacional moderna, una economía de ciudades industriales integrada regionalmente y fuertemente tecnológica, pero que al mismo tiempo no niega el derecho a la tierra. He ahí el distanciamiento crítico del móvil geográfico de su proyecto político y epistemológico que, a nuestro juicio, contiene una correspondencia central, con la teoría del desarrollo geográfico desigual.

## 5. El plano geográfico crítico del ensamblaje social y político en Perú

Del *Esquema de la evolución económica*, generalmente las recepciones mariáteguistas analizan en forma periódica los cuatro momentos del proceso económico, categorizados por Mariátegui como 1) *La economía colonial*, 2) *Las bases económicas de la República*, 3) *El período del guano y el salitre* y, por último el 4) *Carácter de nuestra economía actual*. Y si bien dichos estudios reconocen las rupturas y continuidades que funda Mariátegui, es casi un hecho que niegan o desatienden el carácter geográfico que atraviesan estos periodos, en tanto que representan múltiples escalas geográficas de territorialización del capital, de la cultura y la política dominante.

¿No será que producto del propósito de penetrar la realidad social desde Perú, que el método marxista de Mariátegui debe desarrollar sus hipótesis en la *intemperie* más geográfica de la vida social y que por esa razón analítica, justamente su obra es cuantiosa en lugares y memorias críticas regionales y locales? En efecto, *La Oroya, Londres, valle de Chicama, Chumbivilcas, Cuzco, Nueva York, Muquiyauyo, orillas del Mantaro, distritos de Jauja, Concepción, Mito, Muqui, Sincos, Huaripampay Muquiyauyo, El Imperial, provincia de Paucartambo*, son solo algunos de los lugares o menciones geográficas que emergen en *Siete ensayos*. Efectivamente, la formación del territorio peruano es una preocupación explícita de Mariátegui y, por consecuencia, corresponde también a una serie de distintas tramas económicas, sociales y políticas que interactúan en múltiples direcciones geográficas, pero que se unifican en la posibilidad de alternativas. En ese sentido, siguiendo al geógrafo Vicente Di Cione, es relevante pensar que:

la geografía real puede considerarse como un palimpsesto de territorializaciones superpuestas y convergentes y divergentes al mismo tiempo. Cada territorialización implica un proceso de abstracción y totalización orientada o definida por los intereses subjetivos.

(Di Cione, 2007, p.9)

Destacamos la metáfora del palimpsesto, no solo porque nos permite reconocer las capas territoriales y geográficas superpuestas y convergentes e historizadas, que distingue Mariátegui, ya sea entre la costa y la sierra, la comunidad y el gamonal o, las ciudades andinas y las ciudades coloniales, entre otras. El palimpsesto de Mariátegui opera directamente en la



subjetividad social y la disputa cultural del Perú, ya que permanente devela las contradicciones y violencias explícitas que imprimen las relaciones sociales y sus representaciones espaciales. De ahí que la metáfora del palimpsesto, pueda ser considerada una clave de lectura eficiente para entender el problema geográfico abierto en *Siete ensayos*. Solo para iluminar este argumento, observemos este pasaje del *El factor religioso*, cuando Mariátegui matiza las lógicas de asimilación y penetración de la Iglesia Católica en relación al origen español y europeo, constatando la superposición de los valores culturales cristianos insertos en la espiritualidad indígena del Perú:

Aquí, fácilmente, superpuesto, el culto católico al sentimiento pagano de los indios, el catolicismo perdió su vigor moral. “Una gran santa –observa García Calderón– como Rosa de Lima, está bien lejos de tener la fuerte personalidad y la energía de la creadora de Santa Teresa, la gran española. (Mariátegui, 2007, p.146)

Pues bien, bajo estas mismas precauciones subjetivas inherentes a la construcción histórica de la sociedad peruana, exploraremos cómo se articula el ensamblaje social y político del Perú que observó Mariátegui. Se trata de una geografía o palimpsesto<sup>59</sup> anclado en la imposición histórica colonial y, desde luego, la disputa por consolidar una economía política dominante que trascienda en la totalidad del territorio peruano. En realidad, más que identificar aisladamente la imposición colonial, Mariátegui observó de manera perspicaz como se iba triangulando el nuevo reordenamiento territorial del Perú: la relación política entre el Estado, el gamonal, las comunidades y el capital. Ya sea a escala nacional, regional o municipal, para Mariátegui era un hecho que este reordenamiento arrastraba continuidades profundas, como la capital nacional y la negación histórica del derecho a la tierra. Sin embargo, pese a la fuerza de todas esas continuidades, también era un momento fundacional que, por lo tanto, abría movimientos y redefiniciones que gatillarían asimismo, un nuevo estadio de la economía política.

Desde luego, no cabe duda que parte fundamental de las diferencias geográficas que expone Mariátegui, operan como una lógica de denuncia a la serie de vejaciones y abusos sobre la población indígena en su conjunto y, desde luego, sobre los trabajadores. Sin embargo, el

---

<sup>59</sup> En el capítulo anterior, David Harvey (2007b) también nos propone la necesidad de pensar una geografía crítica del capitalismo desde la metáfora del palimpsesto.

grueso de su exposición, conjuga más bien, una geografía que en última instancia, es críticamente imaginativa y política de las tensiones y relaciones sociales entre un espacio dominado y un espacio dominante. Se trata de una lucha por las condiciones de la legitimidad estatal y el régimen de organización territorial nacional.

El punto de partida, implícitamente contenido dentro la coexistencia de economías diferentes, es el profundo dualismo de razas que expresa la formación social y geográfica del Perú. Una formación geográfica atravesada contradictoriamente, por un saber externo colonial europeo que oprime al saber interno indígena del Perú. Este dualismo histórico, desde luego, se habría reconfigurado producto de una inserción paulatina e incompleta del capital que, ratificaría su formación históricamente híbrida. Precisamente, del desprendimiento de esta insatisfecha formación del capital, arrancan las claves que dan vida al desarrollo geográfico desigual implícito en Mariátegui. Se trata de comprender el carácter heterogéneo de la producción de la vida social, anclada en una historia dramáticamente política, fundada en la imposición de una lógica cultural y económica *externa* de las prácticas sociales *internas* del Perú. Esta antítesis geográfica entre lo interno y lo externo, es la base que conjuga el problema del *dualismo*.

En efecto, a lo largo de *Siete ensayos*, Mariátegui denuncia un coloniaje infructuoso de las potencialidades productivas del Perú, continuadas en la República. Y agudiza, reiteradamente, una fina crítica del poblamiento territorial colonial y sus variantes económicas dentro de la República. Se trata de una valorización política de la originaria e interna relación de los incas con su territorio que, al mismo tiempo, opera como núcleo de su proyecto indoamericano. Porque justamente, no se trata de negar la producción territorial interna, sino de apropiarla desde un nuevo punto de partida: el socialismo. Es decir, entender que el significado político de la contraposición territorial interna, permite defender el derecho a la tierra y la consecuencia del saber geográfico de los habitantes históricos: sus brazos comunitarios, el trabajo colectivo histórico de la tierra. Debemos entender así, pues, que la economía impuesta en Perú:

se establece sobre bases en parte artificiales y extranjeras, subordinada al interés del colonizador. Su desarrollo regular depende de la aptitud de éste para adaptarse a las condiciones ambientales o para transformarlas.

(Mariátegui, 2007, p.43)

Más allá del posibilismo de Mariátegui ya apuntado al inicio de este capítulo, es destacable el sentido crítico y geográfico que ocupa la categoría *artificial* y extranjera, en el sentido que se asocia a la autodeterminación colonial en un decidido carácter invasor, desgarrador de la impronta interna que finalmente modificó el ambiente. Como puede desprenderse, la tensión se ancla en la contradicción externa-interna del Perú y, nuevamente, provee de las condiciones epistemológicas para pensar una reformulación territorial y legitimación política de oposición espacial. Los colonizadores, efectivamente, desataron un “poblamiento” –como suele decir Mariátegui- desafortunado del Perú, dado que solo instrumentalmente indexaron el saber interno y desaprovecharon las capacidades geográficas incas.

Asimismo, las condiciones ambientales aquí no son pasivas, sino dependen de las capacidades técnicas del agente dominador del territorio. Vale decir, el espacio geográfico es un producto socialmente transformable y lejos de cualquier determinismo ambiental, es la expresión de fuerzas políticas que reproducen un determinado proyecto económico y técnico que estructura una cierta fisonomía espacial. De ahí que para Mariátegui, la lógica mercantil colonial haya sido el principio de organización económica y territorial del Perú:

Los colonizadores se preocuparon casi únicamente de la explotación del oro y la plata peruanos. Me he referido más de una vez a la inclinación de los españoles a instalarse en la tierra baja. Y a la mezcla de respeto y de desconfianza que les inspiraron siempre los Andes, de los cuales no llegaron jamás a sentirse realmente señores. Ahora bien. Se debe, sin duda, al trabajo de las minas la formación de las poblaciones criollas de la sierra. Sin la codicia de los metales encerrados en las entrañas de los Andes, la conquista de la sierra hubiese sido mucho más incompleta.  
(Mariátegui, 2007, 9 p.)

Y más aún, reafirmando la subjetividad territorial en disputa y la difícil apropiación de los Andes por parte de los colonizadores, Mariátegui recalca:

(...) Ni el español ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes. En los Andes, el español no fue nunca sino un *pioneer* o un misionero. El criollo lo es también hasta que el ambiente andino extingue en él al conquistador y crea, poco a poco, un indígena.  
(Mariátegui, 2007, p. 171)

La crítica al ordenamiento territorial histórico es nítida, al punto que devela que en ciertas condiciones andinas, el sujeto colonizador externo aparece, de alguna u otra forma, disminuido por otro sujeto: por un saber indígena, interno y andino. En este sentido, podemos observar que la categoría *ambiente* es metodológicamente puesta en escena, por su condición social “andina”, es decir, por su territorialidad vivida. Si bien aquí la crítica va dirigida al sentido desarraigado y mercantil de la práctica colonial y criolla, no con menos fuerza, también aparece una diferenciación geográfica del ambiente andino como subjetivación política del territorio, ya que es ahí donde los colonizadores “no llegaron jamás a sentirse realmente señores”. Se trata implícitamente de una producción social del espacio, una producción geográficamente andina, donde, es tan vivo su ambiente que “extingue en él al conquistador y crea, poco a poco, un indígena”, dice Mariátegui. Vemos así que la categoría ambiente expresa el móvil y la presencia de las relaciones sociales en dirección al proceso indígena histórico y sus raíces geográficas.

Por lo tanto, es una categoría que defiende la diferencia de un posible territorio andino, donde las condiciones sociales pueden eventualmente desencadenar procesos productivos enraizados históricamente y participes de *otra* articulación socialista. Inversamente, la categoría indígena también es un producto del ambiente andino que puede reterritorializar sus prácticas o criticar, en cierta medida, el impulso mercantil y la instauración de economías altamente explotadoras que se apropian del trabajo humano e histórico de las comunidades. En efecto, una vez que las economías externas son introducidas en el programa de análisis de Mariátegui, desencadenaran combinadas formas económicas y relaciones de dominación y subversión. De ahí que el ambiente andino también sea una posible clave geográfica y de lectura en *Siete ensayos*, al tiempo que posibilita respuestas políticas y alternativas al proceso colonial y republicano.

Para Mariátegui el núcleo y la raíz de la ruptura colonial del proceso histórico y geográfico, es, sin duda, el dualismo histórico entre la costa y la sierra del Perú. Un dualismo anclado en la formación colonial pero de manifiesta continuidad en la República. En este sentido, obsérvese la dirección territorial de la actividad extractiva dentro del período de *El guano y el salitre* que destaca Mariátegui:

La minería –actividad fundamental del régimen económico implantado por España en el territorio sobre el cual prosperó antes una sociedad genuina y típicamente agraria–, exigió que se estableciesen en la sierra las bases de la Colonia. El guano y el salitre vinieron a rectificar esta situación. Fortalecieron el poder de la costa. Estimularon la sedimentación del Perú nuevo en la tierra baja. Y acentuaron el dualismo y el conflicto que hasta ahora constituyen nuestro mayor problema histórico.

(Mariátegui, 2007, p. 15)

El mayor problema histórico así, está marcado por intensas y profundas superposiciones convergentes y divergentes de la economía política peruana. Mariátegui entronca la tensión política e histórica siendo enfático: “el poder de la costa” y sus bases orgánicas económicas, se superpusieron “en el territorio sobre el cual prosperó antes una sociedad genuina y típicamente agraria”. Nuevamente, esta coexistencia histórica nos posibilita pensar la metáfora del palimpsesto como una clave de lectura continua de la matriz en *Siete ensayos*. Se trata de un movimiento de posiciones y superposiciones territoriales en permanente valorización y disputa que, tras el calor de la subjetividad de la historia, marcan el sentido relativo, absoluto y relacional del móvil geográfico en tanto factor social y problemático. La actividad minera de la costa continuó de la colonia a la República y sin embargo, cambiaron ciertas convenciones jurídicas y económicas.

De allí se desprende que las formaciones geográficas costa y sierra, se interiorizan desde relaciones de dependencia y subordinación ancladas en la economía política dominante. Son los factores que posibilitan el profundo dualismo cultural y geográfico que al mismo tiempo, expresan el déficit de unidad nacional en tanto articulación moderna. Y son también, en el fondo, el problema fundacional de la escisión histórica. Una invasión colonial extranjera que sin embargo, no pudo erradicar y prescindir de la formación cultural y económica de las comunidades. He aquí la contradicción territorial movедiza e inestable que Mariátegui no dejará de denunciar y reinvertir desde una senda socialista:

La unidad peruana está por hacer; y no se presenta como un problema de articulación y convivencia, dentro de los confines de un Estado único, de varios antiguos pequeños estados o ciudades libres. En el Perú el problema de la unidad es mucho más hondo, porque no hay aquí que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales sino una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento, nacida de la invasión y conquista del Perú autóctono por una raza extranjera

que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena ni eliminarla ni absorberla.

(Mariátegui, 2007, pp. 170-171)

Este pasaje de *Regionalismo y Centralismo* es profundamente importante para nuestra investigación, ya que manifiesta explícitamente el lugar central de la subjetividad en las dimensiones internas que conjugan el problema político de la unidad del Perú. Si por un lado, Mariátegui devela la inexistencia de un Estado liberalizador, que rompa efectivamente con los privilegios feudales a lo largo y ancho del territorio del Perú. Por otro lado, conjuga que el matiz de la inexistencia de “ciudades libres” o “estados pequeños” marca la clave de las lógicas territoriales del pasado colonial vigente.

Avanzando esta distinción, para Mariátegui la contradicción no es una pluralidad de tradiciones contenida en regiones y localidades simplemente, sino más bien, es una contradicción que está internalizada en una dualidad de razas o subjetividades que fecunda una producción diferenciada de la vida social. Es interesante resaltar los distintos niveles de aproximación que elabora Mariátegui, ya que si bien permanentemente irrumpe con la tensión geográfica entre las formaciones costa y sierra, esta cita demuestra que el punto de partida del dualismo es, en el fondo, una subjetividad dominante. Es decir, el problema geográfico nace del conjunto de relaciones sociales del proceso histórico, a su vez, impuesto colonialmente y reproducido en la República.

De ahí que estos niveles geográficos sub-nacionales, costa, sierra o montaña, también están llenos de matices y en ningún caso son elementos absolutos o monolíticos de las dinámicas sociales y las políticas internas. Mariátegui va a distinguir, por ejemplo, que en el proceso histórico de la colonización, si bien hubo un reconocimiento a las prácticas económicas de las comunidades, no tuvo la misma amplitud sobre determinados aspectos religiosos, culturales, subjetivos. En efecto, las leyes indias reconocieron ciertas prácticas colectivas del manejo de la tierra. Pero, dicha lógica de asimilación, al mismo tiempo tenía una fecunda instrumentalización sobre aquellos sentimientos indígenas religiosos posibles de conectar hacia el catolicismo. Desde luego, este matiz entre lo económico y lo religioso, fue la fórmula eficiente que llevó a misioneros jesuitas a “explorar”, cristianamente, al interior de las

comunidades. Es decir, estimulando sus prácticas económicas comunitarias pero abriendo sus creencias, hasta hacerlas católicas:

Las disposiciones de las leyes coloniales sobre la comunidad, que mantenían sin inconveniente el mecanismo económico de ésta, reformaban, en cambio, lógicamente, las costumbres contrarias a la doctrina católica (la prueba matrimonial, etc.) y tendían a convertir la comunidad en una rueda de su maquinaria administrativa y fiscal. La comunidad podía y debía subsistir, para la mayor gloria y provecho del rey y de la Iglesia.

(Mariátegui, 2007, p.50)

La subjetividad dominante y dominada o la subjetividad en disputa, es un lugar central de los presupuestos críticos de Mariátegui. Ahora bien, lejos de encerrarse en la denuncia y el develamiento de las contradicciones, Mariátegui también propone una serie de alternativas y compromisos políticos que también expresan distinciones geográficas conformes a *otra* peruanidad. Desde luego, un elemento transversal de ambos momentos analíticos –ya sea el diagnóstico crítico o el pronunciamiento de alternativas- es la permanente disputa y correlación entre las dinámicas externas e internas del imperialismo. Mariátegui manifiesta continuamente un “juego” y dependencia del lugar de la enunciación, que puede transitar contradictoriamente desde *Londres* a *Lo Oroya*, en un mismo párrafo aplicado a la realidad peruana (Mariátegui, 2007, p.17).

Efectivamente, si bien la Independencia es un proceso interno de la nueva articulación de la economía política del Perú, también fue un proceso de rearticulación global del capitalismo. Una independencia producida, en primer lugar, “por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalista” (Mariátegui, 2007, p.11). Mariátegui denuncia la incidencia de Inglaterra en tanto agente catalizador de los nuevos tiempos independentistas sudamericanos. En efecto, el nexo directo entre la fundación de la República del Perú y el explícito financiamiento de Inglaterra a través de los préstamos de banqueros, constata la fina crítica imperialista de Mariátegui. Una distinción que no solo desnuda la relación económica fundacional del proceso de la Independencia con la apertura mundial de Inglaterra como red y operador del imperialismo, sino que también relativiza con las lógicas territoriales combinadas y el decaimiento insoslayable de la fuerza colonial española, sin duda, superada por el desplazamiento mercantil y tecnológico de la época.

La supervivencia de la hegemonía así, se definía por quién fuera capaz de controlar territorialmente la economía a escala multi-regional y supra-continental: la derrota de la colonia española radicó, precisamente, por sus bases militares y políticas que no fueron suficientemente capaces para dominar los circuitos económicos del capital, al tiempo que no tenían respuestas ante las nuevas modalidades manufactureras y librecambistas. En este sentido, es muy sugerente destacar que tras el proceso de rearticulación del capitalismo mundial, Mariátegui ya visualiza una matriz geográfica e internacional en disputa.

Si bien la matriz del intercambio con el espacio occidental está determinada por la conectividad y proximidad absoluta (o cartesiana) entre las locaciones de unos y otros territorios<sup>60</sup>, más rupturista es la crítica que articula Mariátegui en términos de la contradicción interna y externa de la formación sudamericana, a su vez, peruana y latinoamericana. Mariátegui distinguirá diferencias entre las formaciones nacionales latinoamericanas, criticando al mismo tiempo, el carácter modernizador de dicho intercambio desigual en escalas macro-regionales o continentales e inclusive locales. El desarrollo económico, en una medida importante, está cruzado por el acceso al intercambio y la liberalización económica. Y en efecto, aquellas formaciones económicas más alejadas y desarticuladas –como el Perú– permanecerían con sus prácticas coloniales o semif feudales reproduciendo un cuadro de dependencia e inferioridad productiva. En oposición, tanto en Argentina como en Brasil:

Fuertes y homogéneos aluviones occidentales aceleraron en estos países la transformación de la economía y la cultura que adquirieron gradualmente la función y la estructura de la economía y la cultura europeas. La democracia burguesa y liberal pudo ahí echar raíces seguras, mientras en el resto de la América del Sur se lo impedía la subsistencia de tenaces y extensos residuos de feudalidad.  
(Mariátegui, 2007, p.12)

La distinción entre países más o menos occidentalizados o burgueses, busca abrir la densidad diferenciada de los desarrollos capitalistas en América Latina. Desde luego, se trata de distinguir la densidad desigual del proceso económico regional o la relación norte-sur combinada que reproduce la dependencia. Mariátegui desnuda la situación peruana en relación

---

<sup>60</sup> De ahí la función geográfica estratégica de los países localizados al Atlántico y su ventaja frente aquellos ubicados en el Pacífico.



al resto del continente, pero a su vez comprende la pretensión homogenizadora desde las distintas burguesías nacionales de América del Sur. Aparentemente, son solo dos niveles escalares que le permiten identificar los diferenciados mecanismos de control por las lógicas económicas: nacional y continental. Sin embargo, puestos en escena los distintos problemas económicos, desde las propias contradicciones internas del Perú, veremos que son distintas escalas geográficas las que se confrontan en un imbricado e incipiente capitalismo peruano. Junto con la escala nacional, Mariátegui relacionará lo continental, lo multinacional, lo regional y lo local, en múltiples determinaciones y problemas sociales.

Pues bien, antes de entrar en esta serie de correlaciones geográficas, es necesario destacar de manera aislada, la metáfora “Fuentes y homogéneos aluviones occidentales” citada anteriormente. Esta metáfora nos permite apreciar el carácter modernizador de la matriz que Mariátegui finalmente reinvertió desde el Perú y sus condiciones particulares. En efecto, los “aluviones occidentales” permiten captar el sentido invasivo y homogenizador del proceso de implementación del capitalismo latinoamericano y, específicamente, la contradicción de la modernidad interna del caso peruano. A su inverso crítico, dicha metáfora implica pensar otra modernidad que integre el derecho a las diferencias y por lo tanto, el derecho a una organización territorial nacional en comunidades y ciudades abiertas a la socialización de la producción.

Conjugando los distintos niveles escalares externos y externos del ensamblaje económico, Mariátegui conecta el complejo de relaciones nacionales, locales, regionales y monopólicas transnacionales que ilustran, tanto la dinámica externa del imperialismo como las lógicas terratenientes y comunitarias internas. Estas relaciones geográficas, además, develan las permanencias coloniales y los obstáculos que atraviesan a las formas capitalistas en curso. Desde luego, una clave fundamental radicaba en la expansión liberal de ciudades escindidas de cualquier elemento feudal o semifeudal y por antítesis, construidas a partir de la gestación de una industria nacional. No obstante, Perú contrariaba híbridamente dichos principios. Según Mariátegui:

Dentro de la feudalidad europea los elementos de crecimiento, los factores de vida del burgo, eran, a pesar de la economía rural, mucho mayores que dentro de la semifeudalidad criolla. El campo necesitaba

de los servicios del burgo, por clausurado que se mantuviese. Disponía, sobre todo de un remanente de productos de la tierra que tenía que ofrecerle. Mientras tanto, la hacienda costeña produce algodón o caña para mercados lejanos. Asegurado el transporte de estos productos, su comunicación con la vecindad no le interesa, sino secundariamente. El cultivo de frutos alimenticios, cuando no ha sido totalmente extinguido por el cultivo de algodón o la caña, tiene por objeto abastecer al consumo de la hacienda.  
(Mariátegui, 2007, p.22)

La cita es provocadora porque tensiona una contradicción geográfica que incide dentro del orden colonial y republicano. Mariátegui distingue la estrecha interdependencia y conectividad económica entre el espacio rural y el burgo clásicamente europeo y, lo contrasta con la realidad peruana, caracterizando el profundo enclaustramiento de la comercialización de la feudalidad criolla. En Perú se mantiene un déficit de la formación económicamente capitalista, pero además la presencia de una economía extractiva de corte imperialista, cercenaba al mercado interno y respondía a un mercado externo aliado a las formas de producción de las viejas clases terratenientes. Esta hibridación de las economías impactaba internamente, porque negaba el desplazamiento territorial de los flujos nacionales y sus producciones locales eran incapaces de constituir un intercambio. Implícitamente así, Mariátegui mapea y advierte la disputa e inestabilidad del orden urbano y rural vigente bajo tales condiciones.

Asimismo, es relevante destacar que justamente este orden urbano y rural también se relaciona con la escala de la producción y su lugar en la economía nacional. Mariátegui cuestiona la lógica autárquica de la producción de alimentos de la “hacienda costeña” que es, al mismo tiempo, una escala local. Por lo tanto, no se trata solamente de rechazar la dependencia del capital extranjero y la débil tecnología capitalista implementada en el Perú, espacialmente reflejada en la exportación de algodones y cañas de la costa. Su crítica también busca develar dialécticamente los efectos locales y nacionales que provoca dicha economía imperialista. A “la hacienda costeña”, más allá de asegurar la conectividad de sus productos, “su comunicación con la vecindad no le interesa”, es decir, bajo las fundidas lógicas imperiales y gamonales, no es posible practicar una efectiva producción económica soberanamente nacional. Si por un lado, la pérdida de integración territorial del Perú, inhibía la gestación de un proceso de economía capitalista de libre circulación producto la supervivencia de los gamonales. Por el otro, la escisión territorial de la lógica capitalista foránea, cerraba las

posibilidades internas para fundar una genuina economía peruana, una economía fuertemente nacional. Lejos de estos propósitos, al igual que el concierto latinoamericano, Perú se subordinaba a las necesidades del norte occidental, reproduciendo el otro momento de la fragmentación para el territorio peruano.

Mariátegui denunciará la concentración territorial terrateniente pero al mismo tiempo, distinguirá el carácter paulatinamente anti-soberano de la lógica imperialista (y sus capitales norteamericanos o europeos), ya sea “aliada” o “contraria” con la clase terrateniente. Es necesario quedarse en este punto, porque esta es, territorialmente, la escena que captura Mariátegui, quizás, como ningún marxista de su tiempo. Se trata de distinguir que la implementación del capitalismo peruano conlleva una serie de rupturas y continuidades en los ordenes institucionales, donde el lugar del agente terrateniente paulatinamente va ir mutando hasta perder terreno frente al capital. De aquella mutación, Mariátegui detectará una serie de contradicciones internas y externas que finalmente se traducen en una pugna por dominar el poder económico. Desde luego, un Perú que todavía en 1928 se ancla en fuertes estructuras terratenientes, pero que paulatinamente comienzan a ser colonizadas por capitales extranjeros, conjugan una heterogeneidad económica y territorial, altamente movidiza e inédita. Véase el ejemplo que propone Mariátegui en *Esquema de la evolución económica* para entender la lógica de los capitales extranjeros:

La experiencia más vasta y típica de la capacidad de los terratenientes del país, nos la ofrece el departamento de La Libertad. Las grandes haciendas de sus valles se encontraban en manos de su aristocracia latifundista. El balance de largos años de desarrollo capitalista se resume en los hechos notorios: la concentración de la industria azucarera de la región en dos grandes centrales, la de Cartavio y la de Casa Grande, extranjeras ambas; la absorción de las negociaciones nacionales por estas dos empresas, particularmente por la segunda; el acaparamiento del propio comercio de importación por esta misma empresa; la decadencia comercial de la ciudad de Trujillo y la liquidación de la mayor parte de sus firmas importadoras (Mariátegui, 2007, p.25).

Es un ejemplo particular pero que busca expresar un patrón general del ordenamiento económico dominante. Mariátegui infiere el carácter nacionalmente destructivo que desarrolla el capitalismo imperialista, en este caso, representado por capitales alemanes (Casa Grande) y

norteamericanos (Cartavio). Se trata de un capitalismo monopólico extranjero que concentra la tierra, al tiempo que profundiza el proceso de hacendización producto que mantiene una exportación de productos primarios –el algodón y la caña- que en ninguna medida revitalizan la economía capitalista de Perú. En el fondo, se trata de una comercialización de productos fundada en intereses terratenientes y, en última instancia, capitales internacionales que poco y nada se relacionan con las necesidades internas del Perú o con las técnicas más avanzadas de la producción capitalista moderna.

Esta situación viene acorralada crediticiamente a través de las firmas de capitales internacionales, que mantenían un control sobre los productores terratenientes que, a su vez, iban perdiendo sus tierras paulatinamente. Pérdida que se refleja en la escasa diversidad de la producción nacional y local que, a su vez, fortifica la dependencia e inferioridad productiva con el norte. De ahí la insistencia de Mariátegui por la tarea de crear un Banco Nacional Agrícola y otras faenas productivas locales, capaces de reactivar el consumo internamente peruano. Se trata de reconducir el proceso económico desde el Perú o invertir la lógica económica que operaba en la realidad de la época, donde, “El suelo del país no produce aún todo lo que la población necesita para su subsistencia” (Mariátegui, 2007, p.80), ya que aún persiste una imposición externa que reproduce la dependencia:

La economía del Perú, es una economía colonial. Su movimiento, su desarrollo, están subordinados a los intereses y a las necesidades de los mercados de Londres y de Nueva York. Estos mercados miran en el Perú un depósito de materias primas y una plaza para sus manufacturas.

(Mariátegui, 2007, p.81)

De tal manera, la contradicción interna y externa del Perú consolidaba el problema agrario. Por un lado, se carecían de las condiciones básicas para la implementación de una industria moderna y más competitiva tecnológicamente. Y por otro, se presionaban las comunidades indígenas que, pauperizadamente, mantenían ciertas prácticas solidarias y colectivas. Asimismo, el nuevo escenario del capital extranjero, aliado de ciertas reconversiones terratenientes, habría establecido una pequeña industrialización capitalista a escala local en la costa, pero extremadamente rudimentaria e híbrida que no daba el ancho para la consolidación capitalista en términos industriales y tecnológicos. El resultado del proceso completo es que ni los incipientes industriales ni los reconvertidos terratenientes, lograban consolidar una

verdadera economía capitalista. La propiedad terrateniente se manifestaba irreconciliable con aquellas extracciones liberales y, en los vastos campos de la sierra, una y otra vez, se cercenaba el paso del Estado y, por defecto, el derecho republicano.

Esta negación soberana, en gran parte, arrancaba desde los inicios de la República, específicamente de su proceso de loteo de la tierra. Diferenciando la situación rusa y las tesis de Eugéne Schkaff, Mariátegui constató la jugada maestra de la continuidad feudal: la profunda desigualdad en la repartición de las tierras durante el proceso de Independencia. Esa desigualdad estaba contenida en las asimétricas hectáreas de los suelos repartidos entre criollos, terratenientes, comunidades y campesinos. A estos últimos, antiguos esclavos e indígenas, se les otorgó una parcela de mínimas hectáreas y minoritaria en tanto autosuficiencia. Forzadamente así tuvieron que seguir vendiendo su fuerza de trabajo a la gran propiedad, aunque muchos de ellos pudieron contar con un pequeño trozo de tierra. De esta forma, Mariátegui comienza a identificar los mecanismos de control territorial y las instituciones que reproducían la negación del Estado, al tiempo que instituían la opresión sobre los indígenas, a los cuales, simplemente:

El latifundista le imponía la ley de su fuerza despótica sin control posible del Estado. La comunidad sobrevivía, pero dentro de un régimen de servidumbre. Antes había sido la cédula misma del Estado que le aseguraba el dinamismo necesario para el bienestar de sus miembros. El coloniaje la petrificaba dentro de la gran propiedad, base de un Estado nuevo, extraño a su destino.  
(Mariátegui, 2007, p.52)

A partir de este argumento, Mariátegui insistirá constantemente sobre la función social y económica de los gamonales, dándonos diferentes claves para comprender el problema interno del Perú. El uso conceptual del gamonal se refiere a los latifundistas y hacendados, al mismo tiempo que está estrechamente lazado a las propuestas de Valcárcel. No obstante, a nuestro modo de ver, Mariátegui va más allá de estas formulaciones y establece “correspondencia” con el núcleo de la geografía radical. Parte de la polémica radical fue, precisamente, develar la existencia de una dinámica espacial hegemónica, producto de la lucha de clases histórica y los procesos de transformación y asimilación del capital. En efecto, las dinámicas y significaciones que determinan las prácticas espaciales, no son naturales sino que son contradictorias y responden al proceso de acumulación y las fuerzas de la economía política

dominante. Sólo para iluminar las distintas problematizaciones geográficas de Mariátegui, considérese la siguiente crítica de Lefebvre respecto a la dinámica ideológica del espacio:

El espacio no es un objeto científico separado de la ideología y de la política; siempre ha sido político y estratégico. Si el espacio tiene un aire de neutralidad y de indiferencia con respecto a sus contenidos y parece así como “puramente” formal, el epitome de la abstracción racional, es precisamente porque se ha ocupado y utilizado, y ya ha sido el centro de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido conformado y moldeado a partir de elementos naturales e históricos, pero ello ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto literalmente cargado de ideologías.  
(Lefebvre, citado en Soja, 2010, p.88)

Estos presupuestos críticos de Lefebvre, no dejan de tener una correspondencia directa, en distintos grados por supuesto, con la exposición de las categorías gamonalismo o regionalismo que elabora Mariátegui. También, en algunos casos, dichos principios lefebvreanos se expresarán en la categoría *ambiente y territorio*. El punto de inflexión es que la totalidad de las categorías o relaciones geográficas que trabaja Mariátegui, sepámoslo o no, están siempre expuestas y situadas en finas correlaciones temporales –rupturas y continuidades- y procesos históricos de largo trasfondo social que, al mismo tiempo, integran las relaciones físicas y naturales –costa y sierra- como correlaciones históricas y sociales. De manera que es posible su anclaje relativo con estas formulaciones de Lefebvre.

La negación de los derechos sociales sobre el indio y las prácticas gamonales que afectan directamente la soberanía del Estado peruano, desde luego, son parte de un determinado producto histórico que Mariátegui nos advierte permanentemente. Esta constatación, coherente a una coexistencia de economías diferentes, también permite distinguir una serie de relaciones de dependencia y subordinación entre las escalas más locales de la formación geográfica peruana. En la sierra por ejemplo, la dinámica interna entre el Estado, los gamonales y las comunidades se manifiesta de una manera dramáticamente despótica:

El “gamonalismo” invalida inevitablemente toda ley u ordenanza de protección indígena. El hacendado, el latifundista, es un señor feudal. Contra su autoridad, sufragada por el ambiente y el hábito, es impotente la ley escrita.  
(Mariátegui, 2007, p.26)

La autoridad o legitimidad territorial del Estado así, según Mariátegui, está puesta en jaque por la presencia o ausencia de los gamonales. Dicho de otro modo, dadas las condiciones de inserción del capital en Perú, se produce una territorialidad en disputa que obstaculiza los procesos de deliberación política y social, producto de una cierta autonomía del territorio agrario anclado en prácticas feudales –los gamonales- que, a su vez, impiden la formación urbana del capitalismo y su lógica liberal en tanto Estado soberano y republicano. Asimismo, nótese también la conceptualización crítica de vida cotidiana que circunda la categoría *ambiente* cuando Mariátegui dice que, “El hacendado, el latifundista, es un señor feudal. Contra su autoridad, sufragada por el ambiente y el hábito, es impotente la ley escrita”. El ambiente allí, lejos de ser neutral, es un producto hacendal que impone una autoridad o una lógica dominante dentro del gamonal. Ahora bien, esta relación tríadicamente territorial y social entre Estado, gamonal y comunidad, Mariátegui la evidenciará bajo distintos problemas y escalas geográficas. Por ejemplo, constatando el resultado de las lógicas autárquicas de los gamonales y sus versiones más capitalistas de la costa, Mariátegui criticará duramente las lógicas territoriales que anulan el proceso de circulación económica:

La hacienda, en gran número de casos, cierra completamente sus puertas a todo comercio con el exterior: los “tambos” tienen la exclusiva del aprovisionamiento de su población. Esta práctica que, por una parte, acusa el hábito de tratar al peón como una cosa y no como una persona, por otra parte, impide que los pueblos tengan la función que garantizaría su subsistencia y desarrollo, dentro de la economía rural de los valles. La hacienda, acaparando con la tierra y las industrias anexas, el comercio y los transportes, priva de medios de vida al burgo, lo condena a una existencia sórdida y exigua. (Mariátegui, 2007, p.23)

Vemos aquí también la aguda pluma social y altamente subjetivada de Mariátegui. La problemática gamonal no solo está anclada en las esferas territoriales y deliberativas de un Estado moderno, sino que contiene y manifiesta, en primer lugar, una profunda opresión sobre los indígenas y campesinos que son cosas y no personas: un problema ético. De modo que estamos frente a una problematización total de la sociedad, una contradicción que marca las pautas políticas que determinan condiciones de negociación y reproducción entre gamonales, Estado y comunidades. Para Mariátegui la formación del gamonal es tan radical dentro del orden político social, que es capaz de dominar, vulnerar y tensionar la institucionalidad del

Estado. Nótese como por ejemplo sus arcas municipales (esferas locales de la institucionalidad del Estado), son capaces de ser negadas por sus dominios, los dominios gamonales:

Las industrias y el comercio de las ciudades están sujetos a un contralor, reglamentos, contribuciones municipales. La vida y los servicios comunales se alimentan de su actividad. El latifundio, en tanto, escapa a estas reglas y tasas. Puede hacer a la industria y comercio urbano una competencia desleal. Está en actitud de arruinarlos.

(Mariátegui, 2007, p.24)

La concentración de gamonales así produce estructuras territorialmente coercitivas. Los gamonales anulan el despegue institucional del Estado y, sobre todo, anulan el derecho social de la mayor población indígena de Perú y sus oblicuas comunidades. A nivel nacional, esta contradicción territorial se expresa en tres grandes momentos estructurales, que a su vez también son tres momentos de orden histórico y geográfico: 1) una sierra subyugada e indígena marcada por la inflexión colonial en contraposición y dependencia de; 2) una costa criolla y dominante republicana aún en gestación; 3) y una montaña que “aun carece de significación”. Pese a esta conformación triádica, nuevamente para Mariátegui es el orden costa-sierra el que reproduce históricamente aquella jerarquía territorial, matizada por los nuevos actores que irrumpen en la Independencia, tales como el imperialismo inglés y luego el norteamericano. También, dicha jerarquía territorial, refleja una continuidad histórica de la producción del espacio geográfico colonial de los gamonales. De modo que las dos grandes formaciones geográficas del Perú, la sierra y la costa, son productos históricos de la dominación política de los privilegios, al tiempo que marcan el flujo de inserción política y económica del país:

En la sierra, la región habitada principalmente por los indios, subsiste apenas modificada en sus lineamientos, la más bárbara y omnipotente feudalidad. El dominio de la tierra coloca en manos de los gamonales, la suerte de la raza indígena, caída en un grado extremo de depresión y de ignorancia.

(Mariátegui, 2007, p. 37)

Al mismo tiempo, dicha concentración del latifundio serrano es altamente funcional al relativo carácter urbano y poblacional de la costa. La comunidad, así, expresa distintas tonalidades de sus prácticas y condiciones. Las comunidades han sido las mayores afectadas en su



composición orgánica tanto en la costa como en la sierra. La fuerza de los gamonales radica en el hecho que la hacienda controla y produce un espacio social de relaciones jerárquicas en función de los intereses mercantiles del señor hacendado o intereses imperialistas. Pero no se trata de una producción social del espacio en claves económicas solamente. Desde luego, esta producción espacial está estrechamente ejercida desde la producción dominante de la cultura y las esferas de la subjetividad social. En este sentido, Mariátegui es absolutamente tajante y distinguirá, rupturistamente, el tipo de relaciones deshumanizantes que se producen en el espacio social del hacendado. El pasaje que discutiremos a continuación, nos permite triangular concretamente los distintos niveles de análisis de la posible geografía crítica de Mariátegui, ya que se bien existe un constante movimiento territorial de las relaciones económicas, el punto de partida es la condición oprimida del sujeto social o la subjetividad de las relaciones sociales que justamente surgen, también, de las relaciones de poder internas de los gamonales. Dice Mariátegui:

Los transportes, los negocios y hasta las costumbres están sujetas al control del propietario dentro de la hacienda. Y con frecuencia las rancharías que alojan a la población obrera, no difieren grandemente de los galpones que albergaban a la población esclava.  
(Mariátegui, 2007, p. 73)

El cierre del pasaje grafica la disputa histórica y espacial de las prácticas de estas economías diferenciadas. La esclavitud no podría situarse al interior de las prácticas liberales y asalariadas de aquel tiempo, no obstante, el drama social histórico que se funda en los gamonales, no estaban alejadas de la esclavitud. Por otro lado, Mariátegui distingue aquellos hábitos colectivos como “las costumbres”, asumiendo que también se definen por el “control del propietario en la hacienda”. Esta distinción es radical, porque implícitamente plantea que nuestra pertenencia al mundo o la participación a una determinada comunidad de intereses, también está atravesada por un cierto control territorial, en este caso, definido por los gamonales, el hacendado. Asimismo, la asimetría política que establece la hacienda en sus territorios, conjuga la anquilosada formación económica social y fragmenta el territorio nacional en múltiples territorialidades desvinculadas. Nuevamente la categoría “ambiente” se expresa como una producción social del espacio, coqueteando muy de cerca con el sentido político y cultural de la “miseria de la vida cotidiana” que alguna vez, nos enseñó Lefebvre. Dice Mariátegui:

El ambiente de la hacienda se mantiene íntegramente señorial. Las leyes del Estado no son válidas en el latifundio, mientras no obtienen el consenso tácito o formal de los grandes propietarios. La autoridad de los funcionarios políticos o administrativos, se encuentra de hecho sometida a la autoridad del terrateniente en el territorio de su dominio.  
(Mariátegui, 2007, p. 72)

Y más aun, el dominio territorial contenido implícitamente del “ambiente” del hacendado, lejos de ser una cuestión neutral o natural, según Mariátegui, se debe por:

(...) su condición de clase dominante y el acaparamiento ilimitado de la propiedad de la tierra en un territorio sin industrias y sin transportes les permite prácticamente un poder casi incontrolable.  
(Mariátegui, 2007, p. 73)

Podemos aventurarnos así, que el paisaje urbano o rural y sus internas relaciones sociales no tienen nada de neutral en la propuesta de Mariátegui. Ciertas características territoriales –como industrias y transportes- también son expresión de la distribución y organización del poder político y económico de la sociedad. El hecho que los gamonales negaran la posibilidad urbana, era una lógica de sobrevivencia y reproducción de su poder político frente a las reivindicaciones de los sujetos sociales indígenas. El ambiente así, es producido socialmente pero al mismo tiempo produce prácticas sociales que dan forma y contenido al régimen político del hacendado que, desde luego, inhibe el poder de soberanía del Estado. Asimismo, nótese que si bien la exposición categorial comienza en el ambiente, rápidamente avanza terminando con una mención explícita sobre quién controla la territorialidad dominante: si el gamonal tiene “un poder casi incontrolable” es producto de su control territorial, un territorio sin industrias y transportes.

Desde luego, hay una organización espacial de las relaciones sociales y políticas internas del gamonal que, al mismo tiempo, se tensiona desde el proceso social más amplio y, sobre todo, desde su relación externa o su interacción con el Estado. Ello nos ratifica también el sentido multiescalar del pensamiento de Mariátegui. La categoría ambiente, a su vez, se re-significa social y culturalmente producto de una lógica territorial dominante que, lejos de ser neutral, es una expresión diferenciada del paisaje social nacional. Toda esta territorialidad, además,

participa de un palimpsesto de diferentes economías geográficas en disputa, ya sea entre gamonales y comunidades o, entre industrias peruanas y otras burguesías o, entre la interacción de localidades, provincias, comunas y regiones que articulan y reproducen las leyes del Estado.

El desarrollo geográfico desigual así, como podemos observar, ya está absolutamente instalado dentro del programa de Mariátegui. Ahora bien, todavía quedan algunos elementos que le dan más firmeza y sentido. Se trata de entender las diferencias económicas, políticas y sociales entre las condiciones costeñas y serranas que se desprenden, a su vez, de la coexistencia de economías diferentes. Mariátegui identifica la dirección de los movimientos poblacionales, a partir de una compleja transición económica. Un problema que, desde luego, se expresa bajo múltiples escalas geográficas contenidas en las dinámicas económicas y sociales de la explotación.

Si bien la sierra y la costa, históricamente, son los dos momentos más estructurales de los diferentes tipos de intercambio del Perú, esto no significa que sus relaciones sean monolíticas y estables. Todo lo contrario, Mariátegui se adentrará en ambas formaciones geográficas, distinguiendo sus mecanismos de dependencia, colaboración y tensión, haciendo operativas sus diferencias y similitudes. Los terratenientes de la costa, por ejemplo, se diferencian con aquellos terratenientes de la sierra, ya que estos últimos, según Mariátegui, siguen conservando sus privilegios coloniales. En la costa, pues, los terratenientes se ven forzados a generar contratos y pagar algún tipo de trabajo asalariado, de manera que las comunidades serranas persisten, pero bajo distintas lógicas económicas y sociales que se reubican territorialmente:

En la costa, el latifundio ha evolucionado –desde el punto de vista de los cultivos–, de la rutina feudal a la técnica capitalista, mientras la comunidad indígena ha desaparecido como explotación comunista de la sierra. Pero en la sierra, el latifundio ha conservado íntegramente su carácter feudal, oponiendo una resistencia mucho mayor que la “comunidad” al desenvolvimiento de la economía capitalista. (Mariátegui, 2007, p. 68)

Así, desde la costa a la sierra o viceversa, se expresan combinadas lógicas económicas y sociales que hacen posible la contradicción territorial entre capital, comunidad y gamonal. La penetración capitalista ha sido infructuosa por la fuerte resistencia y adaptación del gamonal. Clave de esta resistencia se debe al régimen combinado de prácticas semif feudales y capitalistas de los gamonales que, desde luego, han insistido en la negación de las comunidades productivas. Aquí aparecen las categorías “yanaconazgo”, “pongos” y “enganche”, entre las más destacables. En ellas, Mariátegui desnuda las contradicciones territoriales de la coexistencia económica y esclarece las distintas lógicas internas de la migración, contrarias al proceso productivo nacional.

Antes de adentrarnos en esta discusión, es interesante destacar que dichas categorías (“yanaconazgo”, “pongos” y “enganche”) representan el profundo sentido histórico y geográfico crítico que funda Mariátegui en *Siete ensayos*. Son categorías revivificadas al interior de los movimientos costeros y serranos, siendo huellas de la híbrida formación social peruana en curso.

Para Mariátegui, el yanaconazgo y el enganche son las claves fundamentales para comprender el fuerte poder gamonal y la resistencia al capitalismo en tanto permanencia económica ejercida coercitivamente sobre las comunidades. Dice Mariátegui:

Mediante el “enganche” y el yanaconazgo, los grandes propietarios resisten al establecimiento del régimen del salario libre, funcionalmente necesario en una economía liberal y capitalista. El “enganche”, que priva al bracero del derecho de disponer de su persona y su trabajo, mientras no satisfaga las obligaciones contraídas con el propietario, desciende inequívocamente del tráfico semiesclavista de *coolíes*; el yanaconazgo es una variedad del sistema de servidumbre a través del cual se ha prolongado la feudalidad hasta nuestra edad capitalista en los pueblos política y económicamente retardados. El sistema peruano del yanaconazgo se identifica, por ejemplo, con el sistema ruso del *polovnischestvo* dentro del cual los frutos de la tierra, en unos casos, se dividían en partes iguales entre el propietario y el campesino y en otros casos este último no recibía sino una tercera parte.

(Mariátegui, 2007, p. 73)

Estos argumentos, basados en los estudios de Schkaff, son la base de la conflictividad territorial y social interna del Perú<sup>61</sup>. Debido al yanaconazgo en la costa, la pequeña población indígena prevalecía en sus territorios trabajando la tierra, bajo una modalidad de arriendo que imponían los gamonales. De esta forma, no se desplazaba hacia la sierra y no se acentuaba el complicado déficit poblacional costero. Por otro lado, “el enganche” lograba movilizar hacia la costa, aquellos indígenas serranos desprovistos de cualquier derecho social y que desesperadamente necesitan un sustento para vivir: vendían su fuerza de trabajo y comenzaban a erradicarse en la costa. Mariátegui relativiza esta migración, distinguiendo las condiciones de migración en la costa, donde surgía una más ventajosa movilidad, una lógica de cotidianidad diferente de la sierra:

La vecindad de puertos y ciudades; la conexión con las vías modernas de tráfico y comercio, ofrecen, de otro lado, al bracero, la posibilidad de escapar a su destino rural y de ensayar otro medio de ganar su subsistencia.

(Mariátegui, 2007, p. 74)

Nuevamente, el paisaje urbano también condice y participa de las nuevas posibilidades sociales. Puertos y ciudades, desde luego, están estrechamente relacionados al poder y el control territorial del capital. Al estar aislados en los gamonales, los indígenas tienen menores posibilidades de emigrar y ensayar otros modos de vida. La condición territorial o cotidiana entonces, participa de la contradicción entre derechos sociales y privilegios feudales. Opera como una lógica de injusticia territorial sobre aquellos serranos aislados del circuito moderno costeño. De ahí que los gamonales sean “un agente de despoblación” (Mariátegui, 2007, p. 74) como enfatiza Mariátegui, explicitando el déficit del poblamiento en la costa.

La explotación y flagelación social más agudamente serrana, da cuenta de las condiciones de este proceso de migración. “En la misma medida en que progresa en la agricultura de la costa la técnica capitalista, el salariado reemplazaba al yanaconazgo” (Mariátegui, 2007, p. 74). Pero

---

<sup>61</sup> Fernández añade que estos enclaves no lograron romper con las tradiciones indias y andinas, producto que seguían activos lazos culturales con las estructuras pre-capitalistas. Y lo que emerge, es una resistencia al capitalismo, violenta e incontrolable, igual que las rebeliones históricas. El enganche era una amenaza que no daba lugar a un proceso de consolidación del capital. Hubo un proceso de división social indígena del enganche. Los indios que tenían tierras, solo temporalmente se destinaban a estas tareas productivas; mientras que aquellos indios jóvenes y sin tierras, paulatinamente fueron alargando esta modalidad sin tener mayores referencias y por ende, inaugurando el proceso de cholificación, creando un nuevo minero de los Andes, en la expresión de H. Bonilla (Fernández, 2010).

todo este avance, cualitativo del punto de vista industrial y moderno, se expresa contradictoriamente producto que el movimiento poblacional no permite dar estabilidad productiva y social a la costa. Así, “El yanaconazgo y sus variedades sirven para mantener en los valles una base demográfica que garantice a las negociaciones el mínimo de brazos necesarios para las labores permanentes” (Mariátegui, 2007, p. 74). La existencia de la reproducción del yanaconazgo, radica en las lógicas agrarias arraigadas –vivificación de la tierra- de las comunidades, subsumidas por la asimetría política de los gamonales.

Mariátegui da cuenta del carácter combinado de las prácticas gamonales sobre las comunidades, develando rupturistamente la ventajosa reorganización de pequeñas propiedades agrícolas a cargo de las comunidades. Es interesante destacar que no solo afina las variables económicas del combinado o híbrido sistema agrario peruano, sino que también se adentra territorialmente en la propiedad, distinguiendo las relaciones internas de dominación entre la pequeña propiedad agrícola indígena y la gran propiedad gamonal. Relativizando su condición de extensión y sus determinaciones económicas y sociales, Mariátegui se adentra en la costa peruana constatando un problema concreto localizado en el Imperial. Se trata de una localidad perteneciente de la Provincia de Cañete, región limeña. Aquí Mariátegui devela la tensión y dominación entre la pequeña y gran escala agraria:

Una parte de las tierras irrigadas en el Imperial han sido reservadas así a la pequeña propiedad. Hay el propósito de aplicar el mismo principio en las otras zonas donde se realizan trabajos de irrigación. Un rico propietario inteligente y experimentado que conversaba conmigo últimamente, me decía que la existencia de la pequeña propiedad, al lado de la gran propiedad, era indispensable a la formación de una población rural, sin la cual la explotación de la tierra, estará siempre a merced de las posibilidades de la inmigración o del “enganche”.  
(Mariátegui, 2007, p. 74)

En efecto, la concesión de la producción a pequeñas comunidades agrícolas, conjugaba un cierto principio de estabilidad territorial que contrarrestaba la fuerza del enganche. Asimismo, mientras no exista una técnica capitalista que disuelva el latifundio y el conjunto de prácticas territoriales gamonales, difícilmente habrá un trabajo asalariado y posibilidades socialistas. Como decíamos más arriba, Mariátegui defiende la producción agraria de las comunidades y

para ello se apoya en diferentes estudios y estadísticas, demostrando su fructífero nivel de producción. Del trabajo de Castro Pozo refleja, críticamente, la relatividad de la diferencia neta entre la producción comunitaria indígena y la propiedad individual hacendal. Se trata de una suma empírica reflejada en kilos de trigo por hectárea, extraído de Castro Pozo. Dicha suma, además, devela explícitamente el profundo nivel de violencia por la tierra de aquel entonces. Es decir, refleja la conflictividad y jerarquía entre los gamonales y las comunidades que eventualmente pudieran transgredir los límites de la producción marginal a la que se le convocaba:

La cosecha resultó, término medio, en 450 y 580 kilos por cada hectárea para la propiedad comunal e individual, respectivamente. Si se tiene en cuenta que las mejores tierras de producción han pasado a poder de los terratenientes, pues la lucha por aquéllas en los departamentos del sur ha llegado hasta el extremo de eliminar al poseedor indígena por la violencia o masacrándolo, y que la ignorancia del comunero lo lleva de preferencia a ocultar los datos exactos relativos al monto de la cosecha, disminuyéndola por temor de nuevos impuestos o exacciones de parte de las autoridades políticas subalternas o recaudadores de éstos.

(Pozo citado por Mariátegui, 2007, p. 70)

No cabe duda que el ambiente hacendal está sustentado por una fuerte represión sobre las comunidades y sus capacidades en la producción de la tierra. Por ello, Mariátegui destacará la creación de la pequeña propiedad como una necesidad previa para la consolidación de la industria agraria y, fomentará así, la creación de unidades productivas desde las comunidades. Adentrándose en este problema, destacará el programa de Compañía de Subdivisión Agraria, que busca la expropiación de la tierra para fortificar la producción. No conforme con ello, detectará una profunda escasez y lejanía de estos propósitos producto la inminente lógica liberal y capitalista que gobierna el programa. En efecto, el Estado peruano aún no ha podido fraccionar las grandes estructuras terratenientes, es decir, no ha podido penetrar en una escala geográfica mayor, la redistribución de la tierra de la hegemonía autárquica que ejercen los gamonales en sus extensos territorios. Mariátegui lo dice textualmente cuando describe el funcionamiento del programa:

Pero, como esta política evita sistemáticamente la expropiación, o, más precisamente, la expropiación en vasta escala por el Estado, por razón de utilidad pública o justicia distributiva, y sus restringidas posibilidades de desenvolvimiento, están por el momento circunscritas

a pocos valles, no resulta probable que la pequeña propiedad reemplace oportuna y ampliamente al yanaconazgo en su función demográfica. En los valles a los cuales el “enganche” de braceros de la sierra no sea capaz de abastecer de brazos, en condiciones ventajosas para los hacendados, el yanaconazgo subsistirá, pues, por algún tiempo, en sus diversas variedades, junto con el salariado.  
(Mariátegui, 2007, pp. 75-76)

En conclusión, “Las formas de yanaconazgo, aparcería o arrendamiento, varían en la costa y en la sierra según las regiones, los usos o los cultivos” (Mariátegui, 2007, p. 76), dice textualmente Mariátegui. Esta profunda distinción de las fuertes diferencias geográficas y productivas del Perú, demuestra la visión crítica de Mariátegui en cuanto al cómo operan las relaciones geográficas en tanto relaciones sociales, ya sea en lo local (yanaconazgo) o en lo regional (el enganche), o en las condiciones y particularidades del proceso peruano. Si en Imperial las lógicas de explotación y reproducción de los gamonales se fundamentaban por la conveniencia del “enganche” sobre las comunidades, en la provincia de Paucartambo (Cuzco) se reproducirá diferenciadamente otro sistema del yanaconazgo, donde se arrendarán propiedades territoriales a las comunidades alternadamente, posibilitando que:

la obligación de acarrear en sus propias bestias la cosecha del hacendado a esta ciudad sin remuneración; y la de servir de pongos en la misma hacienda o más comúnmente en el Cuzco, donde preferentemente residen los propietarios.  
(Mariátegui, citando a Ponce de León, 2007, p. 77)

Los pongos eran aquellos indios obligados y forzados a trabajar al interior de los gamonales, pero conforme la hibridación de la economía dominante, no recibían remuneración o algún tipo de salario. Es decir, son huellas del proceso colonial y la explotación histórica que perduran sobre las comunidades en la República, rastros que de una u otra forma instituyen la realidad que observa y construye Mariátegui, fiel a su sentido heterodoxo. La diferencia histórica del poblamiento peruano se distingue a partir de matizadas escalas sociales y geográficas, variadas en sus formas y contenidos regionales y locales. El Perú de Mariátegui entonces, realmente es un mosaico de territorios en constante movilidad social y disputa. En dichas escalas geográficas se expanden una serie de relaciones y dependencias que sostienen los flujos internos entre las grandes formaciones geográficas peruanas. Aquí gravita, en buena medida, la conjugación y negociación política y económica de sus actores sociales. He ahí parte del programa inédito, a su vez geográfico, que funda Mariátegui.



## 6. La producción geográfica de un nuevo orden socialista

En este último apartado organizamos las distinciones geográficas más genuinamente políticas que dibujan el pensamiento socialista de Mariátegui. Más que conectar las diferencias geográficas con el proyecto político, lo que nos interesa fundamentar, es el sentido radical y concreto del cómo se constituye su imaginación geográfica crítica. Rupturista con los privilegios, Mariátegui nos provee aquí de múltiples alternativas y matices. En primer lugar, se trata de una regionalización que transita entre lo ideal y lo real y, que por lo mismo, tensiona las pretensiones mediante las condiciones geográficas. Desde luego, es un movimiento histórico que no disimula la necesidad de crear “otra modernidad” como insiste Quijano (2007).

Si el problema regional y territorial se expresó, matizadamente, en *El problema del indio*, *El problema de la tierra*, y *Esquema de la evolución económica*, en *Regionalismo y Centralismo*, va encontrar un momento crucial. Y es que por sí solo, el sexto ensayo demuestra el agudo sentido espacial de la crítica de Mariátegui. Aquí se revelan sus perspectivas socialistas más concretas en tanto la organización de los territorios locales, al tiempo que agudiza una mirada del conjunto del territorio nacional. Si bien se trata de una organización regional influenciada por la escuela regional vidaliana, Mariátegui no se detiene en estas posiciones. Por el contrario, avanza desde las diferentes tensiones centralistas conjugando su propia perspectiva regional, siempre inmiscuida en nuevas formaciones sociales o instituciones combinadas que articulan, finalmente, un heterodoxo sujeto transformador: la unión entre el campo y la ciudad. No obstante estas importantes definiciones estratégicas, tal como afirma Narciso Bassols:

Resulta curioso comprobar que esta parte de los “Ensayos” es casi pasada por alto en la mayor parte de los comentarios que se han dedicado a la obra de Mariátegui. (...) Los escritos que dejó respecto a su programa, muestran que el sexto de los ensayos constituía un puente hacia la concepción de vías de acción política. (Bassols, 1985, p.183)

Y no solo eso, a nuestro juicio, se trata de una política que dialoga constantemente con la geografía crítica. Porque si observamos la base del argumento regional de Mariátegui, podremos verificar que sus propuestas descentralizadores o regionalistas, no solo posibilitan

alternativas para superar el fuerte dualismo y las fuertes contradicciones coloniales del capital en Perú. Se trata, también, de un momento crítico para ir hacia delante, pero recogiendo la historia y operativando la densa crítica económica expuesta a lo largo de la obra. De ahí que, en lo que refiere a la economía política del Perú, *Regionalismo y Centralismo* es un momento exageradamente creativo de *Siete ensayos*, pero que “centralizadamente” no ha sido muy considerado.

La proyección del Estado como crítica social de las relaciones económicas y las formaciones geográficas del Perú, es una cuestión que atraviesa la enunciación regional. No obstante, pese a la importancia del tema, en un gesto realista, Mariátegui comenzará advirtiéndolo que el actual regionalismo solo expresa “descontento” y “malestar” y, por lo tanto, no existe un movimiento que lo defienda. El problema se resume en cinco cuestiones básicas:

1a – La polémica entre federalistas y centralistas, es una polémica superada y anacrónica como la controversia entre conservadores y liberales. Teórica y prácticamente la lucha se desplaza del plano exclusivamente político a un plano social y económico. A la nueva generación no le preocupa en nuestro régimen lo *formal* –el mecanismo administrativo– sino lo *substancial* –la estructura económica.

2a – El federalismo no aparece en nuestra historia como una reivindicación popular, sino más bien como una reivindicación del gamonalismo y de su clientela. No la formulan las masas indígenas. Su proselitismo no desborda los límites de la pequeña burguesía de las antiguas ciudades coloniales.

3a – El centralismo se apoya en el caciquismo y el gamonalismo regionales, dispuestos, intermitentemente, a sentirse o decirse federalistas. La tendencia federalista recluta sus adeptos entre los caciques o gamonales en desgracia ante el poder central.

4a – Uno de los vicios de nuestra organización política es, ciertamente, su centralismo. Pero la solución no reside en un federalismo de raíz e inspiración feudales. Nuestra organización política y económica necesita ser íntegramente revisada y transformada.

5a – Es difícil definir y demarcar en el Perú regiones existentes históricamente como tales. Los departamentos descienden de las artificiales intendencias del Virreinato. No tienen por consiguiente una tradición ni una realidad genuinamente emanadas de la gente y la historia peruanas.

(Mariátegui, 2007, pp. 161-162)

Son tesis extremadamente certeras, profundas, transgresoras y sintetizadoras de una profunda

imaginación geográfica crítica que, metafóricamente, podría sintetizarse tal como aquella famosa sección de *Mundial*, llamada *Peruanicemos el Perú*<sup>62</sup>. Este es el foco y la preocupación que magistralmente envuelve el ensayo. Estas ponencias son el fundamento crítico que develará los sesgos de dominación en el problema del centralismo y las lógicas de articulación entre el movimiento obrero y campesino indígena, anclado en un nuevo regionalismo.

Desde luego, no se trata de una simple pretensión de imponer una reorganización productiva y política alternativa a la territorialidad peruana. Se trata de recomponer la realidad misma, para desde sus diferencias abrir otras formas de producir *en* Perú. De modo que la relación sujeto, estructura económica y proyecto político se combinan en el pensamiento regional de Mariátegui. El problema central, es que la crítica regional ha sido superficial y no ha develado la contradicción en su conjunto. Esta es la clave para entender la negación popular e histórica de los proyectos federalistas en Perú, que solo pugnan el poder político entre las fuerzas gamonales y los grupos liberales escindidos de las masas indígenas.

De modo que cualquier regionalización radical debe volver a pensar los contenidos del regionalismo y la descentralización. Desde luego, liberales y conservadores se han declarado, en algún momento, anticentralistas. Sin embargo, en sus respectivas conquistas del poder, unos y otros no han implementado cambio alguno de las lógicas centralistas coloniales. Precisamente, aquí radica la escisión entre la teoría y la práctica del regionalismo dominante. Si bien sus principios conforman una aguda pulsión de las diferencias geográficas internas del Perú y su centralismo exacerbado, como insiste Mariátegui. En la práctica, han reforzado un combinado tipo de centralismo que ha negado históricamente la organización y soberanía de las comunidades. De ahí que Mariátegui invalida las posiciones discursivas de Nicolás Piérola en 1897, pero comparte la declaración de principios que dice así:

---

<sup>62</sup> Para entender la operación crítica en *Regionalismo y Centralismo*, es interesante destacar el método mariáteguiano, en el sentido que: “comienza por hacerse cargo de las oposiciones en el punto donde los extremos se excluyen más violentamente y desde allí conduce un enfrentamiento que consiste en salir de la disyuntiva, a través de una alternativa que la disuelve prácticamente, en tanto implica un punto de vista que se sitúa fuera de ella, que la contiene entera, y que da otra disposición a sus componentes” (Fernández, 2010, p. 51).

Nuestra diversidad de razas, lenguas, clima y territorio, no menos que el alejamiento entre nuestros centros de población, reclaman desde luego, como medio de satisfacer nuestras necesidades de hoy y de mañana, el establecimiento de la forma federativa; pero en las condiciones aconsejadas por la experiencia de ese régimen en pueblos semejantes al nuestro y por las peculiares del Perú. (Mariátegui, citando la Declaración de principios del partido liberal, 2007, p. 163)

La cita que propone Mariátegui encarna su proyecto, pero es falsa producto de una lógica internamente centralista, que finalmente no supera su condición de principio. Desde luego, Mariátegui compartirá el contenido de la declaración histórica del federalismo liberal, pero llevándola a la realidad desde diferentes problemas sociales, tales como la negación de la educación, la salud y el trabajo al interior de los gamonales, la convertirá en una declaración vacía de legitimidad.

Para comprender a cabalidad y sostener una alternativa al centralismo, Mariátegui debe construir un nuevo punto de partida de la descentralización. Una rearticulación de las formas locales y nacionales basada, en las históricas y posibles relaciones económicas y sociales que participan del heterodoxo modelo económico, a su vez, geográficamente anclado en tres prácticas económicas diferenciadas: indigenistas, semif feudales y capitalistas. De ahí que cualquiera de las visiones alternativas debiesen discutir, en primer lugar, el carácter autoritario del federalismo, ya que desde la defensa de la propiedad colonial y burguesa de la tierra, las comunidades descentralizadas han seguido negadas. El nuevo punto de partida del regionalismo, en cambio, debe arrancar por la condición social del indio y el problema de la tierra, complementando así el radical derecho económico colectivo de las sierras y su integración costera. Dice Mariátegui:

Admitida la prioridad del debate del “problema del indio” y de la “cuestión agraria” sobre cualquier debate relativo al mecanismo del régimen más que a la estructura del Estado, resulta absolutamente imposible considerar la cuestión del regionalismo o, más precisamente, de la descentralización administrativa, desde puntos de vista no subordinados a la necesidad de solucionar de manera radical y orgánica los dos primeros problemas. Una descentralización, que no se dirija hacia esta meta, no merece ya ser ni siquiera discutida. (Mariátegui, 2007, p. 167)

Mariátegui desplaza el contenido del problema regional y, más aún, lo desnuda frente a los históricos derechos negados por las posiciones federalistas y centralistas. La descentralización está estrechamente comprometida en la distribución de las fuerzas productivas agrarias y la defensa de los derechos indígenas. No existe neutralidad en la discusión de cualquier regionalismo o federalismo. Históricamente, las políticas federalistas han transmitido un gamonalismo encubierto que reproduce la fuerza del centralismo. Mariátegui fundamenta esta posición planteando que no ha existido una práctica territorial nacional, propiamente republicana y liberal, ya que los derechos sociales son subsumidos en los territorios subnacionales. Lo que ha permanecido, en efecto, es una combinación entre la fuerte tradición centralista del Estado republicano, junto con el antiguo régimen colonial de los gamonales o las clases terratenientes que han negado, una y otra vez, los derechos comunitarios indígenas. Por ello, hay que hacer distinciones dentro de las pretensiones autonomistas, generalmente vehiculizadas por los regionalistas liberales. Dice Mariátegui:

Por el contrario, la descentralización, actuada sin otro propósito que el de otorgar a las regiones o a los departamentos una autonomía más o menos amplia, aumentaría el poder del gamonalismo contra una solución inspirada en el interés de las masas indígenas.  
(Mariátegui, 2007, p. 167)

El principio de la autonomía entonces, en sí mismo, no es sustantivo u operativo mientras no exista una apertura del sujeto social indígena dentro de la economía política. Bajo los regímenes liberales y coloniales de la tierra, la autonomía regional o municipal, solo ha monopolizado las estructuras históricas de los poderes locales que combinan la forma capital y hacendado. Esta situación que, a su vez imposibilita el carácter social de un Estado garante de derechos, también implica una transmisión del poder descentralizado que anula la socialización de las comunidades. Este es el vicio histórico del regionalismo peruano, que ha posibilitado gradual pero sistemáticamente, la estabilización y dominio del capital. Las expresiones departamentales son solo una expresión de ello:

Los “concejos departamentales”, en la práctica, transferían a los caciques del departamento una suma de funciones que detenta el poder central (...) El gamonalismo dentro de la república central y unitaria, es el aliado y el agente de la capital en las regiones y en las provincias. De todos los defectos, de todos los vicios del régimen central, el gamonalismo es solidario y responsable. Por ende, si la

descentralización no sirve sino para colocar, directamente, bajo el dominio de los gamonales, la administración regional y el régimen local, la sustitución de un sistema por otro no aporta ni promete el remedio de ningún mal profundo.  
(Mariátegui, 2007, p. 168)

En efecto, nuevamente Mariátegui denuncia la trampa de la autonomía regional que acompañaba las posiciones federalistas y gamonalistas. Esta vez, su crítica apunta a la institucionalidad regional y los mecanismos de poder local. Desde luego, para superar estos vicios se debía incrementar una reorganización territorial efectiva, entre los ciclos productivos internos. Una regionalización económica desde las producciones locales que paulatinamente impactara en el consumo interno del proyecto nacional. De este impulso, Mariátegui propone un orden distinto de las formas económicas, al tiempo que denuncia la formación histórica escindida sociológica y geográficamente:

La sierra y la costa, geográfica y sociológicamente, son dos regiones; pero no pueden serlo política y administrativamente. Las distancias interandinas son mayores que las distancias entre la sierra y la costa. El movimiento espontáneo de la economía peruana trabaja por la comunicación trasandina. Solicita la preferencia de las vías de penetración sobre las vías longitudinales. El desarrollo de los centros productores de la sierra depende de la salida al mar. Y todo programa positivo de descentralización tiene que inspirarse, principalmente, en las necesidades y en las direcciones de la economía nacional.  
(Mariátegui, 2007, p. 172)

La región andina comienza a movilizarse paulatinamente dentro del nuevo ordenamiento regional que reclama “vías longitudinales” según Mariátegui. El intercambio nacional, pues, es el punto de partida para reorganizar política y administrativamente las regiones. La costa y la sierra, por lo tanto, son moldeables y están tensadas por nuevos y posibles agrupamientos territoriales trasandinos, como por ejemplo, el flujo marítimo de productos abierto a las locaciones internas o serranas. Desde luego, el fin último de la descentralización no es dividir o desagregar al país mediante regiones inconexas, autogestionadas o separatistas. Por el contrario, la regionalización de Mariátegui busca articular los mecanismos de integración económica a partir de sus diferencias internas. Ello porque:

Se descentraliza no para separar y dividir a las regiones sino para asegurar y perfeccionar su unidad dentro de una convivencia más orgánica y menos coercitiva.

(Mariátegui, 2007, p. 172)

Fuera de la tensión estrictamente territorial, es interesante destacar aquella “convivencia” de carácter “menos coercitiva”, porque implícitamente significa que la formación de cualquier regionalismo, por más socialista y revolucionario que sea, implica un grado de coerción al sujeto. Una coerción que para el caso de Mariátegui, está definida en el proyecto político socialista y su capacidad de construir otra respuesta a la histórica escisión sociológica y regional del Perú. Una descentralización que, cooperativamente, transgreda la mera oposición del centro y sus provincias, desde prácticas sociales colectivas. De ahí que el momento inaugural para avanzar alternativas, se basa en la impugnación del carácter artificial de la estructura regional. Dice Mariátegui:

El régimen centralista divide el territorio nacional en departamentos; pero acepta o emplea, a veces, una división más general; la que agrupa los departamentos en tres grupos: Norte, Centro y Sur. La Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz, seccionó al Perú en dos mitades. No es, en el fondo, más arbitraria y artificial que esa demarcación la de la República centralista. Bajo la etiqueta de Norte, Sur y Centro se reúne departamentos o provincias que no tienen entre sí ningún contacto. El término “región” aparece aplicado demasiado convencionalmente.

(Mariátegui, 2007, p. 172)

Esta reflexión no sólo nos permite comprender la profunda fisura social que implica el poder dual, sino que también nos obliga volver a un principio fundamental de la geografía crítica: el espacio como producto social. En efecto, se trata de un cuestionamiento explícito de la imposición de categorías convencionales (“Norte”, “Centro” y “Sur”) que expresan una manipulación y exteriorización falsa de la realidad peruana. Antes de continuar esta argumentación y para adherir más ingredientes, recordamos un célebre pasaje de Ives Lacoste, publicado en *Antipode*, allá por 1973, a propósito del saber estratégico e ideológico de la producción cartográfica. Dice el geógrafo francés:

The map, perhaps the central referent of geography, is, and has been, fundamentally an instrument of power. A map is an abstraction from concrete reality which was designed and motivated by practical (political and military) concerns; it is a way of representing space which facilitates its domination and control. To map...serves the

practical interests of the State machine.  
(Lacoste, 1973, p.1)

El paralelo con Lacoste es evidente. Si bien Mariátegui no está develando un uso panóptico o militar explícito del problema regional, ya que más bien se refiere al uso y representación del centralismo desarraigado, a la hora de organizar el territorio peruano. Intuitivamente si nos habla de una “Confederación Perú-Boliviana” que habría reorientado o escindido al Perú fuera de sus raíces internas. Se trata de una conciencia espacial aguda en lo referente al uso y la representación del espacio, porque Mariátegui endosa arbitrariedad explícita a la efectiva regionalización convencional. “Norte”, “Centro” y “Sur” así, implícitamente, indican la desarticulación orgánica más profunda del territorio de las comunidades y la “convención” de aquellos que dominan la representación del espacio peruano y la legitimidad territorial dominante.

Al mismo tiempo, se manifiesta una inflexión geopolítica implícita entre la realidad histórica y tradicional inca, en relación a la regionalización centralista, colonial y “occidental”. Tal como Henri Lefebvre (1974), Mariátegui explicita la instrumentación de la representación espacial del norte, sur y centro, impugnando un orden territorial peruano conforme a una lógica artificial, desde luego, escindida de sus raíces. Mariátegui así devela un espacio geográfico peruano diferenciado que, lejos de ser natural o neutral de las dinámicas de las estructuras del poder, es un espacio que expresa las condiciones políticas de la dominación externa y vigente. Se trata de una trama rupturistamente política para defender la existencia de una región histórica en disputa por su representación espacial.

Ahora bien, si la región aparece signada por múltiples determinaciones externas y artificiales, convenientemente instrumentalizadas por cartografías hegemónicas, ya sean coloniales o republicanas, ello no implica que sea un proceso espacial cerrado. Por el contrario, Mariátegui busca llenar de contenido la nueva regionalización, reflejo del permanente movimiento de las relaciones políticas y económicas en su conjunto. De modo que aunque el regionalismo sea un malestar y no tenga un programa político, es también una emergencia política. Una construcción más del programa socialista llevado a las prácticas por los nuevos regionalistas, aquellos portavoces profundos de tradiciones que, a su vez, manifiestan otra dirección del regionalismo:



Este regionalismo no es una mera protesta contra el régimen centralista. Es una expresión de la conciencia serrana y del sentimiento andino. Los nuevos regionalistas son, ante todo, indigenistas. No se les puede confundir con los anticeutralistas de viejo tipo. Valcárcel percibe intactas, bajo el endeble estrato colonial, las raíces de la sociedad incaica.  
(Mariátegui, 2007, p. 179)

He aquí otra pulsión fundamental del proceso de regional crítico de Mariátegui. Nótese el fuerte carácter radical de la sierra que vendría a ser el reencuentro con el fundamento indígena que defendimos al inicio. Se trata de “una conciencia serrana” nacida del “sentimiento andino” como momento y lugar de politización, conforme a una nueva y posible organización regional. Mariátegui presenta la condición geográfica serrana como el espacio territorial con mayores condiciones para pensar un cambio de la lógica impuesta. Este punto debe ser matizado porque ofrece confusiones. Lo que plantea Mariátegui es, en el fondo, que la politización regional a escala nacional está atravesada por la subjetividad que contiene, en gran parte, los indígenas serranos. Ellos son los cuerpos sociales e instrumentos del nuevo proyecto político y territorial. Entendidos así, la “conciencia serrana” y “el sentimiento andino” expresan un nuevo estatuto regional que tensiona a la vieja imposición republicana y colonial.

Pero, en efecto, esta búsqueda no solo se basa geográficamente en la sierra y los decursos indigenistas, sino que se extiende con fuerza desde la formación costera y sus movimientos obreros. Los nuevos regionalistas, ante todo, buscan una unidad nacional que oferte nuevas relaciones sociales, entroncadas en una alianza amplia y revolucionaria entre indígenas y obreros. De ahí que:

El problema primario, para estos regionalistas, es el problema del indio y de la tierra. Y en esto su pensamiento coincide del todo con el pensamiento de los hombres nuevos de la capital. No puede hablarse, en nuestra época, de contraste entre la capital y las regiones sino de conflicto entre dos mentalidades, entre dos idearios, uno que declina, otro que asciende; ambos difundidos y representados así en la sierra como en la costa, así en la provincia como en la urbe.  
(Mariátegui, 2007, p. 179)

Para Mariátegui la alianza obrera y campesina, y por defecto la alianza campo y ciudad, es una posibilidad concreta y plausible. Ya en *El problema de la tierra*, comparaba el modelo

revolucionario de Francia y Rusia, destacando el diferenciado sentido revolucionario del campesinado. Si bien la revolución rusa no hubiese sido posible sin una conciencia política y programática radicalmente obrera, según Mariátegui, tampoco podría haberse ejecutado sin:

la existencia de un estado de ánimo revolucionario en la clase campesina y, sobre todo, su reivindicación del derecho a la tierra en términos incompatibles con el poder de la aristocracia terrateniente. (Mariátegui, 2007, p. 53)

De tal forma, el derecho a la tierra es un problema político cruzado por la lucha revolucionaria en su conjunto, de modo que si el mundo rural no se articula con el urbano, todo el proceso se vuelve limitante. El problema de la Independencia en Perú, justamente, radicó en que la clase campesina no tuvo cercanía a un proyecto revolucionario ni menos a un programa. Todo lo contrario,

La revolución no podía prescindir de principios que consideraban existentes reivindicaciones agrarias, fundadas en la necesidad práctica y en la justicia teórica de liberar el dominio de la tierra de las trabas feudales. La República insertó en su estatuto estos principios. (Mariátegui, 2007, p. 55)

Esta es la característica radical y heterodoxa del nuevo regionalismo y la nueva generación que defenderá Mariátegui: la alianza obrera y campesina. Asimismo, este punto estratégico lo diferenciará de Haya de la Torre y sus planteamientos en *Por la emancipación de América Latina* [1927]. En efecto, si bien Mariátegui comparte y valoriza los planteamientos de Haya en tanto la artificialidad de la imposición urbana colonial, al mismo tiempo defenderá la alianza campesino-indígena y obrera, matizando que la formación geográfica serrana no es la “exclusiva del espíritu revolucionario y palingenésico”<sup>63</sup> (Mariátegui, 2007, p. 189), como argumentaba el fundador del APRA. Desde luego, para Mariátegui el mundo obrero y urbano también debe ser revolucionario y en consecuencia, debe entroncarse en las pretensiones regionalistas. La conclusión final en *El problema del indio* no deja de ser elocuente:

Los congresos indígenas, desvirtuados en los últimos años por el burocratismo, no representaban todavía un programa; pero sus primeras reuniones señalaron una ruta comunicando a los indios en las

---

<sup>63</sup> Mariátegui aclara en nota al pie sus diferencias con Haya de la Torre.

diversas regiones. A los indios les falta vinculación nacional. Sus protestas han sido siempre regionales. Esto ha contribuido, en gran parte, a su abatimiento. Un pueblo de cuatro millones de hombres, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico.

(Mariátegui, 2007, p. 38)

Desde luego, Mariátegui fundamenta una alianza entre el campo y la ciudad, pero no pierde de vista la construcción política diferenciada que implica gestar su perspectiva socialista en ambos territorios y formaciones sociales. De allí justamente emana la crítica regional citada anteriormente. Si bien el movimiento indígena ha ido abriendo un camino de articulación política regional más amplia, sus congresos y perspectivas orgánicas todavía son dispersas y no han superado la escala regional. Por lo tanto, pese a ser un sujeto social de cuatro millones, aún no articula un cuerpo social de alcance nacional, capaz de dar una alternativa al país.

Adentrándonos más internamente a su imaginario geográfico, el último apartado del sexto ensayo, intitulado *El problema de la capital*, marcará un ejercicio paradigmático. Desde luego, cabe contextualizar que tanto la estrategia regional como la función urbana, no poseen un lugar importante en la teoría marxista ni tampoco en la agenda política de la época. De ahí que la insistencia sobre Lima, es una clave más, de su profunda ruptura con los dogmas y parte explícita de su imaginación geográfica crítica. Porque no solamente se da la tarea de diferir en la condición de capital limeña desde distintos argumentos (históricos, urbanísticos, económicos, geográficos<sup>64</sup>), también propone teóricamente el lugar de la nueva capital.

Independiente del marco teórico al cual acude (Falcón), lo interesante es que imaginariamente, Mariátegui ofertará una distribución territorial alternativa del país, reorganizando el núcleo interno de su poder histórico más profundo y permanente: Lima. No se trata de un gesto arquitectónico, romántico, ni menos economicista, sino se trata de una decidida voluntad política por cambiar radicalmente las lógicas de dominación y mantención de los privilegios que, a su vez, recrean las lógicas de dominación territorial. Es bajo esta precaución que surge la necesidad de reubicar un nuevo centro. En efecto, una nueva capital nacional consciente y

---

<sup>64</sup> En esta discusión, tal como observamos al inicio de este capítulo, Mariátegui ocupará dos acepciones geográficas clásicas, fundamentalmente. Por un lado, la función de la geografía como expresión de la naturaleza y condición física del espacio geográfico. Y, por otro, la geografía como distribución y representación espacial de las formas económicas en distintas escalas, más específicamente, regional y nacional.

disconforme de su filiación política y económicamente colonial, es un paso fundamental para la nueva generación. Mariátegui es tan enfático en este argumento, al punto que hace un explícito llamado al estudio crítico de este fenómeno:

lo que hay que investigar es si el desenvolvimiento orgánico de la economía peruana garantiza a Lima la función necesaria para que su futuro sea el que se predice o, mejor dicho, se augura. (Mariátegui, 2007, 182 p.)

Del desarrollo de la crítica a Lima, cabe destacar las distintas tonalidades que van conformando el argumento de Mariátegui. Si bien inicialmente ironiza de las pomposidades del imaginario urbano, materializado en nuevos barrios y avenidas; rápidamente aparece una segunda voz crítica que denuncia la profunda desproporción entre el estancamiento demográfico y el crecimiento urbano de Lima, entre estadísticas y un arsenal fuertemente empírico. Dice Mariátegui:

Pero en sí mismo el movimiento de urbanización no prueba nada. La falta de un censo reciente no nos permite conocer con exactitud el crecimiento demográfico de Lima de 1920 a hoy. El censo de 1920 fijaba en 228.740 el número de habitantes de Lima. Se ignora la proporción del aumento de los últimos años. Mas los datos disponibles indican que ni el aumento por natalidad ni el aumento por inmigración han sido excesivos. Y, por tanto, resulta demasiado evidente que el crecimiento de la superficie de Lima supera exorbitantemente al crecimiento de la población. Los dos procesos, los dos términos no coinciden. El proceso de urbanización avanza por su propia cuenta. (Mariátegui, 2007, p. 181)

Lejos de asumir un diagnóstico sesgado de la realidad urbana, Mariátegui se apoya en indicadores demográficos que si bien podrían considerarse estadísticas básicas, también conforman posicionamientos que externalizan o internalizan el constante movimiento del flujo temporal y espacial de Lima. Porque, si la inmigración depende más bien de los flujos externos a la realidad limeña, por el inverso, la natalidad representa la pulsión histórica interna de la dinámica poblacional acumulada. Ambos indicadores puestos en escena urbana, no solo demuestran el sentido de totalidad histórica presente en el pensamiento de Mariátegui, sino también el notable tratamiento crítico de la movilidad espacial y, en este caso, la realidad urbana que altera las pretensiones dominantes de una Lima a la vanguardia.

Mariátegui desmitifica que ciertos barrios históricos de Lima (Miraflores y Magdalena) representen un nuevo estatuto limeño densamente “urbanizado”. Una ciudad sin un agente poblacional y productivo no corresponde al calificativo urbanizado. Lima se sostiene porque nace de las entrañas de la dominación histórica y, por lo mismo, su urbanización no es más que la expresión política del centralismo. De ahí que Mariátegui termina imputando el carácter artificial y colonial de la hegemonía de Lima. De los tres factores que determinan una urbe moderna (el factor económico, el factor geográfico -en este caso ubicación de condiciones naturales- y el factor político), Lima sólo coincide con el factor político. Por tanto ni la economía ni su posición geográfica y natural conceden su poderío. Una capital económica, según Mariátegui, debía ser el lugar nacional donde:

Todos los núcleos de producción tienden espontánea y lógicamente a comunicarse con la capital, máxima estación, supremo mercado. Y el factor económico coincide con el factor geográfico. La capital no es un producto del azar. Se ha formado en virtud de una serie de circunstancias que han favorecido su hegemonía. Más ninguna de estas circunstancias se habrían dado si geográficamente el lugar no hubiese aparecido más o menos designado para este destino.  
(Mariátegui, 2007, p. 183)

De aquí la fuerza radical del ensayo histórico y geográfico crítico del Amauta. Tal como diría Carlos Porto-Gonçalves, casi ochenta años después:

Los lugares no están dados *a priori*, sino que son contruidos/instituidos en el terreno movedizo de las luchas sociales, que también son luchas por atribución de sentidos.  
(Porto-Gonçalves, 2001, p.15).

Lima “no es un producto del azar” y el orden geográfico que justamente expresa su consolidación y conformación, no obedece a una designación casual o neutral del orden político. Todo lo contrario, Lima es producto de la lucha histórica del territorio y sus formas de vida. Y si entendemos la geografía como aquella lectura de la distribución y organización espacial de la sociedad, dicha geografía también es, por sobre todas las cosas, una expresión de la hegemonía histórica, sus circunstancias y sus procesos. En efecto, cualquier proceso de consolidación territorial, ya sea, barrial, poblacional o urbano, implica una profunda lucha de sentidos previa o un origen contradictorio que expresa, a su vez, el funcionamiento político de

la sociedad. Un funcionamiento anclado, nuevamente, por una lucha por el espacio social y sus normativas de convivencia. Véase el profundo tratamiento histórico y geográfico crítico de la formación de la capital peruana. Dice Mariátegui:

La formación de toda gran capital moderna ha tenido un proceso complejo y natural con hondas raíces en la tradición. La génesis de Lima, en cambio, ha sido un poco arbitraria. Fundada por un conquistador, por un extranjero, Lima aparece en su origen como la tienda de un capitán venido de lejanas tierras. Lima no gana su título de capital, en lucha y en concurrencia con otras ciudades. Criatura de un siglo aristocrático, Lima nace con un título de nobleza. Se llama, desde su bautismo, Ciudad de los Reyes. Es la hija de la Conquista. No la crea el aborígen, el regnícola; la crea el colonizador, o mejor el conquistador.

(Mariátegui, 2007, p. 184)

Mariátegui cierra matizando un origen “ilegítimo” pero orientado al futuro de una nueva voluntad de Lima: una nueva subjetividad regnícola. De ahí el fuerte significado político de la comunidad indígena o el regnícola como una negación espacial o territorial en contraposición de aquella tradición conservadora y dominante. De modo que la productividad socialista y el poblamiento más profundamente histórico del territorio, está en el centro de la orgánica territorial de un nuevo país y no en función de una modernidad homogeneizadora y completamente urbana. Más bien se trata de una urbanización que dialécticamente avanza con las comunidades y sus fuerzas productivas comunitarias, en un nuevo régimen de la tierra que, por lo tanto, es un nuevo régimen de la política. Una territorialidad donde se contempla abrazar procesos territoriales diferenciados acordes a las necesidades nacionales y que en su conjunto puedan practicar nuevas fórmulas de socialización de la producción. Es en este sentido, que la impugnación a la capital no sólo es un gesto decididamente crítico del orden colonial continuado en la República, sino que también es, una provocación radical que infiere una subversión o alternativas al orden geográfico del poder y, por lo tanto, un momento político para avanzar y construir nuevas relaciones sociales imperantes. En otras palabras, cambiar el orden del núcleo territorial del país –Lima- implica una nueva clave fundacional de totalidad, que permite pensar otras formas de vivir y organizar una peruanidad más libre y soberana, al tiempo de desafiar abiertamente la estructura dominante.

## CONCLUSIONES

Más allá del uso tradicional de las categorías geográficas en Mariátegui, lo que resalta internamente es que, independiente del objeto de discusión, ya sea territorial, físico o regional, sus distinciones geográficas son entroncadas desde problemáticas políticas y sociales que se manifiestan históricamente. Allí comienza, implícitamente, la razón en disputa que atraviesa la geografía de Mariátegui y, desde luego, las múltiples determinaciones que van re-creando las posibilidades socialistas.

Este contenido geográfico en *Siete ensayos*, en cierta medida, proviene del carácter móvil y social que adquiere la matriz histórica que inaugura Mariátegui y su profunda precaución anti-determinista y relativista. Por ello, más allá de las significaciones naturales o descriptivas, no es curioso que la costa, la sierra o la montaña, al mismo tiempo, expresen diferentes temporalidades conformes a un proceso social abierto y en disputa. Se trata de una geografía dinámica, que no sólo representa aquellos límites absolutos y kantianos del espacio del poder –límites del territorio nacional-, sino que también constituye una relación social abierta entre espacios concretos y abstractos internos, que históricamente van contradiciéndose, a partir de las diferenciadas relaciones sociales y económicas que lo habitan y le dan valor.

En efecto, si aceptamos que el imaginario geográfico permite proyectar aquellos espacios y temporalidades conformes a una sociedad socialista, al tiempo que implica una *conciencia espacial* de las formas de explotación y sus posibles alternativas, tal como propone David Harvey (Zusman, 2013), no cabe duda que Mariátegui provee de un imaginario geográfico repleto de posibilidades y socialmente densificado. Porque, la geografía de Mariátegui no *solo* denuncia y explica las contradicciones concretas del proceso social y económico en Perú, sino que también propone e imagina críticamente órdenes geográficos conformes a nuevas relaciones sociales. Más específicamente:

- ✓ Denuncia la producción de un espacio dominante y un espacio dominado expresado en las tensiones entre el Estado, los gamonales y las posibilidades de las comunidades o “nuevos” regionalistas.
- ✓ Devela el carácter combinado y desigual del capitalismo en sus lógicas de explotación entre la sierra, la costa y la montaña, como por ejemplo el yanacozgo y el enganche y las prácticas gamonales.

- ✓ Impugna histórica y estratégicamente la función capital del país (Lima), proponiendo otra fundación territorial abierta a la socialización productiva del Perú y la creación de ciudades industriales, pero reconociendo las diferencias regionales andinas.
- ✓ Instituye formas de apropiación sobre el uso del suelo y la legislación del poder regional, acordes al “nuevo movimiento regionalista” y “el derecho a la tierra” que vehiculizan un programa comunitario.
- ✓ A partir de lo anterior, polemiza regional y jurídicamente los fundamentos indígenas como “la tierra vivificada” y la “conciencia serrana” en aras de un proyecto nacional.
- ✓ Al mismo tiempo que, integra diferentes escalas geográficas –nacional, regional y local- que permitan dar fermento social a las prácticas económicas y socialistas.

En suma, para Mariátegui las categorías geográficas también van re-creando el itinerario de las prácticas socialistas en un horizonte revolucionario. Es por ello que defendemos una geografía radical y crítica implícita en Mariátegui. Desde el punto de vista teórico, tanto la geografía humanista como la geografía radical encuentran correlatos en Mariátegui. La unión de ambas perspectivas y, por supuesto, todo el arsenal teórico e empírico que organiza Mariátegui, permiten distinguir las fuerzas intrínsecas del proceso de acumulación capitalista en el Perú, recuperando la subjetividad indígena subsumida por las lógicas coloniales vigentes en las fuerzas políticas dominantes.

Lo provocativo es que, cuando Mariátegui añade que el indio *desposó* la tierra, no solamente nos enseña que el sujeto indígena tiene una relación subjetiva simbólicamente profunda desde sus posibilidades económicas y que es posible pensar otra estructura del valor a la renta en tanto derecho a la tierra. Desde luego, implícitamente, también nos está entregando otras claves de vivir y ocupar el territorio, otras formas de producir el espacio social y económico que no necesariamente son de exclusividad indígena. Más allá si se lo haya planteado, Mariátegui estableció un principio político que implica una “territorialidad fundada en valores democráticos con respeto a la diferencia”<sup>65</sup> (Porto-Gonçalves, 2013, p.143). Este principio político puede rastrearse desde el reconocimiento a la comunidad hasta sus diferentes

---

<sup>65</sup> Esta expresión la ocupa Carlos Porto-Gonçalves en su reflexión por la lucha del territorio en América Latina (2013), desde luego, no tiene una conexión directa con el pensamiento o la obra de Mariátegui, aunque si bien la reconoce en partes de su libro ya que es parte central de su argumentación: como pensar políticamente desde América Latina.



distinciones del socialismo indoamericano. El concepto comunidad, a nuestro juicio, es el punto de partida para pensar nuevas convenciones regionales que impliquen una mayor integración territorial históricamente enraizada. De ahí que no se trata de una territorialidad abstracta y localmente fragmentada. Se trata de un principio articulador de diferencias geográficas, respetuosas y colaboradoras entre sí, consecuentes a la socialización de los medios de producción en una unidad nacional de horizonte socialista.

Mariátegui defendió con insistencia el problema de las “particulares condiciones” del Perú que tanto tensionaron a la Internacional Comunista (1929). A nuestro juicio, es esta heterogeneidad, a su vez, radical y socialista, la que permite que su geografía exprese una oposición espacial explícita al régimen territorial dominante y que encuentre alternativas internas desde el Perú. La heterogeneidad entonces, también se fundamenta en la lucha por re-fundar una territorialidad diferenciada. Se trata de un Perú heterodoxo donde coexisten diferentes prácticas económicas socialistas: la comunidad indígena y los obreros organizados. Ambas prácticas, unidas en una pretensión revolucionaria, son las claves del socialismo indoamericano que respeta las diferencias. En este sentido, salvo algunas excepciones (Acha, y D’antonio, 2010), es un hecho que la mayoría de recepciones mariateguianas (Fernandez, 2010; Melis, 1994; Quijano, 2007; Bassols, 1985), no consideran que el marxismo de Mariátegui también responde a la capacidad de reestructurar los órdenes geográficos dominantes (escalas nacionales y regionales).

Por otro lado, los diálogos entre Mariátegui y las preocupaciones de Lefebvre están anclados en el profundo uso crítico de la historia como principio de dinamismo y lucha ideológica por el espacio, un espacio social y de producción comunitaria. Las prácticas espaciales en Mariátegui, son las producciones concretas de las formaciones costa, sierra y costa, así como las diferentes lógicas combinadas del capitalismo costero y sus expresiones gamonales serranas. Por su parte, las representaciones del espacio se manifiestan en las interpretaciones abstractas que definen un Norte, Centro y Sur que no responde a las orientaciones del Perú, más solo a un instrumento regional (Confederación Perú-boliviana) funcional a los abusos y escindido de demandas sociales. Es el norte, centro y sur o los sistemas cartográficos que contienen la ideología dominante, los que interfieren con las prácticas socialistas y abusan de las grandes masas indígenas –los gamonales-. Los espacios de representación de Mariátegui,

por su parte, están fundados en las experiencias de las comunidades, expresan sus prácticas colectivas que tensionan el régimen privado de la tierra y la política centralizada. Cada una de estas categorías participa de una totalidad social abierta del Perú, pero que constantemente desafía el devenir histórico.

Si tuviéramos que resumir todo el esfuerzo vertido en esta investigación, no podríamos tener mayor coincidencia con el geógrafo norteamericano Edward Soja cuando, a propósito de la matriz espacial dentro del pensamiento de Gramsci, concluye:

Gramsci, en su énfasis sobre el “conjunto de relaciones” que conforma una formación social particular, concretó el modo de producción en el tiempo y el espacio, en la historia y en la geografía, en un marco coyuntural específico que se convirtió en el contexto necesario para la estrategia revolucionaria. No se planteaba una problemática espacial explícita como tal, pero sus fundamentos eran claramente evidentes en las relaciones espaciales implicadas en la formación social y en sus particularidades de lugar, localización y comunidad territorial. (Soja, 2010, p. 103)

En Mariátegui, por su parte, la historia y la geografía avanzan de manera dialéctica, vale decir, se tensionan constantemente recreando las prácticas sociales internas del modo de producción capitalista. Esta constatación, nos abre un problema nuevo: pensar hipotéticamente si existe una cierta sensibilidad geográfica común entre Gramsci y Mariátegui, y reconocer así, internamente, cuáles serían sus particularidades. En esta línea, no es menos sugerente el punto de encuentro que propone el antropólogo boliviano Javier Sanjinés entre Gramsci y Mariátegui, cuando señala que las similitudes entre el peruano y el italiano radican “en la naturaleza espacial de ambos pensamientos” (Sanjinez, 2009, p. 76). Y profundiza:

Tanto el texto de Gramsci “Algunos aspectos de la cuestión sureña”, como los *Siete ensayos* de Mariátegui, enfatizan no sólo el espacio, sino también las desigualdades políticas y económicas que generan las diferencias geográficas entre el norte y el sur, en el caso de Gramsci, y entre la sierra y la costa, en el caso de Mariátegui. Mientras Gramsci enfatizaba las desigualdades espaciales, Mariátegui las leía históricamente, temporalmente, como resultado del colonialismo y del imperialismo (...) Si se necesitaba importar el socialismo, había que hacerlo descubriendo la tierra adecuada, las condiciones geoculturales precisas que permitieran su crecimiento: no podía ser pensado como un calco. Era una nueva creación europea que exigía el

conocimiento preciso del terreno.  
(Sanjinés, 2009, p.81)

Más allá de esta nueva arista para nuestra investigación, -la relación geográfica Gramsci y Mariátegui- la presenta cita de Sanjinés fundamente implícitamente lo que nuestra tesis ha pretendido defender a largo de *Siete ensayos*. El calco ni copia, desde luego, está atravesado por un desplazamiento crítico de la función geográfica en relación a un programa político: *Peruanicemos el Perú*. Y, este movimiento, está vehiculizado dentro de un proyecto epistemológico que busca penetrar las entrañas de la realidad del Perú (Quijano, 2007). Por lo tanto, es la energía del materialismo histórico de Mariátegui la que permite transgredir, implícitamente, las fórmulas convencionales de la geografía en Perú. Aquí nace la brújula del desplazamiento categorial de las relaciones espaciales y geográficas en Mariátegui y su huella espacial crítica. Definitivamente, es aquella dinámica externa al campo tradicionalmente geográfico, la que fecunda su aguda y desesperada geografía social del Perú.

Proponemos entonces que existe una correspondencia directa entre el programa epistemológico de Mariátegui y la operación crítica que acciona la geografía cuando, efectivamente, recupera el significado histórico de las relaciones sociales y sus representaciones espaciales. Por la tanto, la geografía es un momento fundante de la crítica marxista que formula Mariátegui. Pero, no se trata que Mariátegui tenga conciencia o certeza de una geografía crítica como función epistemológica de su materialismo histórico. Lo que ocurre, una y otra vez, es que producto de la fuerza de su crítica, emerge implícitamente, casi por necesidad ontológica, una reorganización de la problemática geográfica anclada en los procesos sociales e históricos del Perú, acorde a una activa y practicable alternativa del socialismo. Se trata de una emergencia geográfica producto de la voluntad de construir una sociedad socialista enraizada en las particularidades peruanas, en sus divisiones internas y en sus propios caminos históricos. Este es el punto de partida que da sentido y fundamento a la discusión geográfica, increíblemente desapercibida dentro de la obra de Mariátegui. Dicho de otro modo, más que el desplazamiento de una enunciación estrictamente teórica de la geografía desde Mariátegui, lo que percibimos es, una actitud de oposición espacial que anclada en un proyecto epistemológico crítico, abre diversas rutas densamente geográficas.

## EPÍLOGO

Junto con abrir una nueva lectura de Mariátegui, el motivo central de esta tesis fue recuperar la dimensión epistemológica de la geografía: cambiar la dirección tradicional del enfoque geográfico y reabrirlo desde las profundas desigualdades sociales e históricas, el sentido crítico de las posibilidades geográficas. No se puede pensar una geografía sin una historicidad crítica y viceversa. Paradójicamente, hace más o menos un año, nuestro Premio Nacional de Historia, el destacado Gabriel Salazar, criticó públicamente a la actual diputada del PCCH y ex Presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH- 2011), Camila Vallejo, señalando que era “geógrafa no más”<sup>66</sup>.

Fuera del contenido político de la crítica de Salazar y la soberbia de sus dichos, esta descalificación, también refleja la significación social prevaleciente de la geografía en Chile. Para la mayoría de intelectuales, sean de izquierda o derecha, la geografía no es más que “un campo descriptivo, cartográfico y de memoria tradicional” (Albet y Zusman, 2009, p. 301)<sup>67</sup>, escindido de los procesos históricos y planteamientos críticos. Naturalmente, este es el imaginario geográfico dominante y, en cierta medida, la condición previa que direcciona la marginalidad de la geografía en nuestras actuales ciencias sociales o humanidades.

Si bien esta imagen popular de la geografía tiene múltiples aristas, una raíz profunda y cotidiana proviene desde la propia enseñanza de la geografía. Tal como afirma el geógrafo y didacta brasileño Néstor Kearcher:

Independientemente de la postura pedagógica del profesor, hay muchas dificultades para hacer la geografía una disciplina con objetivos claros. La geografía aparece como un sumatorio de informaciones variadas. No da a los alumnos una línea de pensamiento racional, a partir de categorías espaciales, con las cuales ellos puedan hacer una lectura sistemática del mundo. La

---

<sup>66</sup> Después de los dichos de Salazar, fuera de la respuesta de Camila, no hubo ninguna defensa disciplinar argumentativa, crítica, provocadoramente radical. Tan sólo apareció una pequeña reacción corporativa expresada en una escueta carta enviada al Mercurio cuando, Federico Arenas, Director del Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, rechazó “absolutamente” los dichos apelando a la no exclusión profesional: “yo nunca lo discriminaré por su disciplina” defendió Arenas, asumiendo en principio una subordinación ética al problema de fondo: la visión peyorativa de la geografía como tradición intelectual. Blog El Mercurio, 19/06/2012 [http://www.elmercurio.com/blogs/2012/06/19/4523/dichos\\_inaceptables.aspx](http://www.elmercurio.com/blogs/2012/06/19/4523/dichos_inaceptables.aspx)

<sup>67</sup> La traducción es nuestra de un texto facilitado por Perla Zusman a principios de año.

geografía permanece con una fragilidad epistemológica muy grande. El alumno, mero accesorio, poco tiene que pensar. La escuela y la geografía contribuyen muy poco para que el alumno pueda comprender el mundo en forma más compleja y plural. Esa dificultad como reflexión epistemológica va a provocar una acción pedagógica confusa, contenidística y poco vinculada al mundo de los alumnos. Resultado: ¡La geografía una gran torta de aire! (Nestor Kearcher, 2009)<sup>68</sup>.

Del reconocimiento crítico y no autocomplaciente de esta *torta de aire*, es que la geografía debe navegar respuestas e incidir más socialmente su anclaje como propuesta intelectual. El imaginario geográfico de Mariátegui está organizado en esta dirección. Ya sea página cerrada, encubierta o inexplorada, representa un desconocimiento mutuo entre los estudios mariateguianos y las perspectivas geográficas críticas. Pero una posibilidad más para robustecer un argumento geográfico acorde a nuestros problemas sociales.

Sin duda el problema geográfico en *Siete ensayos* es solo un punto de partida para una discusión crítica más profunda de la geografía en Mariátegui. Nuestra propuesta es limitada producto que no se hace cargo de la obra completa de Mariátegui. Más enriquecedores serían los resultados, si hubiésemos analizado detenidamente la polémica con la Internacional Comunista Latinoamericana<sup>69</sup> (Buenos Aires, 1929) y otros materiales<sup>70</sup> centrales de su obra, que pudieran enfrentar su interpretación marxista. Fuera de ello, con los distintos momentos y rupturas vistos en esta relectura geográfica, pensamos que hemos podido avanzar en la discusión geográfica de Mariátegui, demostrando que existe una incisiva, a veces explícita, tensión del espacio geográfico en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. *Sin calco ni copia y con los pies en la tierra*.

---

<sup>68</sup> La cita proviene de una traducción inédita facilitada por el geógrafo Ulises Sepúlveda.

<sup>69</sup> Tentativamente, observamos que la polémica del '29 está atravesada por una serie de distinciones geográficas (escalas o diferencias) que van matriculando o negando las opciones socialistas y comunistas. Mariátegui va llegar a distinguir entre Centro América y América del Sur como lógicas históricas contrapuestas y diferenciadas de antiimperialismo. Y por lo mismo, va a defender culturas y sujetos políticos diferenciados para acceder a un programa efectivamente antiimperialista, basado en las luchas históricas y populares nacionales. Esta posición, implícitamente, permite que el sujeto social indígena lidere el proceso de transformación no negando la articulación de los sectores obreros. De ahí que esta tensión puede anclarse en la teoría marxista del desarrollo geográfico desigual de Harvey, que reconoce la dialéctica entre comunidad y diferencia como momentos consecutivos de un proceso socialista revolucionario. Mariátegui llegará a integrar ciertas enfermedades exclusivamente regionales que afectan a la masa social indígena como parte explícita del programa del Partido Socialista Peruano [1928].

<sup>70</sup> Estos materiales son: a) la polémica carta de Cesar Falcón del 15 de Septiembre de 1923; la definición de marxismo en 1927; b) un polémico artículo intitulado "El exilio de Trotsky", donde añade una supuesta superioridad de Stalin en torno a su identidad eslovena, publicado en Variedades el 23 de febrero de 1929.

## BIBLIOGRAFÍA

Acha, Omar y D'antonio, Débora (2010). Cartografía y perspectiva del "marxismo latinoamericano. *A Contra corriente*, 7 (2), pp. 210-256. Extraído el 17 de Junio de 2012 de [http://www.ncsu.edu/acontracorriente/winter\\_10/articles/Acha\\_DAntonio.pdf](http://www.ncsu.edu/acontracorriente/winter_10/articles/Acha_DAntonio.pdf)

Albet, Abel y Zusman, Perla (2009). Spanish Language Geography (pp. 296-301). En Kitchin, R. y Thrif, N (eds). *Encyclopedia of Human Geography*. Oxford: Elsevier.

Alimonda, Héctor (2008). ¿Una ecología política en la revista Amauta?: notas para una arqueología del ecologismo socialista latinoamericano. *Tareas*, 130, pp. 121-197. Extraído el 11 de Junio de 2013 de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Panama/cela/20120717094857/ecologia.pdf>

Aliste, Enrique (2010). Territorio y Ciencias Sociales: trayectorias espaciales y ambientales en debate (pp. 55-76). En Aliste, Enrique y Urquiza, Anahí. *Medio Ambiente y Sociedad. Conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas*. Santiago: Ril editores.

Amin, Samir (1978). *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Barcelona: Fontanella.

Anderson, Perry (1985). *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

Aricó, José (1980). *Marx y América Latina*. Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.

Arroyo, Carlos (2000). La parábola mariateguiana de Antonio Melis. Recuperado de [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/mariategui\\_jc/s/mariategui\\_s0032.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/mariategui_jc/s/mariategui_s0032.pdf)

Asociación Americana de Geógrafos (2006). El estado actual de la Geografía de los Países Hispanoamericanos. Grupo de especialidad latinoamericana. Recuperado de [http://www.aag.org/galleries/project-programs-files/El\\_Estado\\_Actual\\_de\\_la\\_Geografia.pdf](http://www.aag.org/galleries/project-programs-files/El_Estado_Actual_de_la_Geografia.pdf)

Astuhuamán, Cesar y Dagget, Richard (2006). Julio César Tello Rojas: Arqueólogo. Una biografía. Recuperado de [http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/libros/historia/paracas\\_1/01\\_astuhuam%C3%A1n.pdf](http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/libros/historia/paracas_1/01_astuhuam%C3%A1n.pdf)

Bassols, Narciso (1985). *Marx y Mariátegui*. DF México: Ediciones Caballito.

Bazan, Armando (1976). *Mariátegui y su tiempo*. Lima: Amauta.

Beigel, Fernanda (2003). El itinerario de Mariátegui en la coyuntura vanguardista de los años 20. En *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui* (pp. 27-46). Buenos Aires: Editorial Biblos.

Bosque, Joaquín y Ortega, Francisco (1995). *Comentario de textos geográficos. (Historia y crítica del pensamiento geográfico)*. Barcelona: Oikos-Tau.

Capel, Horacio (1976). Presentación Serie Geocrítica. Recuperado de <http://www.ub.edu/geocrit/geo1.htm>

Capel, Horacio (1989). *Geografía humanayciencias sociales: una perspectiva histórica*. Barcelona: Montesinos.

Castells, Manuel (2004). *Movimientos sociales urbanos*. México: Siglo XXI.

Castro, Augusto (2006). *Filosofía y política en el Perú. Estudio del pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariátegui y Víctor Andrés Belaunde*. Lima: Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.

Chang-Rodríguez, Eugenio (2009). La tesis del Espacio-tiempo histórico de Haya de la Torre. *Revista Peruana de Filosofía Aplicada*, 15. Extraído el 19 de Noviembre de 2013 de <http://www.oocities.org/rpfa/tesis.htm>

Contreras, Carlos. *El centralismo peruano en su perspectiva histórica*. Recuperado de <http://lanic.utexas.edu/project/laoap/iep/ddt127.pdf>

Constenla, Xosé (2004). La condición de la Geografía: una introducción a la obra geográfica de David Harvey. *Documentos Anales Geográficos*, 44, p.131-148.

Córdova, Hildegardo (1994). El Proceso de Regionalización en el Perú ¿una solución para el desarrollo? *Revista Espacio y Desarrollo*, 6, pp.31-51.

Córdova, Hildegardo (1991). El desarrollo de la geografía cultural en Perú. *Revista Espacio y Desarrollo*, 3, pp.57-69.

Córdova, Hildegardo y Bernex, Nicole (2011). El Amauta Javier Pulgar Vidal. Extraído el 11 de Noviembre de 2013 de [http://ciga.pucp.edu.pe/index.php?option=com\\_content&task=seccion\\_ciga&sectionid=15&id=499\\_2011](http://ciga.pucp.edu.pe/index.php?option=com_content&task=seccion_ciga&sectionid=15&id=499_2011)

Crampton, Jeremy y Krygier, John (2006). An Introduction to Critical Cartography. *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 4 (1), pp. 11-33, 2006. Extraído el 11 de Octubre de 2013 de <http://www.acme-journal.org/vol4/JWCJK.pdf>

Ccente, Elmer y La Torre, Fabriciano (2003). El devenir de la Geografía en el Perú. Tesis para optar el título de geógrafo profesional, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Recuperada de [http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/tesis/ingenie/ccente\\_p\\_e/t\\_completo.pdf](http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/tesis/ingenie/ccente_p_e/t_completo.pdf)

Delgado, Ovidio (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Unibiblos.

Deutscher, Isaac (2007). *Trotsky, el profeta armado*. Santiago: LOM.

De Magdalena, Armando (2008). *Notas introductorias de José Carlos Mariátegui. Escritos fundamentales*. Buenos Aires: Acercádonos.

De Castro, Josué (1961). *Geografía del Hambre*. Santiago: Editorial Universitaria.

Di Cione, Vicente (2007). Presentación. En Harvey, David. *Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. GeoBaires, Cuadernos de Geografía, pp. 3-12.

Di Cione, Vicente (2011). Las transformaciones desiguales de la geografía latinoamericana durante el neoliberalismo. Aproximaciones metodológicas (editorial). *Revista de Estudiantes de Geografía de América Latina*, 2. Extraído el 20 de agosto de 2012 de <http://www.releg.org/ed2011.html>

Gangas, Mónica (1981). Los temas de investigación práctica en la geografía chilena. *Revista Norte Grande*, 12, pp. 49-63. Extraído el 13 de Noviembre de 2013 de [http://www.geo.puc.cl/html/revista/PDF/RGNG\\_N12/art05.pdf](http://www.geo.puc.cl/html/revista/PDF/RGNG_N12/art05.pdf)

Garrels, Elizabeth (2007). Vida y obra de José Carlos Mariátegui. En Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (pp. 321-333). Caracas: Ayacucho.

Goonewardena, Kanishka (2011). Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado. *Urban*, 2, pp. 25-39.

Gallestegui, Joaquín, y GALEA, Juan (2009). *Espacios para una geografía social, humanista y crítica*. Valparaíso: Ediciones Facultad de Humanidades Universidad de Playa Ancha.

Fabri, Silvana (2009). Discursos geográficos y la construcción disciplinaria: Un recorrido por las temáticas y las problemáticas de la Geografía a partir de las propuestas expositivas en los Encuentros de Geógrafos en América Latina. Recuperado de [http://egal2009.easyplanners.info/area02/2253\\_Fabri\\_Silvina.pdf](http://egal2009.easyplanners.info/area02/2253_Fabri_Silvina.pdf)

Falcón, Cesar (1923). Carta de Cesar Falcón a José Carlos Mariátegui (15 de Septiembre de 1923) (pp. 1710-1712). En Mariátegui, José Carlos (1994). *Mariátegui Total. Tomo I*. Lima: Amauta.

Fernández, Osvaldo (1994). *Mariátegui. O la experiencia del Otro*. Lima: Amauta.

(2010). *Itinerarios y trayectos heréticos de José Carlos Mariátegui*. Santiago: Quimantú.

(2011). Mariátegui y el marxismo. En Drago, Claudia, Moulian, Tomás, Vidal, Paula (eds). *Marx en el siglo XXI. La vigencia del(os) marxismo(s) para comprender y superar el capitalismo actual* (pp. 197-210). Santiago: LOM.

Flores Galindo, Alberto (1980). *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.



Franco, Carlos (1981). *Del marxismo eurocentrismo al marxismo latinoamericano*. Lima: Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.

Haya de La Torre, Raúl (1927). *Por la emancipación de América Latina*. Buenos Aires: M. Gleizer. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/68240513/1927-victor-raul-haya-de-la-torre-por-la-emancipacion-de-america-latina>

Harvey, David (1992). *Urbanismo y Desigualdad Social*. Madrid: Siglo XXI.

(1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998, 401 p.

(2007a). *Espacios del Capital. Hacia una Geografía Crítica*. Madrid: Akal.

(2007b). *Espacios de Esperanza*. Madrid: Akal.

(2007c). *Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*. Buenos Aires: Geobaires, Cuadernos de geografía.

Hobsbawm, Eric (2011). *Cómo cambiar el Mundo*. Buenos Aires: Crítica.

Holt-Jensen, Arild (1992). *Geografía. Historia y Conceptos*. Madrid: Vicens-Vives.

Humboldt, Alexander (2005). *Ensayo político sobre la isla de Cuba. Presentación Vladimir Acosta*. Caracas: Ayacucho.

Hurtado, Ciro (2002). *Geografía Nueva del Perú - Espacio geográfico social*. Lima: San Marcos.

Johnston, Ron, Gregory, Derek y Smith, David (2000). *Diccionario Akal de Geografía Humana*. Madrid: Akal.

Kearcher, Néstor (2009). Quando a escola não desperta o desejo de aprender ela nos rouba a alm. En Garrido, Marcelo (ed.). *La espesura del lugar* (pp.191-223). Santiago: Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Kohan, Néstor. *Nuestro Marx*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/docs/98548.pdf>

Lacoste, Yves (1973). An illustration of geographical warfare. *Antipode*, 5, pp. 1-13. Extraído el 14 de Octubre de 2013 de <http://www.praxis-epress.org/CGR/32-Lacoste.pdf>

Larraín, Jorge (2011). Reseña *El sublime re-torno de la (crítica de la) ideología. De Platón a Zizek* de Ricardo Camargo (Santiago: Metales Pesados). *Persona y Sociedad*, XXVI (1), pp. 183-189.

Lefebvre, Henri (1974). *La production de l'espace*. Paris: Anthropos.

(1976). *Espacio y Política*. Barcelona: Ediciones Península.

(1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península.

(s.r). *La producción del espacio*. Extraído el 18 de octubre de 2011 de <http://es.scribd.com/doc/28577799/Henri-Lefevre-La-produccion-del-espacio>

Leff, Enrique (2001). Prólogo. En Porto-Gonçalves, Carlos. *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad* (pp. VII-XII). Madrid: Siglo XXI.

Lindón, Alicia (2006). La multiplicación de lo periférico en las cotidianidades femeninas: Modos de habitar menguados. En Molina, Irene (editora). *Rompiendo Barreras. Género y espacio en el campo y la ciudad* (pp.41-56). Santiago: El Tercer Actor.

Löwy, Michael (2007). *El marxismo en América Latina*. Santiago: LOM.

Löwy, Michael (2011). Progreso destructivo: Marx, Engels y la ecología. En Drago, Claudia, Moulán, Tomás, Vidal, Paula (Eds). *Marx en el siglo XXI. La vigencia del(os) marxismo(s) para comprender y superar el capitalismo actual* (pp. 231-243). Santiago: LOM.

Löwy, Michael (2012). Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría de Stefan Gandler (Reseña). Extraído el 18 de junio de 2012 de <http://marxismocritico.com/2012/06/18/marxismo-critico-en-mexico/#more-3727>

Luna, Antonio. ¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?. *Documentos Anales Geográficos*, 1999, 34, pp. 69-80. Extraído el 11 de junio de 2013 <http://ddd.uab.es/pub/dag/02121573n34p69.pdf>

Luque, Miguel (2002). Bibliografía de Doctor Emilio Romero Padilla. *Revista Complutense de Historia de América*, 28, pp. 213-216. Extraído el 19 de Octubre de 2013 de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=294984>

Mandel, Ernest (2009). *Trotsky: La teoría y la práctica de la revolución permanente. Introducción, Notas y Compilación*. DF México: Siglo XXI.

Mariátegui, José Carlos (2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Editorial Ayacucho, cuarta edición.

(1994). *Mariátegui Total. Tomo I y II*. Lima: Amauta.

(1988). *Peruanicemos el Perú*. Lima: Biblioteca Amauta.

(1928) Acta de constitución del Partido Socialista Peruano. Extraído el 7 de Octubre de 2013 de <http://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/oct/07.htm>

(1928) Programa del Partido Socialista Peruano. Extraído el 7 de Octubre de 2013 de <http://www.marxists.org/espanol/mariateg/1928/oct/07a.htm>

Marx, Carlos (1972). *La Comuna de París*. Santiago: Quimantú.

(1859). Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política. Extraído el 16 de Agosto de 2013 de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>

(2009). Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858. Tomo 1. DF México: Siglo Veintiuno.

(2002). *El Capital*. DF México: Siglo Veintiuno.

Marx, Carlos y Engels, Federico (1985). *Manifiesto Comunista*. Madrid: Sarpe.

Massardo, Jaime (1986). El marxismo de Mariátegui. *Dialéctica*, 18, pp. 89-101.

Massardo, Jaime (2011). El lugar del pensamiento de José Carlos Mariátegui en la exploración crítica de las formaciones sociales en América Latina. Valparaíso: *Documentos de Trabajo Serie de Magister en Historia*.

Massardo, Jaime (2001). Antonio Gramsci y América Latina. Cuestiones de orden teórico y político. En *Investigaciones sobre la historia del marxismo en América Latina* (pp. 59-92). Santiago: Bravo y Allende Editores.

Mattson, Kirk (1978). Una introducción a la geografía radical. *Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, III (13). Extraído el 16 de Agosto de 2013 de <http://www.ub.edu/geocrit/geo13.htm>

Melis, Antonio (1994). Prólogo. José Carlos Mariátegui hacia el siglo XXI. En *Mariátegui Total. Tomo I* (pp. XI-XXXIV). Lima: Minerva.

(1984). El diálogo creador de José Carlos Mariátegui. En *José Carlos Mariátegui. Correspondencia (1915-1930)* (pp. XVII-XLVII). Lima: Amauta.

Mendoza, Héctor (2001). Las oportunidades y desafíos del siglo XXI para la geografía latinoamericana. 8º Encuentro de Geógrafos de América Latina. Santiago de Chile, 4 al 10 de marzo de 2001. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 285. Extraído el 16 de Agosto de 2013 de <http://www.ub.es/geocrit/b3w-29.htm>

Montañez, Gustavo y Delgado, Ovidio (1998). Espacio, Territorio y Región. Conceptos básicos para un proyecto nacional. *Revista Cuadernos de Geografía*, 7 (nº 2), pp. 120-134.

Moraes, Antonio (2005). *Geografía. Pequena História Crítica*. Sao Paulo: Annablume.

Moretic, Yerko (1970). *Jose Carlos Mariátegui. Su vida e ideario. Su concepción del realismo*. Santiago: Ediciones de la Universidad Técnica del Estado.

Morin, Edgar (2000). *La mente bien ordenada (Repensar la forma; reformar el pensamiento)*. Barcelona: Seix-Barral.

Moura, Rosa; Oliveira, Deuseles de; Lisboa, Helena dos Santos; Fontoura, Leandro Martins & Geraldí, Juliano (2008). Geografía Crítica: legado histórico ouabordagemrecorrente? *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, XIII (786). Extraído el 26 de Agosto de 2013 de <http://www.ub.es/geocrit/b3w-786.htm>

Ordoñez, Hugo (2009). El Regionalismo en “Amauta” y en los “Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana. En *Simposio Internacional 7 Ensayos: 80 años* (pp.439-450). Lima: Minerva,

Palacios, José (2011). Los estudios de la Geografía en las universidades de América Latina: desarrollo, situación actual y perspectivas. *Investigaciones Geográficas*, 74, pp. 107-124. Extraído el 10 de Junio de 2013 de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=56919176009>

Peet, Richard y Otros (1989). *Anarquismo y Geografía*. Barcelona: Oikos.

Pérez, Carlos (2011). El marxismo en la actualidad. *Revista Materialismo Histórico*, 1, pp.7-24.

Porto-Gonçalves, Carlos (2001). *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. Madrid: Siglo XXI.

(2013). *Territorialidades y disputas por el territorio en América Latina*. Lima: UGI-Perú.

Pulgar, Javier (1987). *Geografía del Perú. Las ocho regiones naturales*. Barcelona: Peisa.

Quijano, Aníbal (2007). Prólogo. José Carlos Mariátegui: Reencuentro y Debate. En Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Ayacucho, pp. IX-CXXIX.

(2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Lander, Edgardo (compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/subida/clacso/sur-sur/20100708034410/lander.pdf>

(1991). *José Carlos Mariátegui*. Textos Básicos. Selección, prólogo y notas introductorias de Anibal Quijano. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1991. Lima: FCE.

(2011) ¿Sistemas Alternativos de Producción? In DE SOUSA SANTOS, Boaventura (Coordinador). *Producir para vivir. Los caminos de la producción no capitalista* (pp. 369-399). México: FCE.

Racine, Jean (1978). Discurso Geográfico y Discurso Ideológico: Perspectivas Epistemológicas. *Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, III (13). Extraído el 17 de Agosto de 2012 de <http://www.ub.edu/geocrit/geo7.htm>

Ramírez, Blanca, Montañez, Gustavo y Zusman, Perla (en prensa). Geografías Críticas Latinoamericanas. En Chavez, Martha y Checa, Martin (Eds.). *El espacio en las ciencias*

*sociales. Geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. DF México: El Colegio de Michoacán.

Ramírez, Blanca. Neil Smith: Geógrafo, político y promotor (1954-2012). *Investigaciones Geográficas*, 80, pp. 157-161. Extraído el 17 de Agosto de 2013 de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-46112013000100017&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-46112013000100017&script=sci_arttext)

Ratzel, Federico (1985). Ubicación y Espacio. En Ratzel, Federico y otros. *Antología Geopolítica*. Buenos Aires: Pleamar, pp. 13-51.

Rincón, Laura y Rodríguez, Flavio. Geografía Crítica: Una propuesta desde Latinoamérica. La red de geografía crítica de raíz latinoamericana-GEORAIZAL. Extraído el 17 de Octubre de 2013 de [http://www.egal2013.pe/wp-content/uploads/2013/07/Tra\\_Laura-Rinc%C3%B3n-Gamba-Flavio-Bladimir-Rodr%C3%ADguezMu%C3%B1oz.pdf](http://www.egal2013.pe/wp-content/uploads/2013/07/Tra_Laura-Rinc%C3%B3n-Gamba-Flavio-Bladimir-Rodr%C3%ADguezMu%C3%B1oz.pdf)

Rojo, Grínor (2012). Arte, literatura, crítica y revolución en José Carlos Mariátegui. En *De las más altas cumbres. Teoría crítica latinoamericana (1876-2006)* (pp.81-112). Santiago: LOM.

Roman, Patria y García, Alejandra (2008). Hay que traer el espacio a la vida. Entrevista a Doreen Massey. *Signo y Pensamiento*, 53, 2008, pp. 328-343. Extraído el 17 de Octubre de 2013 de <http://estudiosterritoriales.org/articulo.oa?id=86011529021>

Romero, Emilio (1949). *Historia económica del Perú*. Buenos Aires: Sudamericana.

Ruiz, Augusto (2011). Mariátegui y el factor geográfico. En *Simposio Internacional 7 Ensayos, 80 años. Mi sangre en mis ideas* (pp. 149-154). Lima: Ministerio de Cultura Perú.

Ruiz, Carlos (2003). Un desafío del pensamiento latinoamericano ante la transformación reciente. *Revista de Sociología*, 17, 2003, pp. 48-78. Extraído el 27 de Octubre de 2013 de <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/sociologia/articulos/17/1704-RuizEncina.pdf>

Sacristán, Manuel (2013). Antología de Manuel Sacristán (1925-1985). En López, Salvador (editor). *En el aniversario de muerte de Antonio Gramsci (1891-1937). Textos de dos grandes gramscianos internacionalistas. Manuel Sacristán y Francisco Fernández Buey* (pp. 2-16). Extraído el 17 de Junio de 2013 de <http://marxismocritico.files.wordpress.com/2013/04/gramsci.pdf>

Sader, Emir (2009). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Said, Edward (1996). *Cultura e Imperialismo*. Anagrama: Barcelona.

Santos, Milton (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa-Calpe.

Santos, Milton (2000). *La naturaleza del espacio*. Madrid: Ariel.

Sanjinés, Javier (2009). Mariátegui y el caso peruano. En *Rescaldos del pasado* (pp. 70-78).

La Paz: Fundación PIEB.

Segrelles, Antonio (2005). *El compromiso social y la ideología de la geografía: ¿desde la izquierda o desde la derecha?* 4º Conferencia Internacional de Geografía Crítica, Ciudad de México. Extraído el 28 de Julio de 2013 de <http://web.ua.es/es/giecryal/documentos/documentos839/docs/mexico.pdf>

Sevilla, Álvaro, ROCH, Fernando y FERNÁNDEZ, José (2011). Espectros de Lefebvre (editorial). *Urban*, 2, pp. 3-6.

Smith, Neil (1988). *Desenvolvimento Desigual. Natureza, Capital e a Produção de Espaço*. Río de Janeiro: Bertrand Brasil.

(s/r). La geografía del desarrollo desigual. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/120527879/neil-smith-la-geografia-del-desarrollo-desigual-doc>

Soja, Edward (2010). La dialéctica socio-espacial. En Benach, Nuria y Albet, Abel. *Edward W. Soja. La perspectiva posmoderna de un geógrafo radical* (pp. 81-109). Barcelona: Icaria, colección espacios críticos.

Unwim, Tim (1995). *El lugar de la Geografía*. Madrid: Cátedra.

Vitale, Luis (1997). *Historia social y comparada de los Pueblos de América Latina*. Recuperado de <http://www.historiaviva.cl/wp-content/uploads/2007/11/luis-vitale-historia-social-comparada-de-los-pueblos-de-america-latina-tomo-i.pdf>

(1998). *Una lectura latinoamericana del Manifiesto Comunista*, 1998. Archivo Chile. Extraído el 28 de Julio de 2013 de [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/vitale/6lvc/06lvctextpol0015.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/vitale/6lvc/06lvctextpol0015.pdf)

(1994). Desde la barricada al apoyo de los Zapatistas. [En línea]. <[http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia\\_y\\_humanidades/vitale/obras/sys/epo/f.pdf](http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/epo/f.pdf)> [consultado 18 de octubre de 2011], 7 p.

Wettstein, Germán (1990). *La Geografía Política en el marco de una corriente de pensamiento geográfico latinoamericano*. Segundo Seminario Latinoamericano de Geografía Crítica. Buenos Aires. Recuperado de <http://www.periodicos.ufsc.br/index.php/geosul/article/viewFile/12748/11913>

Zusman, Perla (2011). La tradición del trabajo de campo en Geografía. *Geograficando*, 7, p.15-32. Extraído el 16 de Agosto de 2013 de [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.5089/pr.5089.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5089/pr.5089.pdf)

(2004). El legado teórico y existencial de Milton Santos. *Documentos Anales Geográficos*, 44, pp.131-148. Extraído el 30 de Agosto de 2012 de <<http://ddd.uab.es/pub/dag/02121573n40p205.pdf>>

(2013). La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos. *Revista Norte Grande*, 54, pp. 51-66. Extraído el 16 de Agosto de 2013 de

[http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-4022013000100004&lng=en&nrm=iso&tlng=en](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-4022013000100004&lng=en&nrm=iso&tlng=en)